

Selecta

Atracción peligrosa II

*Un asesino
seducido*

A man in a dark suit and red tie is shown in profile, looking down and smoking a cigar. The background is dark, and the lighting highlights his face and the smoke from the cigar.

Alina
Covalschi

Un asesino seducido
Atracción peligrosa 2

La seducción es más intensa que el sexo

Alina Covalschi

Selecta

Índice

[Un asesino seducido](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2 Karina](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9 Mila](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre Alina Covalschi](#)

[Notas](#)

Para un guerrero no existe un amor imposible. Lo difícil lo atrae y lo imposible lo enamora.



Karim es un asesino a sueldo. Guerrero frío e implacable, para él no hay imposibles. Pero el último encargo, aunque parece el crimen perfecto, lo hará darse cuenta de que no es tan sencillo de llevar a cabo como cree.

El halo de misterio en el que está envuelta la preciosa mujer que es la víctima de su nuevo trabajo lo atraerá desde lo más profundo de su ser.

El hombre más despiadado del mundo, ¿podrá ser domado por la belleza de una mujer?

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A vosotros, lectores y amigos

Introducción

No podía razonar con lógica. Mi corazón se sentía como si explotara en mi pecho en un millón de pequeños pedazos, sin embargo, la decisión que había tomado era la adecuada. No me arrepentía, sabía que el destino tenía otros planes para mí.

—¿Estás seguro? —preguntó Alex—. Puedes quedarte con nosotros hasta que encuentres una casa y..

—Estoy seguro. —Bajé el último escalón y lo miré a los ojos—. Esto es lo único que sé hacer y además se gana mucho dinero.

—Pero sigue siendo arriesgado —dijo él preocupado.

—Lo sé, pero me gusta. Matar, es un trabajo que me mantiene vivo y con la adrenalina a tope.

—Te envidio. Echo de menos esa vida, aunque tu hermana no para de darme sustos. ¿Te dije que la semana pasada se metió en una jaula con monos y tuve que entrar a rescatarla?

—No, por Dios. —Solté una carcajada—. Vas a morir de un infarto, hermano.

—Eso temo —contestó riendo.

—El gimnasio y el bar, por lo menos, te mantienen activo.

—La verdad que nos va bastante bien, el bar tiene muchos clientes y el gimnasio empieza a tomar forma.

Un sonido estridente me estremeció.

Giré la cabeza y un rostro muy familiar no tardó en hacer su aparición.

—Hola, hermano —gritó Alicia. Levantó la mano derecha en el aire y empezó a moverla de un lado a otro—. ¿Te gusta mi coche nuevo?

Me lo regaló Alex.

Me quedé mirándola. No podía creer lo que estaba sucediendo.

—¿Le compraste un descapotable? ¿Con lo mal que conduce? — pregunté, perplejo.

—No tuve elección y no preguntes más.

—¿Te gusta o no, Karim? — insistió ella y, cuando abrió la puerta del coche, se enredó con el cinturón y cayó al suelo de rodillas—. Esto duele — chilló.

Alexander corrió a socorrerla y me eché a reír. Esos dos formaban la perfecta pareja desequilibrada.

—No entiendo cómo la aguantas — dije y me acerqué con cautela.

—Porque la amo. — La levantó del suelo y la tomó en brazos—. La amo más que a mi vida.

—Calla, joder. — Apreté la mandíbula con fuerza—. Espero no enamorarme nunca.

—Sí, lo harás — espetó mi hermana—. Porque te quiero presente en nuestras vidas. Tienes que dejar ese trabajo.

—Algún día lo dejaré.

—Tiene que ser antes — dijo ella pensativa—. ¿Y después de siete meses? — preguntó ella intercambiando miradas con Alexander.

—¿Por qué siete meses? — pregunté al verlos sonreír.

—Porque estoy embarazada y vas a ser tío. Y quiero que mi hijo o hija disfrute de tu compañía. No tendrá abuelos, pero a ti sí.

—Felicidades — dije con alegría—. Claro que estaré presente. No lo dudes. Sabes que me gustan los niños. Cuidé de ti cuando eras pequeña.

—Fuiste un buen ejemplo.

—Adiós, hermana. — Le di un beso en la mejilla—. Os llamaré.

—¿Para mí no hay beso? — preguntó Alexander sonriendo y dejó a mi hermana en el suelo.

—No, para ti hay un abrazo.

—Ten cuidado — dijo mientras me abrazaba—. Y, si me necesitas, llámame.

—Os llamaré — corregí—. Porque dudo que mi hermana se quedara al margen — dije riendo.

Él también se echó a reír y me dio la maleta.

—Adiós, Karim —gritó mi hermana.

Guardé la maleta en el maletero y me aseguré de mantener la sonrisa hasta que entré en el coche.

Me alegraba por ellos, eran felices. Yo también necesitaba sentir que mi mundo cobraba vida y que se llenaba de colores vivos y sentido. Y sabía que tenía que tener paciencia porque me esperaban cosas maravillosas.

No obstante, odiaba sentirme como un extraño en mi propia vida. Cerré los ojos brevemente y traté de recordar lo que era sentirse como un magnicida. Me gustaba mi trabajo, sin embargo, cada vez que apretaba el gatillo carecía de valor.

Mi vida era un infierno, estaba rodeado de maldad, sufrimiento, amenazas, sangre y agonía. Me sentía prisionero en mi propia jaula indestructible. Muchas veces había tocado fondo, me sentí culpable y miserable. Sin embargo, a pesar de la debilidad de mis sentimientos, mi carácter era fuerte. Nada me derrumbaba, sino todo lo contrario. Aprendí a convivir con mis miedos y mis demonios, afronté los golpes y seguí adelante.

Quería ser feliz, como mi hermana, pero no sabía por dónde empezar. Con los años, aprendí a recelar de las mujeres que entraban en mi vida para ver si podía confiar en ellas. No obstante, desaparecían cuando las cosas se ponían feas. Las mujeres pasaron a ser algo secundario para que pudiera hacer mi trabajo y no cometer errores irremediables.

Capítulo 1

Miraba cómo el fuego subía poco a poco abrasando y quemando el papel que envolvía el tabaco seco. No conseguía dejar de fumar, era parte de mi vida. Me ayudaba a estar concentrado en mi trabajo, sin embargo, últimamente me hacía sentirme débil.

Mi vida se había convertido en una lucha continua entre la luz y la oscuridad. Me sentía como un león en la selva, luchando a vida o muerte contra los cazadores.

Me di cuenta de que le daba demasiada importancia a los sucesos negativos y a los asesinatos. Tanto que había olvidado cómo vivir. Siempre decía: «Es la última vez, voy a dejar este trabajo», pero nunca sucedió.

—Tengo el sobre delante de mis ojos —contesté y dejé el cigarro encendido en el cenicero.

—Ábrelo —dijo Victoria.

La muerte de Sergei la dejó a ella como sucesora, junto con Grashim, un exmilitar. Victoria era una buena jefa, solo que a veces exageraba con sus exigencias. Quería asesinatos limpios y eso era imposible porque siempre pasaba algo inesperado.

Abrí el sobre y tomé las fotografías de mi siguiente objetivo. Cuando vi su rostro, mi cuerpo se sacudió y la hamaca dio la vuelta. Me caí al suelo y mi cuerpo se estremeció tan fuerte que me dolían hasta los dientes.

—¡Mierda! —grité de dolor.

—¿Sigues ahí, Karim?

El teléfono estaba delante de mí, con la pantalla rota y las

fotografías esparcidas por el suelo. Me levanté de golpe y estiré una mano para recogerlas y las miré con detenimiento. Los ojos de aquella chica parecían estar sonriéndome.

Luché para encontrar mi mente racional y me puse en alerta de inmediato.

—¿Karim? Contesta, joder.

—Dime que esto es una broma. —Me puse rígido y mi mandíbula se endureció.

—No, Karim. Ella es la siguiente —espetó.

—¿Una mujer? —vociferé—. No mato mujeres.

—Si te digo lo que hizo, lo harás seguro.

—No me importa, no voy a hacerlo —espeté con indignación.

—Lo harás, Karim. No quiero a otro, quiero que lo hagas tú. —Su tono cortante me sorprendió.

—Me niego. —Respiré hondo.

—¿Quieres seguir trabajando para mí?

—Claro que sí. Sabes que no tengo ningún problema con eso. —Me puse de pie y tiré las fotos encima de la mesa—. Pero no mataré a una mujer.

—Karim...

—No puedo, Victoria. —Me senté en la silla con la mirada fija en el rostro de aquella hermosa joven.

—Si no lo haces, me veré obligada dejarte fuera y no quiero hacerlo. A Grisham no le gustaría y yo no podría ayudarte. Eres el único hombre de confianza que me queda —dijo tranquilamente—. Con Alexander ya no puedo contar.

—Él tampoco lo haría —dije mientras encendía un cigarro.

Ella se aclaró la garganta.

—Puede que no. Pero tú sí.

—Está bien... —Dejé el cigarro en el cenicero y me puse de pie—. Estaré vigilándola un par de días y luego hablamos. Todavía no lo tengo muy claro.

—Gracias —dijo con satisfacción—. Te llevarás una buena cantidad de dinero.

—El dinero no me importa —murmuré para mí y colgué la llamada.

Suspirando, me acerqué a la mesa. Ella era caliente y eso me aterraba más de lo que jamás podría cualquier asesino armado. Me pregunté qué podría haber hecho, su mirada inocente solo mostraba un alma pura. Leí toda la información y tomé una foto con mi móvil, luego quemé el sobre.

Necesitaba un consejo y pensé que llamar a mi amigo Alex era una buena idea.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Ya nos echas de menos? —preguntó.

—Un poco sí. Extraño más a la loca de mi hermana. ¿Cómo está?

—No quieres saberlo. —Respiró hondo—. Ahora mismo está hablando con un arquitecto.

—¿Y eso? —pregunté intrigado.

—Quiere una casa en el árbol. Espera, eso no es todo. Quiere comprar un caballo.

Mi boca se abrió de golpe. Solté una carcajada, sintiéndome como un niño de ocho años.

—Para de reír, idiota —vociferó Alexander.

—¿Un caballo? —Agarré el móvil, intentando recuperar un poco la compostura—. ¿Dónde lo vas a meter? ¿En el garaje?

—Esto no es divertido, hermano —habló en voz baja, pero su desaprobación llegó alta y clara.

—Solo a mi hermana se le podía ocurrir algo así. Un caballo en la ciudad —murmuré.

—Dice que es muy viejo y lo quieren matar, y sabes cómo se pone ella con los animales.

—Lo sé, hermano. A los cinco años trajo a casa tres perros vagabundos y a los siete años, una cabra.

—¿Por qué me llamaste? Seguro que no era para esto.

—No, no era para esto. Tengo que matar a una mujer. —Escuché silencio—. ¿Sigues allí?

—Sí, sigo —contestó con voz grave—. Eso es algo que yo no haría y lo sabes. Con Ilenka fue otra cosa.

—No sé qué hacer. —No pude evitar el escalofrío que me recorrió de pies a cabeza.

—No lo hagas. ¿Aceptaste?

—Todavía no.

—Sabes que, si no lo haces, las cosas empeorarán. Victoria no puede ayudarte y, si el otro jefe se entera, estarás muerto —dijo gravemente.

—Lo sé y eso es lo que me preocupa. —Me pasé una mano por la cara—. Puede que necesite tu ayuda.

—Sabes que la tienes. ¿Qué piensas hacer?

—Vigilar a la chica y mientras buscar una solución. Es joven y muy guapa.

—Bueno, eso es peor. Llámame estos días. Te ayudaremos con lo que sea. Te dije que lo dejaras —gruñó.

—Tenía que haberte escuchado. —Respiré hondo—. Gracias, hermano, hablamos.

Colgué la llamada y miré otra vez la foto de esa mujer. Simplemente, no podía matarla.

Encontré una pista y llevaba siguiéndola todas las noches. La chica trabajaba en un club cutre, afuera de la ciudad.

Salí al exterior y el frío viento me rodeó, helándome hasta los huesos. Supe que no se debía a la fuerte tormenta que se aproximaba, sino a los pensamientos que no querían abandonar mi cabeza. Se metieron como sedosa hiedra y subieron por mis huesos, envolviendo mi corazón en una red de amargos miedos. Tenía que tomar una decisión, una que cambiaría por completo mis valores y me hacía responsable de mis actos.

Llegué delante del bar y estacioné el coche. Apagué las luces y me quedé mirando por la ventana.

La vi abriendo la puerta y quise salir para hablar con ella, pero aguanté las ganas.

Agarró con fuerza su bolso y empezó a caminar despacio y, a cada paso, giraba la cabeza para mirar si alguien la estaba siguiendo.

Era extraño, pero no entendía por qué no podía dejar de pensar en ella, de intentar averiguar qué había hecho. A pesar de que me

gustaba estar aislado del mundo y vivir la solitaria existencia a la que me había acostumbrado, esa chica consiguió invadir mis pensamientos.

Salí del coche y cerré la puerta con cautela. Me escondí detrás de un árbol y esperé a que se alejara un poco más.

Caminé detrás de ella en silencio y escondiéndome cada vez que giraba la cabeza.

Llegó delante de un edificio en mal estado y miró por encima de su hombro antes de abrir la puerta.

Su miedo y su inseguridad me había conmovido. Era preciso saber qué había hecho y para eso, planeaba un encuentro.

Capítulo 2

Karina

Estaba harta de esconderme, de no tener una vida normal como las demás chicas de mi edad. Desde que mis padres se metieron en problemas con la mafia rusa, no había levantado la cabeza.

El dinero nunca faltó y la buena vida tampoco, pero todo eso tenía que tener un fin. Y lo tuvo, uno bastante desgarrador que derrumbó nuestro mundo perfecto en segundos.

Mis padres fueron los culpables. Ellos se negaron a obedecer los órdenes de Ivanov y, desde entonces, todo cambió. Empezó una pesadilla que vivía con intensidad tanto estando despierta como soñando.

No tenía noticias del paradero de mis padres y no sabía si ellos habían conseguido escapar o no. Todas las identidades de las personas que acababan muertas de la mano de Ivanov dejaban de existir. Destruía todo: documentación, fotografías personales, las casas donde vivían y mataban a todos los familiares, incluso a niños.

Durante todo ese tiempo, me cambié de nombre con documentación falsa y encontré un trabajo en un club nocturno. Dentro, mi rostro pasaba desapercibido y la mayoría de los clientes eran bastante borrachos para atar cables.

Mis padres se fugaron con veinte millones de dólares, dinero robado de Ivanov. No me dijeron nada, me había enterado de lo que había pasado cuando unos hombres armados irrumpieron en mi casa para matarme.

La vida me había golpeado duro y aprendí que era mejor vivir sola y encontrar tu propio camino sin la ayuda de nadie.

Esa noche tuve suerte. Eran solo tres hombres y conseguí derribarlos, mi entrenamiento con la mafia rusa me sirvió de maravilla.

Ivanov fue como un tío para mí, me crio y se encargó de mi educación. A los dieciochos años, me envió a Rusia, a una institución comunista soviética. Lo único que se aprendía allí era todo lo contrario a mis principios de vida. Matar para sobrevivir, robar para comer y pegar para dejar claras tus intenciones. Fueron seis años duros y agotadores. Terminé más de veinte veces en el hospital con heridas graves, tanto de balas como de cuchillo. Y cada vez que intentaba contactar con mis padres o con Ivanov, me castigaban con sesiones duras de tortura.

Cuando volví a casa, mis padres apenas me miraban o me hablaban. Se comportaban como dos extraños y ni siquiera se molestaron en despedirse de mí cuando huyeron. Lo que hicieron me repercutió. Ivanov dio orden de eliminarme a mí también. Hui sin mirar atrás y terminé durmiendo bajo un puente. Me pareció el lugar más seguro del mundo.

Me escondí bien durante un año, hasta hace tres semanas cuando me encontraron. Terminé por matar a los tres hombres que envió Ivanov y, después, me di cuenta del error que había cometido. Uno de ellos era el hijo de su mejor amigo, Chanko. Eso lo enfureció y contrató a la mejor agencia de asesinos del país. Eran profesionales y tenían los mismos recursos que los agentes de policía.

—¿Ya te vas, Karina? —preguntó mi compañero de trabajo.

—Sí, Mick. Estoy cansada, hoy no me apetece quedar. —Agarré mi bolso y las llaves del coche.

—Por favor, unos tragos más —suplicó.

—Lo siento, esta noche no. —Besé su mejilla y salí de ese club pitando. Sentía que me faltaba el aire, trabajar allí me quitaba libertad. Era muy tarde y el cansancio cerraba mis ojos.

Caminé tan rápidamente como era posible, ignorando el ruido que hacían mis tacones en el medio de aquel callejón oscuro. Escuché

pasos y me asusté. Mi cabeza estaba tan nublada con pensamientos perdidos que no me había dado cuenta del peligro que escondía el silencio. Intenté relajarme y luché con mis cavilaciones mientras trataba de recuperar cierto grado de control.

Giré la cabeza y miré por encima de mi hombro. Detrás de mí, dos hombres trajeados caminaban deprisa mientras me apuntaban con las pistolas. Tragué el nudo en mi garganta y suspiré con agitación.

Se me cayeron las llaves del coche al suelo y aproveché ese despiste para sacar mi pistola, pero ellos fueron más rápidos y empezaron a disparar. Me escondí detrás de un cubo de basura y le quité el seguro a la pistola enseguida.

Cuando me puse de pie para disparar, ellos habían desaparecido. Con mucho cuidado me moví para mirar a mi alrededor y encontrar la razón. Di un grito ahogado cuando vi los cuerpos sin vida de aquellos hombres en el suelo.

Temblando, traté de controlarme. Salí de mi escondite y me acerqué con cautela, sin dejar de apuntarles con la pistola. Les golpeé con el pie para comprobar que estaban muertos y mi estómago se hundió. Alguien más estaba allí y los había matado con sangre fría.

Suprimí el pánico y di un paso atrás. Mi espalda chocó contra algo firme y contuve un asustado jadeo.

—No te muevas. —Me clavó algo duro en la espalda.

—No... —susurré asustada.

—Dame la pistola —ordenó con voz tensa.

Levanté la mano en el aire y suspiré con frustración.

Arrancó el arma con un movimiento ágil y clavó la otra mano en mi cintura.

—Vas a mantener la boca cerrada y vas a venir conmigo. —Su voz era un susurro áspero, apenas audible—. Si quieres vivir, harás lo que yo te diga.

Una leve sensación de cosquilleo apareció en mi cintura y gradualmente recorrió mi espalda. Su mano desprendía calor y se sentía tan bien que dolía. Ese acercamiento me dejó temblando como un flan.

—Tú mandas. —Me encogí de hombros.

—Perfecto.

Guardó su pistola y me agarró por la cintura presionando su cadera contra mi trasero. La sangre latía con fuerza en mis oídos y tenía la piel muy caliente. Emití un ruidito a modo de protesta y aparté sus manos.

Soltó un carcajada y me agarró por las muñecas.

—Mantén tus quejas para ti. Voy a taparte los ojos y no quiero problemas.

—Lástima, soy un problema. —Lo dije como dándolo por sentado.

—Entonces me ocuparé de ti de inmediato.

Se apartó y sentí vacío. Si quería escaparme, ese era el momento perfecto y podía hacerlo sin problemas, sin embargo, había algo que me frenaba, no me atrevía alejarme de él.

—Estás pensando cómo escaparte, ¿verdad? —susurró en mi cuello—. No lo vas a conseguir, soy muy bueno. Acabarás muerta en tres segundos. Tus posibilidades son pocas; un codo en el estómago y agacharte para quitarme la pistola no te servirá de nada. —Rozó mi cuello con sus labios—. Nunca fallo.

Besó mi cuello y, cuando mis rodillas dejaron de sostenerme, él me agarró con las dos manos por la cintura apretándome contra su pecho.

—No intentaré nada —aseguré con voz ahogada.

—Nos entendemos de maravilla. —Sentí sus manos en mi cuello—. No te muevas —ordenó mientras me tapaba los ojos con un pañuelo.

Lo ató bien fuerte y se alejó.

—Vámonos —dijo agarrando mi mano.

Su piel era suave, cálida, y mientras caminaba a su lado y a oscuras, sus dedos acariciaron mi palma. Una descarga eléctrica atravesó mi cuerpo y mordí mis labios con fuerza para no gemir. Nunca me había sentido tan excitada con tan solo unas caricias. Ese hombre tenía un efecto extraño en mí.

Llevaba más de cinco años escondiéndome y moviéndome de un lado a otro. No presté atención a los hombros, a las relaciones y el amor lo ignoraba, solo me hacía daño. Tener una pareja era algo que nunca me lo había planteado porque sabía que era algo imposible.

No quería poner en riesgo la vida de otra persona, era mejor vivir sola y sin complicaciones. Mi existencia era inestable, peligrosa y nadie encajaba en ella, ¿o sí?

Capítulo 3

Tenía más dinero en mi cuenta de lo que sabía qué hacer con él. No estaba casado, no tenía novia o una casa, y lo único que tenía que cubrir eran los gastos de mi coche y los de los hoteles. No sabía qué demonios hacer con todo eso y mis ingresos subían cada semana. Me importaba una mierda la suma de dinero que podría cobrar si la mataba, lo único que me preocupaba era mi vida.

Nunca rechacé un encargo y nunca había fallado a mi jefa. No obstante, no era ella quién me preocupaba, sino Grashim, mi otro jefe. El año pasado, mató a uno de sus agentes porque había fallado en eliminar a uno de los políticos más corruptos del país. Me enviaron a mí para terminar el trabajo y no había dudado ningún segundo en hacerlo. Sin embargo, la culpa me mataba. Ese hombre tenía una familia y, aunque se lo merecía por lo que había hecho, yo no era nadie para quitarle la vida así sin más.

Llegué delante de mi coche y le quité el pañuelo. No servía de nada; de todos modos, ella iba a averiguar mi identidad.

El callejón estaba a oscuras, pero la poca luz de las farolas iluminaba su rostro y fue suficiente para darme cuenta de que era aún más linda en persona. Era diferente, nunca había visto nada igual; su rostro pequeño, sus labios gruesos, rojos de haberlos mordido y su cabello sedoso caía en ondas sobre sus hombros. Me sacó una sonrisa y eso era algo difícil de lograr. Últimamente nadie solía hacerlo. Me había vuelto un gruñón al que nada complacía y para el que la risa era algo absurdo y alejado de la realidad. En ese momento, toda mi seguridad se fue a la mierda.

—Entra en el coche. —Inspiré para relajarme—. No tardarán en darse cuenta de que esos dos están muertos.

Apretó los labios y se acercó un poco más.

—No recibo órdenes de nadie. —Colocó una mano en mi pecho—. No te cuesta nada ser amable. —Intentó empujarme, pero no lo consiguió.

—Me cuestan muchas cosas cuando soy amable y una de ellas es mi vida.

Era tan hermosa que no podía dejar de mirarla. Su cabello castaño enmarcaba su rostro y dejaba ver una pálida piel. Era una de esas mujeres que le daba igual el maquillaje.

En ese momento mis ojos se convirtieron en mi boca y con cada movimiento o parpadeo, acariciaba su piel.

—¿Qué es lo que quieres? —Se aclaró la garganta—. ¿Quién eres?

—Digamos que soy tu salvación. —Saqué su pistola y la examiné.

—Devuélvemela.

Le agarré la muñeca y se la torcí hasta que ella se dio la vuelta.

—Ahora es mía. No entiendo por qué las mujeres tienen que personalizar todo ¿Una pistola de color rosa?

—Fue un regalo. —Me dio un golpe en el estómago para soltarse.

Dolió, pero no la solté; aproveché y le clavé la pistola en el cuello.

—No vas a escapar, preciosa. Obedece y vivirás... de momento. — Quité el seguro despacio y presioné el arma contra su piel—. ¿Entendido?

—Entendido, imbécil —gruñó.

—Cuida esa boca y entra el coche —bramé.

Maldijo en voz baja y abrió la puerta sin rechistar. No sabía por qué me molestaba en domarla. Mis planes eran otros: llevarla a la casa de un amigo y torturarla hasta sacarle la verdad.

Pero verla tan recalcitrante me sacó de mis casillas. Me hizo olvidar que era peligrosa y que tenía que matarla. Hizo que todo lo que estaba tratando de lidiar pareciera mucho menos importante. Mi vida, su vida, la vida de mi hermana y la de mis amigos... todo aquello se esfumó por la forma en que esos ojos centelleaban hacia mí.

—¿A dónde me llevas? —Se quedó mirándome un rato y luego se acercó solo un paso. Se me aceleró el pulso, pero me mantuve firme.

—No me das miedo y si no hablas conmigo, habrá consecuencias.

—Vaya, ¿me estás amenazando? No creo que te convenga, preciosa —bromeé.

—No me llames así, tengo un nombre.

Eché la cabeza hacia atrás, analizando sus palabras.

—Si no me dices tu nombre, te llamaré como me da la gana. Y te conviene mantener la boca cerrada.

Estrechó la mirada y percibí la tensión de su cuerpo, como si estuviera conteniendo la inminente descarga de una tormenta.

—Como deseas —dijo. Me estudió durante un rato largo con una curiosidad insaciable. Sus ojos encontraron a los míos; los suyos eran suaves y brillantes. En su rostro había una expresión de inquietud y mostraba rabia contenida.

Dio la vuelta y entró en el coche, deslizando sus piernas largas en el interior con delicadeza. Encendió la radio y la puso a todo volumen.

—Este es mi coche y deja de tocar..

—Que te den. —Me enseñó el dedo medio y se hundió en su asiento.

—¿En serio? —Enarqué una ceja—. ¿Cuántos años tienes?

—Eso a ti no te importa. —Se colocó el cinturón de seguridad y cerró los ojos.

—¿Eres consciente de que ahora mismo podría matarte? —chillé.

—No serías el primero en intentarlo —murmuró. Hizo un pequeño gesto de indiferencia levantando un poco el hombro.

—Intentarlo no, preciosa. Conseguirlo sí.

Alargó una mano y bajó el volumen de la radio. Su rostro adoptó una expresión terca y dijo con pesar:

—Hazlo, estoy cansada de huir —suspiró.

—¿Qué hiciste? ¿Por qué quieren matarte?

—Tendrás que averiguarlo tú solito porque no voy a decirte nada más.

—Cerró la puerta y echó la cabeza hacia atrás.

Tomé aliento pensando en el siguiente paso y rodeé el coche. Entré

y me deslicé sigilosamente en el asiento, con mis pensamientos extraños y descontrolados. Giré la cabeza para mirarla y vi que tenía los ojos cerrados y respiraba con suavidad. La dejé tranquila, lo necesitaba. Y yo también, ella me había revuelto el ánimo y me confundió de tal manera que no veía una salida limpia. Tendré que llevarla a mi casa y confiar en ella, y tenía que encontrar la manera de averiguar lo que había hecho, por mi cuenta. La única quien podía darme todas las respuestas era Victoria, sin embargo, no era fácil acercarme a ella sin levantar sospechas. Una movida arriesgada y precipitada podía llamar la atención de Grisham.

El viaje se hizo corto y, sin darme cuenta, ya había llegado delante de mi edificio. Metí el coche en el garaje y después de aparcar apagué el motor. Quité el cinturón de seguridad y giré la cabeza para mirarla. Tenía una cicatriz en el cuello bastante fea y no pude resistirme a la tentación de tocarla. Mis dedos viajaron a lo largo de su piel tocando la marca y ella se removió en su asiento.

—Por favor..., no..., no me mates.

Dejé de tocarla y se tranquilizó. Salí del coche y abrí la puerta del copiloto. Me agaché un poco, le quité el cinturón de seguridad y la tomé en brazos. Ella enseguida se aferró a mi cuello y sus labios rozaron mi mejilla izquierda. Me estremecí de arriba abajo; si con tan solo un pequeño toque consiguió ese efecto en mí, no quería imaginarme qué pasaría si me besara.

Empujé la puerta que daba a la cocina y recorrí el pasillo entero con ella en mis brazos. Entré en mi habitación porque era la única amueblada. La deposité encima de la cama, pero ella no quiso soltarse y acabé cayendo a su lado. Me abrazó con fuerza y murmuró algunas palabras en ruso. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo estaba en alerta; en ese momento, me sentía atrapado. No obstante, me gustaba el escalofrío que me provocaba el simple hecho de tener su cuerpo pegado al mío.

Alargué una mano para apagar la luz, esa noche iba ser muy larga para mí.

Capítulo 4

— ¡Joder!

Un chillido me hizo abrir los ojos de golpe.

— ¿Qué pasa? — pregunté, examinando su rostro con detenimiento. Luego vi que intentaba soltarse y me tranquilicé.

— ¿Me ataste a la cama? — Ladeó la cabeza, apretando los labios.

— Por supuesto. No quería arriesgarme — dije con una voz somnolienta y eché la cabeza hacia atrás. Su mirada podía matar en ese momento y sabía que tramaba algo. De pronto, la cama se movió y sentí un fuerte golpe en las costillas. Se atrevió a golpearme, eso no podía pasar desapercibido. Me tiré encima suyo de una manera brutal y presioné mis manos en sus hombros.

— Eres una pequeña fiera. Si no te tranquilizas, te dejaré atada a la cama.

— ¡Quítate, joder! — vociferó—. Pesas mucho, me aplastas.

— Solo si te comportas. — Agaché la cabeza para rozar su cuello con mis labios—. Solo si obedeces — susurré y ella se quedó quieta.

En ese momento solo se escuchaba su respiración acelerada y cuando pensé que la tenía a mi merced, me dio un golpe en la entrepierna que me quitó el aliento.

— ¡Serás... joder! — Rodé en la cama agarrando mi miembro con fuerza—. Joder...

Alcé la mirada y la vi sonriéndome con satisfacción.

Odiaba lo que pasaba y lo que ella hacía conmigo. Nadie se había atrevido a contestarme o a pegarme de esa manera y mucho menos una chiquilla. Me quedé un buen rato en la cama, el dolor era

insoportable.

Ella no dijo nada, solo se limitó a mirarme con una sonrisa lasciva e invitante. Al verla así, supe que esa chiquilla era mi perdición. Era todo lo opuesto a mi tipo de mujer. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en cómo besarla y recuperar con ella mis hábitos de seducción. Tenía en mi cama a una mujer tentadora, pero no podía dejarme llevar por la pasión. Estábamos en peligro y lo más importante era pensar con claridad.

Me deslicé fuera de la cama sin mirarla, y salí de la habitación con la cabeza bien alta.

—¡Idiota! No me dejes así.

Cerré la puerta y crucé el pasillo. Maldije en voz baja e hice un esfuerzo por mantener la calma. Estaba al borde de un ataque de pánico y no podía permitirme perder los estribos. Mi corazón latía fuera de lo normal y sentía que mi piel estaba extrañamente tensa. Entré en la cocina y abrí el frigorífico. Necesitaba un buen trago y bien frío. Mientras, decidí llamar a Victoria, necesitaba quedar con ella para que me dijera qué escondía esa chiquilla. Ni siquiera sabía su nombre, en el informe no había nada, y ella tampoco quería decírmelo.

—Hola, Karim —contestó Victoria—. ¿Pasa algo?

—Necesito hablar contigo, a solas.

—Está bien, puedes pasarte por mi casa esta tarde. Ten cuidado cuando salgas, te están vigilando.

—¿A mí? —pregunté extrañado.

—Saben que la tienes, Karim. ¿Por qué no la mataste? Esa fue la orden...

—Hay algo más y necesito saberlo. Ella no puede ser quien dicen que es, ella no...

—Karim, si Grashim se entera de esto, estás por tu cuenta. Yo no podré protegerte. —Suspiró.

—Lo sé y por eso quiero toda la información.

—Está bien, pásate esta tarde —dijo y cortó la llamada.

Necesitaba saber quién había dado la orden de matarla, necesitaba saber quién la quería muerta. Destapé la botella y respiré hondo. No

podía dejarla encerrada y atada a la cama, ese no era yo. La culpa me comía por dentro, no acostumbraba a tratar mal a las mujeres.

Dejé la botella en la mesa y me encaminé hacia mi cuarto, pasando por delante del sofá. El silencio me inquietó, hacía unos minutos ella estaba gritando para que la soltara.

En el momento que entré en la habitación, vi la cama vacía. Me paré en el umbral, la única salida a escondidas era por la ventana del baño. Cerré la puerta con sumo cuidado y poco a poco comencé a recorrer la estancia, esta vez en penumbra. Ella había corrido las cortinas y la única luz que entraba provenía de la calle por las ventanas. Mis pasos tenían respuesta en el suelo, que crujía conforme avanzaba.

Entré en el cuarto de baño y la encontré intentando escapar por la ventana. Maldije en voz alta y la agarré por las piernas. Tiré con brusquedad hacia abajo y sus pies desnudos tocaron el suelo.

—Suéltame. Déjame ir.

—No voy a soltarte, preciosa. —La giré para mirarla—. Si sales de aquí, en diez minutos estarás muerta.

Su expresión se suavizó y dejó de moverse.

—¿Tú también me quieres matar?

—No voy a negarlo. —Apreté mi cuerpo contra el suyo—. Pero, de momento, estás a salvo conmigo.

Se quedó mirándome intensamente durante unos segundos y luego me empujó.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó con tono mordaz—. ¿Para quién trabajas? ¿Cuánto te pagaron para matarme?

—Ahora mismo soy tu única salida —dije sin soltarla—. No importa para quién trabajo y créeme que, si te mato, cobraré una fortuna.

—¿Y por qué no lo haces? —Me clavó un dedo en el pecho—. Si no eres más que otro asesino que mata a sangre fría.

Apreté la mandíbula y cerré los ojos.

Era la verdad, sin embargo, esa verdad hacía daño. Me pregunté, no por primera vez, qué demonios estaba pasando. Sabía que protegerla era lo último que debería estar haciendo. Ya se había metido

demasiado en mis pensamientos. Cuanto más me acercaba a ella, era menos capaz de confiar en mí mismo.

—Hay comida en la nevera. Puedes preparar algo de comer —dije y me alejé—. Si te quieres ir, la puerta está abierta.

Salí de allí y no miré atrás. La situación me había vuelto del revés. Había llegado al límite del deseo por ella y en mi mente no había más alternativa para curarme que tenerla. Me sentía indeciso en mis acciones, era una sensación nueva para mí.

Era un asesino, pero nunca había matado a personas inocentes. No elegí ser uno: me raptaron, me cambiaron y me dejaron vacío.

Estaba desconcertado por mis pensamientos divergentes y me preguntaba si ella podía rescatarme de mi terrible tortura.

Capítulo 5

Poco a poco, mientras miraba la puerta de la cocina, fui testigo de un espectáculo que me dejó sin aliento. La luz del día enmarcó su cuerpo con un color ligeramente claro convirtiéndolo en algo maravilloso y dulce. Mi corazón se aceleró y luché por mantenerme sentado.

— Veo que sigues aquí. — Mi voz era estridente.

— No tengo otra opción. — Se sentó en una silla, delante de mí.

Empezó a jugar con un mechón de cabello y se pasó la lengua despacio por los labios, mojándolos, dejándolos brillantes.

Tragué saliva y fijé la mirada en su escote. Los senos eran una de mis pasiones. Todos ellos me parecían perfectos, ya fueran pequeños o grandes. Pero los suyos... los suyos habían sido capaces de conquistar mis deseos más subrepticios.

Desvíe la mirada, cada gesto suyo era muy sensual y me tenía cautivado.

— ¿Tienes hambre?

— Un poco — contestó y se puso de pie.

Sentí su presencia detrás de mí y me giré. Permanecí en silencio y reprimí las ganas de tocarla. Inspiré de manera entrecortada y dejé escapar un débil sonido.

Ella se agachó un poco más y esbozó una sonrisa lenta. Todo mi cuerpo se estremeció, tanto de deseo como de frustración.

Tragué saliva y cerré los ojos, mi autocontrol amenazaba con derrumbarse. Me sacudí lejos de mis pensamientos y me puse de pie. La agarré por la cintura y le devolví la sonrisa. Su expresión se

mantuvo impasible, pero ese acercamiento causaba en ella un efecto similar al que causaba en mí. No obstante, quería ir despacio con ella. Aunque no sabía cuánto tiempo iba a ser capaz de aguantarme. Llevaba el cabello suelto y deseaba pasear mi mano por su extensión y sentir el pesado deslizamiento a través de mis dedos. Probablemente, no debería llevar mis pensamientos al límite con ella, pero su olor y su sensualidad me hacían desearla de una manera salvaje.

—Si intentas pegarme otra vez...

—¿Por qué no me mataste? —Ignoró por completo mis palabras—. Tuviste tantas oportunidades.

—Porque no mato mujeres —respondí secamente.

El impacto de mis palabras se reflejó en su rostro, pero solo por un segundo.

—No sabía que los asesinos tienen sentimientos —dijo con ironía.

Mi rostro se contrajo y mis ojos dejaron de centrarse en ella.

—¿Te ofendí? —Elevó una ceja—. Te pido perdón, esa no fue mi intención.

—¡Cállate! —estallé, luchando por controlar el mal humor—. No sabes nada. Sal de mi vista ahora mismo.

—¿Y si no lo hago?

—No quieres verme más enfadado de lo que estoy —espeté.

Mi furia se había desatado y me impulsaba más allá de los límites de la razón.

—¿Y de verdad crees que tengo miedo? —Su voz rezumaba sarcasmo.

—Basta —dije y la agarré por los hombros para sacarla fuera de la casa.

—Suéltame, ¿qué haces? —Se retorció e intentó pegarme—. Ay, me duele —chilló cuando le agarré un buen mechón de pelo para poder tener acceso a su cuello.

—Cuando estés más calmada, puedes entrar —gruñí cerca de su oreja y la empujé.

Cerré la puerta de golpe y respiré hondo.

No la aguantaba más y apenas podía contener la rabia. De pronto,

me invadió una sensación de malestar. Volví la cabeza, impulsado por la inquietud, y me encaminé hacia mi pequeño estudio.

—Abre la puerta, idiota —gritó ella mientras la golpeaba con sus puños.

Me tomó un minuto ponerme bajo control, empujando mis emociones atrás. La ignoré por completo y me encerré dentro de la única estancada de la casa que me daba privacidad, con la intención de mitigar mis nervios. Encendí el ordenador y empecé a revisar una por una, las carpetas que había robado Alexander a Sergei. En todas aparecía un nombre, y ese era el de Ivanov. Lo conocía bastante bien y sabía que no te convenía meterte con él. Algo no encajaba y pensé que Victoria podía tener las respuestas.

Apagué el ordenador y me recosté hacia atrás en la silla. Esa chica había matado mis demonios y había desnudado mi alma en apenas un segundo. Sus palabras me molestaron, odiaba cuando me echaban en cara mi profesión porque no disfrutaba matando. Me habían obligado, y destrozaron mis ilusiones y mis ganas de tener una vida normal.

Miré el reloj, tenía que irme para encontrarme con mi jefa y no sabía qué hacer con esa chiquilla. No quería llevármela conmigo, pero tampoco podía dejarla sola en la casa.

Escuché un ruido y me puse en alerta. Salí del estudio y recorrí el pasillo a grandes zancadas.

—¿Dónde está el incendio?

Me paré en seco y la miré desconcertado. No daba crédito a lo que veía. Ella estaba sentada en mi sofá como si nada hubiera pasado. Tenía una sonrisa traviesa en sus labios y me miraba con expresión vacilante.

—¿Cómo entraste? —pregunté moviendo los labios lentamente.

—Es un secreto y, si te lo digo..., tendré que matarte.

—No lo vas a conseguir. —Pasé por delante del sofá, ignorándola por completo.

Se puso de pie y me colocó una pistola en la nuca, presionando con fuerza. No obstante, su mano temblaba y su respiración se entrecortaba.

—¿Estás seguro? —susurró en mi oído—. No serías el primero que moriría de un disparo mío.

Rechinó los dientes y disparó en el techo. Cayeron varios trozos de pintura al suelo y tragué saliva cuando sentí de nuevo la pistola presionando mi nuca. No tenía miedo, solo estaba sorprendido. Encontró una oportunidad y no dudó en aprovecharla. Esa chiquilla tenía agallas y eso me complacía.

—Dispara —dije—. Hazlo, preciosa. Más tarde o más temprano tenía que llegar mi momento.

Permanecí tranquilo durante su breve silencio que parecía muy profundo. La pistola temblaba, jugueteando con mi cabello de una manera descontrolada, y el ritmo acelerado de su corazón golpeaba mis oídos. Algo impedía ese deseo suyo de apretar el gatillo y me preguntaba qué podía ser.

—Dispara —dije con firmeza—. Termina con esto.

Tiró la pistola al suelo maldijo en voz alta. Respiraba pesadamente, y no hizo ningún otro movimiento hasta que me giré para mirarla.

—No puedo... —susurró mirando la pistola—. No quiero seguir matando. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Solo quiero que me dejen en paz, estoy harta de huir... —Se tiró de rodillas al suelo—. Está no es vida...

Me agaché y tomé la pistola, luego me arrodillé delante de ella. Levanté despacio su mentón y ella me miró con ojos tristes, apagados. Mi mano se movió hasta su cara y se deslizó por su mejilla, atrapando las lágrimas que resbalan como diamantes sobre su piel blanca y aterciopelada.

—Intentaré ayudarte —le dije en voz baja, perdido en su hermosa mirada—. Solo tienes que dejarme.

Ella atrapó mi mano y la presionó contra su mejilla. Pareció tomarse un minuto y respirar profundamente antes de hablar.

—Tengo miedo... —Apretó con fuerza mi mano—. Ayúdame, por favor —rogó con voz apagada.

—Lo haré, preciosa. —Dejé salir un suspiro inaudible.

Sus ojos eran penetrantes y tan expresivos que podía leer la angustia que sentía en ese momento. Podía verla luchando para

mantener sus emociones bajo control. La abracé y me quedé con ella así hasta que dejó de llorar.

Tenía la mente hecha un lío y pensaba demasiado. Necesitaba tomar una pausa y dejar que ella encontrara la confianza que necesitaba.

—Gracias —susurró bajito.

Capítulo 6

Tiré el periódico de golpe sobre la mesa. Un sonoro silbido salió de mis labios sin apenas darme cuenta, como un acto involuntario.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con el ceño fruncido. El sonido que había producido el periódico al caer, la sobresaltó.

Tragué saliva y fijé la mirada en su camiseta.

—De toda mi ropa, ¿tenías que escoger esa prenda? —pregunté arqueando una ceja, con la esperanza de parecer seguro y convincente.

Se acercó a mí, librando la poca distancia que nos separaba.

—¿Qué le pasa a esta vieja camiseta?

—Es mi preferida —aclaré, un poco receloso—. Me la regaló una amiga especial.

—Entiendo, una novia...

—No, no fue una novia. Déjalo, no tengo que darte explicaciones. — Me crucé de brazos.

—Muy bien, pero no me voy a quitar la camiseta. Me gusta, el naranja es mi color favorito.

Se acercó y aguanté un gemido. Qué bien olía y qué aspecto tan apetitoso tenía. Llevaba mucho tiempo sin tener sexo y no había duda de que el celibato había hecho estragos.

Durante una fracción de segundo pensé en lo que estábamos haciendo. En los límites que no podía traspasar y en las reglas que no podía romper. Yo era un asesino y ella era mi objetivo; yo era el lobo feroz y ella, la caperucita inocente. Si no tomaba precauciones, nuestra historia podría acabar trágicamente.

—Tu perfume me gusta...

Cambié de postura para intentar aliviar una creciente presión en la ingle y tragué saliva al observar su chispeante mirada.

—Gracias.

Curvó el labio inferior en un tentador mohín y me acerqué a ella. Parecía una adolescente traviesa, una que intentaba coquetear conmigo. Me gustaba, pero tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para no besarla.

—Tienes que venir conmigo —dije con firmeza—. No quiero dejarte sola.

—¿A dónde?

—Necesito encontrarme con alguien. —Agarré su mano—. Te quedarás en el coche mientras. Intentaré no tardar mucho.

Asintió con la cabeza y le estreché la mano. No podía confiar plenamente en ella y omití los detalles de la reunión con Victoria.

—¿Cuál es tu nombre? El de verdad. —La miré a los ojos.

—Mi nombre es Mila, y el que estoy usando ahora es Karina —contestó y vi sinceridad en sus ojos.

—El mío es Karim. Ahora vamos, no quiero llegar tarde.

Me siguió en silencio hasta que llegué delante del coche. Se paró en seco y me miró a los ojos.

—¿Me vas a matar? —preguntó, insegura. Se frotó la parte posterior de cuello, con aspecto cansado.

—No, ¿por qué dices eso? —Me acerqué y ella retrocedió.

—Llevas tres pistolas y dos cuchillos —respondió con voz trémula. Sus labios se apretaron lo suficiente para revelar su ligera vacilación.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo experiencia. —Me sostuvo la mirada—. Y vas demasiado armado para una reunión.

—Vamos a decir que me están vigilando. —Abrí la puerta del coche.

—Quiero mi pistola —habló con lentitud, midiendo las palabras—. Necesito protegerme y...

—Y yo puedo hacerlo perfectamente. Ahora entra en el coche.

Me hizo caso y se deslizó en el interior con delicadeza. Mientras se colocaba el cinturón de seguridad, aproveché para asomar la cabeza y

agarrar sus muñecas. Le coloqué unas esposas y me eché hacia atrás.

—¿Qué haces? —Miraba sus manos con incredulidad—. No me escaparé, te lo dije. No tengo a dónde...

—No es por eso, Mila. —Me agaché para estar más cerca de ella—. Es para que no intentes hacer alguna tontería. Necesito tranquilidad en esta cita, no puedo cometer errores.

—Pero yo no haré nada. —Parpadeó hacia mí—. Soy buena, cuando quiero.

—No lo conseguirás conmigo. —Me alejé y cerré la puerta.

Rodeé el coche y, mientras abría la puerta, miré por el rabillo del ojo a los dos coches que estaban aparcados a unos metros de distancia.

Llevaban todo el día allí y sabía que me vigilaban. Me dejé caer en el asiento y arranqué el motor. No obstante, necesitaba comprobar mi teoría. Miré por el espejo retrovisor y vi que uno de esos dos coches se había movido un poco de su sitio.

Hice un esfuerzo para desviar las preguntas que sabía que vendrían y pisé el acelerador.

—¿Pasa algo? —preguntó Mila y giré la cabeza para mirarla.

Nuestros ojos se encontraron y mi cuerpo se tensó. Pensamientos secretos volaron más allá y una extraña sensación serpenteó a través de mi cuerpo. Me perdí en su mirada intensa, soñando con tocar su suave piel y sus perfectas curvas femeninas.

Su respiración cambió, se volvió más fatigada y su pecho subía y bajaba con más rapidez.

—¿Karim?

—Eh, no, no pasa nada —balbuceé. Traté de calmarme y sacudí la cabeza rápidamente.

—¿Estás seguro? —insistió—. Porque ese coche negro... —miró hacia atrás— nos está siguiendo.

Hizo una mueca su rostro ceniciento.

—Te dije que me están vigilando. —Giré el volante hacia la derecha—. Pero no importa, no intentarán nada —le dije, pero no estaba muy seguro.

Tenía que perderlos, no podían saber que yo me dirigía a la casa de Victoria. Hice varias maniobras y, después de entrar por unas calles

estrechas que se cruzaban continuamente, conseguí dejarlos atrás.

—Ya no nos siguen —dijo ella y se acomodó en el asiento.

Tomé varias curvas y, de vez en cuando, la miraba. Se veía indefensa y frágil. Me dolía verla así, y eso era un gran error. Me había ablandado y había dejado la puerta de mi corazón abierta, dándole una oportunidad al amor. Por lo general, las mujeres no solían llamarme mucho la atención, pero ella era diferente.

Me gustaba tenerla cerca. Era valiente y decía lo que estaba en su mente.

Por no hablar de que no podía dejar de pensar en ella. Tenía unos ojos espectaculares y era condenadamente linda. Fantaseaba con ella, tenía imágenes en mi cabeza que se repetían como una película. La veía sonrojándose, mordiéndose el labio, suspirando y, cómo no, maldiciendo.

La decisión que había tomado ponía en peligro mi vida. Sabía que era el fin de mi trabajo, pero no me importaba. Ella despertó en mí un instinto que había desaparecido hacía años de mi vida.

Sus piernas estaban a la vista, llevaba un pantalón corto blanco y me era difícil no tocarla cuando cambiaba de marcha.

La tenía tan cerca, podía sentir su respiración, podía sentir su perfume, ya me había vuelto adicto a ese olor. Desde el primer momento en que me acerqué a ella, no pude sacarlo de mis pulmones.

—Ya estamos —dije en voz baja.

Detuve el coche en el bordillo, detrás del coche de mi jefa, y me giré para mirarla.

—Me quedaré aquí —dijo con ironía y levantó las manos esposadas—. ¿En serio me vas a dejar así?

—Sí, Mila, y deja de protestar.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me gustas. —Se inclinó hacia mí para dar énfasis a sus palabras—. Eres un insensible y ahora me doy cuenta porque se te da bien tu trabajo. No tienes sentimientos. Tragué saliva, sus palabras me hacían daño y era la tercera vez que me hacía sentirme de esa manera. Mi pecho subía y bajaba con ira, y estaba bastante enojado.

Tenía que salir de ahí antes de hacer algo irreparable.

Miré hacia abajo, luchando contra las emociones conflictivas que corrían a través de mí y tomé una profunda respiración antes de abrir la puerta.

Salí con cautela y, comprobando los alrededores, crucé el jardín y me paré delante de la puerta principal. Escuché un clic y supe qué podía pasar. Sin embargo, no podía bajar la guardia; saqué mi pistola y caminé de puntillas hacia el salón.

—Guarda la pistola, Karim —dijo Victoria mientras bajaba las escaleras.

La miré y sonreí, esa mujer tenía unas curvas impresionantes y su voz... podía derretir cualquier corazón helado.

—Victoria, mi sexy jefa —susurré mientras guardaba la pistola.

—Mi sexy asesino.

Sonrió y bajó el último escalón con delicadeza. Vestía todo de negro y su oscuro cabello estaba atado sobre su cabeza. No llevaba maquillaje, pero lograba verse sorprendentemente hermosa. Ella no era de aquellas mujeres que daba muestras de afecto ante la gente, pero, cada vez que nos encontrábamos, me sonreía con sinceridad.

—Tenías razón, me están vigilando.

—No sabes en lo que te metiste. —Se acercó para acariciar mi mejilla—. No quiero perderte —murmuró—. Sabes que te aprecio.

—Lo sé, Victoria —suspiré—. Y yo a ti —dije con voz ronca.

—¿Por qué no la mataste? —Se alejó un poco.

Sus palabras bastaron para percatarme de la seriedad del asunto.

—No pude hacerlo, no soy un monstruo y no mato mujeres — respiré hondo—. Y ella es inocente.

Sellé mis labios y dejé de hablar, ofreciéndole tiempo para que ella reflexionara sobre mis palabras.

—Es muy guapa —murmuró—. Puede que tengas razón, pero te metiste en graves problemas. Ivanov la quiere muerta.

En su rostro se reflejaba la preocupación de un peligro inminente.

Mi corazón dio un vuelco y sentí un ligero sudor cubriendo mi frente.

—¿Ivanov? —pregunté con cuidado y tragué saliva—. Eso significa

que los dos acabaremos muertos.

Capítulo 7

Parpadeé como si acababa de despertarme de un leve trance y apreté los puños.

—Necesito más información —dije impaciente—. ¿Por qué Ivanov la quiere muerta? ¿Qué hizo ella?

—Le robó una fortuna, casi veinte millones de dólares —rebatí—. Caminó hacia la mesa y cogió una carpeta roja—. Aquí tienes toda la información. Y ve con cuidado, Ivanov nos contrató a nosotros para matarla. Si no lo haces tú, tenemos que enviar a otro. —Se acercó y me acarició la mejilla—. Todos estarán detrás de vosotros. —Cerró los ojos—. No puedo hacer más por ti. Grisham me está vigilando y...

—Has hecho demasiado —dije y ella abrió los ojos—. Sabes que soy muy bueno. No tienes que arriesgar tu vida por mí. —Tomé su rostro en mis manos—. Gracias —susurré y le di un beso corto en los labios.

—Llámame si necesitas mi ayuda. Haré todo lo posible para mantenerlos lejos de ti.

—Gracias —dije en voz baja—. Necesito tener acceso a las armas.

—Claro, en la carpeta tienes la clave y el sitio donde está escondida la llave. Con ella puedes entrar y salir sin levantar sospechas. —Me guiñó un ojo.

—Pensando en todo —dije sonriendo—. Eres perfecta, Victoria.

—Tan perfecta que aún sigo sola —suspiró.

—Tu trabajo asusta a los hombres. Necesitas encontrar a alguien dispuesto a aceptar lo que eres.

—Eso ya lo sé, pero sabes que me cuesta confiar en la gente. —Vi cómo su expresión cambiaba—. Mi pasado aún me persigue.

—Algún día tendrás que decirme qué te pasó.

Ella me miró extrañamente, pero lo dejó pasar, asintiendo con lentitud.

—Algún día...

—Me tengo que ir. —Le sostuve la mirada con una profunda tristeza.

—Llámame si algo va mal —dijo con determinación.

—Lo haré.

Abandoné la casa con la mente despejada. Había averiguado el nombre de la persona que perseguía a Mila.

Cuando llegué delante de mi coche, un cúmulo de maldiciones amenazaban por salir. Mila estaba sentada tranquilamente en la acera, como si nada hubiera pasado, como si su vida no estuviera en peligro.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —grité furioso, asustándola—. ¿Cómo te quitaste las esposas y cómo saliste del coche? —Ella parpadeó hacia mí y se puso de pie—. O mejor cállate, no quiero saberlo.

—No me grites, imbécil —bramó—. Me estaba asfixiando en el coche. No me dejaste ninguna ventana abierta, podía haber muerto.

—Y fuera también. —La agarré por el brazo—. Ivanov te quiere muerta, ¿sabes qué significa esto?

—¿Qué lo conseguirá? —Soltó una risa incrédula—. Eso ya lo sé, estuve bastante tiempo con ellos matando y..

—¿Qué? —La solté de inmediato—. ¿Eres... eres...?

—¿Una asesina? —Enarcó una ceja—. Ya no.

Una sensación de enojo invadió mi cuerpo al escucharla decir eso.

—Ya no, ¿y cómo puedo estar seguro de que no vas a intentar matarme mientras duermo?

—No puedes —dijo ella tajante.

—Ya tengo suficiente contigo —gruñí—. O me dices toda la verdad o te dejo aquí.

—Lo sabes todo, ¿qué más quieres que te cuente? —Se acercó—. ¿Quieres saber con cuántos me acosté? ¿Quieres saber cómo me gusta que...?

—¡Basta! —vociferé mientras abría la puerta del coche—. Nos vemos en otra vida.

Me deslicé en el interior y sentí un gran alivio cuando el vehículo arrancó a la primera.

Estaba enojado con ella, me había ocultado cuestiones importantes.

Aceleré y miré por el espejo retrovisor. Algo se rompió dentro de mí cuando la vi sentada en la acera con la cabeza agachada.

Con un profundo suspiro, frené el coche. Las emociones amenazaban con romper un agujero irregular en mi irritación y me encontré deseando olvidarme de su confesión. Sin mí, estaría perdida y acabaría muerta bajo un puente.

Di marcha atrás y, cuando me vio, se puso de pie y sonrió. Abrió la puerta del coche y, sin dudarlo, entró. Me lanzó una mirada de completa gratitud y dejó escapar un suspiro.

—Lo siento —susurró—. Toda mi vida fui rodeada de muertes, de frialdad, de soledad, y supongo que todo eso influyó en mi personalidad. No sé qué es el cariño. —Alzó la mirada y vi sus ojos apagados, tristes—. No sé qué es el amor.

Agachó la cabeza de nuevo y yo me acerqué para tomarla en mis brazos. Empezó a llorar y temblar, esa chica necesitaba mi ayuda, necesitaba saber que no la dejaría sola nunca más.

—No llores más. Juntos podemos salir de esto —aseguré, pero tenía mis dudas.

Necesitaba buscar más ayuda; solos contra la agencia e Ivanov, era algo que terminaría de la manera más desastrosa.

Capítulo 8

— Esta será tu habitación a partir de ahora.

Mila parpadeó hacia mí y dejó escapar un suspiro.

— Prefiero ir a un hotel. — Se pasó la mano por el pelo.

— Yo no pienso ir a un hotel. Te quedarás en mi casa hasta que encontremos una solución. Y necesito velarte — expliqué intentando calmarla, algo que no surtió efecto ya que ella seguía mirándome con esos ojos grandes y hermosos, como si me quisiera asesinar.

— No pienso dormir tan cerca de tu habitación — afirmó convencida.

— Tranquila, no pienso...

— No lo haré — interrumpió. No podía encubrir lo molesta que estaba.

— Mila, es la única habitación que puedo ofrecerte. La otra no tiene lecho.

Me miró unos segundos como intentando averiguar si le decía la verdad o no, luego abrió la puerta lentamente y entró. Yo la seguí hacia el interior.

— ¡Wow! Esta cama es gigante. — Se giró para mirarme—. Te gustan las cosas grandes — comentó con picardía—. Todo es grande en esta casa...

— Puedes darlo por hecho. — Le guiñé un ojo, continuando su broma y ella rio.

— Eso hay que comprobarlo.

— Cuando quieras. — Aparté la mirada, incómodo.

Esa conversación ya estaba empezando a ponerme caliente y no

quería que ella supiera cuáles eran mis sentimientos más ocultos, no quería que se diera cuenta de que me gustaba.

—Puedes tomarte una ducha —dije señalando al contiguo cuarto de baño.

Ella suspiró.

—Supongo que tengo que darte las gracias.

—Debes dárme las —dije un poco más serio—. Te salvé la vida.

—Aún no. Tienes orden de matarme.

—Cosa que nunca haré, sin embargo, ahora soy yo quien decide sobre tu vida. No intentes llevarme la contraria.

—¿O qué?

—O nunca saldrás de esta casa. —Ella agrandó los ojos.

—¿Estás loco? No puedes encerrarme en tu casa. No soy de tu propiedad.

—Ahora lo eres. —Sentía una especie de compromiso hacia Mila. Quería ser el único que estuviera allí para ella y para ayudarla a limpiar su nombre.

—Sabes que puedo escapar...

—Pero no lo harás si quieres vivir.

Mi brazo fue alrededor de ella y nos quedamos así por unos minutos, sosteniéndonos uno al otro. Lo necesitaba, tanto ella como yo. Teníamos que confiar el uno en el otro para que nada malo pasara y que nadie saliera herido. Había tomado una decisión y tenía que hacer todo lo posible para cumplirla. La iba a proteger con mi vida a cambio de nada. Ella era inocente y no se merecía estar atrapada en el medio de una peligrosa situación sin salida.

Rompí el silencio y me alejé para besar su frente.

—No tienes elección, preciosa. Eres mía hasta que todo esto termine.

Sus ojos sostuvieron los míos, considerando el ofrecimiento.

—Karim... —Se mordió los labios—. Gracias.

—Voy a preparar algo de comer. Te esperaré en la cocina —dije acerado.

Toda la tensión de las últimas horas se relajó de repente. No obstante, necesitaba salir de esa habitación cuanto antes. Estaba a

punto de explotar si no la tocaba, si no la besaba... La deseaba tanto que me dolía. Nunca había sentido algo parecido por una mujer.

Tenía las palmas de las manos sudorosas por el nerviosismo, lo que me resultaba irónico. Había preparado el plato favorito de mi abuela y me preguntaba si a Mila le gustaban las champiñones.

De pronto, se abrió la puerta de la cocina y dejó a la vista a una mujer dulce y sensual.

Milla llevaba puesta una camisa mía blanca que dejaba a la vista una piernas bronceadas y perfectas. El largo cabello húmedo caía en ondas alrededor del rostro, lo que hacía resaltar sus bonitos pómulos.

—Has tardado mucho. La comida se enfrió.

Ella se dirigió directamente hacia mí y se sentó en la silla. Pegó su espalda contra el respaldo y la suave tela de algodón dejó entrever un par de magníficos pechos.

Mi pulso se aceleró y tragué saliva.

—No sabía qué ponerme. Tienes solo camisas —dijo ella, con una voz insinuante que despertó mis sentidos dormidos.

Di la vuelta y tomé los dos platos recién calentados y los dejé encima de la mesa. Los ojos de Mila cayeron hacia abajo y se relamió los labios.

—Qué buena pinta tiene esto. Me encantan los champiñones.

—Es la receta de mi abuela. Si quieres, puedo compartirla contigo.

—Le guiñé un ojo y tomé asiento.

—¿No es un secreto? —Arrastró el plato despacio.

—No, no me importa compartirlo. ¿Quieres un poco de vino blanco?

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Cualquiera diría que esta es una cita —murmuró—. Para mí sería la primera...

—¿Nunca saliste con un chico? —Tomé la botella de vino y llené los dos vasos.

—Conocí a alguien, pero nunca salimos. No sé cómo explicártelo, fue solo vernos y gustarnos.

—Entiendo...

Ella sonrió con timidez y se centró en su plato. Tenía el rostro de un ángel y unos ojos preciosos.

—Esto está muy bueno. Definitivamente quiero la receta. —Masticó con rapidez.

—No suelo cocinar porque vivo solo. Me resulta más cómodo salir a comer por allí.

—Yo tampoco cocino.

—Esto es agradable. —Tomé un sorbo de vino y dejé la copa encima de la mesa—. Y podría considerarse una cita.

—Olvidas algo. —Dejó el tenedor al lado del plato y me miró—. No nos conocemos y mi vida está en tus manos.

—Te recuerdo que tu vida no depende de mí. Nunca te haría daño, así que deja de recordármelo.

Mi voz sonó pesada, como si me costara mantener el habla.

—No lo haré más.

Tomó un sorbo de su vino e irguió los hombros.

—Eres la primera mujer que entra en esta casa —dije en un tono suave.

Agrandó los ojos y se secó los labios con la servilleta. Se había quedado mirándome añorada por lo que acababa de decirle.

—¿En serio?

—De hecho, hace mucho tiempo que no pasaba un rato tan bueno.

—Yo pensé... —Se llevó una mano a la parte de atrás del cuello—. Pensé que las mujeres no suponían un problema para ti. Tienes dinero, eres guapo y...

—¿Me consideras guapo? —Sonreí.

—¿De todo lo que dije, solo escuchaste esto?

—No, Mila. Pero no he recibido un cumplido desde hace mucho tiempo. Viajo casi todas las semanas y esta casa es sagrada para mí. Aquí no entra nadie que no merezca mi atención —dije sin quitar la mirada de su rostro.

Parecía que no podía dejar de pensar en cómo besarla. Eso me

irritaba un poco porque no estaba acostumbrado a tener esos deseos y también porque hacía unos días atrás no sabía que ella existía.

—Entonces el cumplido se queda. —Apenas me lanzó una mirada de reojo.

—Gracias, y las mujeres no son un problema para mí. Solo que hasta ahora ninguna me pidió algo más que un buen sexo. Creo que son años desde mi última relación y créeme que ni siquiera recuerdo cómo me sentía en aquel tiempo.

—Envidio a las parejas que encuentro por la calle. Muchas veces me pregunto si algún día voy a tener algo así. Es doloroso cargar con un pasado que solo intenta retrasar tu destino. —Soltó el aire con rapidez.

—Yo me despierto cada día con un sabor agri dulce por la impotencia que siento. Yo no elegí este trabajo, él me eligió a mí. Sé que la vida no está hecha solo de alegría, pero me gustaría ser feliz algún día.

—Lo serás. No hay que perder la esperanza nunca, eso significaría perderlo todo. —Empujó el plato vacío y se bebió el vino de un trago —. Estoy cansada, iré a la cama.

Se puso de pie y recogió la mesa. Seguí sus movimientos y mi mirada se detuvo en sus piernas; tenía buenas piernas.

—No hace falta que los laves, lo haré yo —dije.

Me puse de pie y me moví lentamente hacia ella. Tomé las copas y las dejé al lado de los platos.

Mis manos se cerraron alrededor de sus brazos antes de que pudiera dar la vuelta y salir de la cocina. Su cuerpo golpeó mi pecho y la mantuve allí con ambos brazos alrededor de su cintura.

En la cara de Mila se mezclaban la sorpresa, la confusión y algo más que no podía definir.

Me di cuenta de que casi había olvidado el poder de la atracción sexual. Mi cuerpo se encargó de recordármelo cuando sentí que mi miembro se tensaba dentro de mis pantalones.

Mis dedos llegaron a sus labios y dejé de respirar. ¿Cómo sería besarla? Había pensado mucho en ello durante las últimas horas y definitivamente la deseaba. Quería mis manos por su piel, por sus

pechos, y mi boca explorándolos.

Ella suspiró y cerró los ojos cuando mis dedos rozaron sus labios.

Ese sonido tan tentador hizo que olvidara todo lo que mi cerebro se había empeñado en advertirme. Me incliné un poco más y dejé que mi boca tocara suavemente la suya. Toda la calma se había despertado y por unos segundos se quedó quieta, sorprendida por el beso.

Moví mis labios y ella abrió un poco la boca, dejando mi lengua adentrarse como una loca. Gimió bajito y mis manos se movieron hacia abajo, rozando con mis pulgares los huesos de su cuello.

Su boca era una maravilla y me sentía como si llevara esperando ese momento toda la vida, pero no podía olvidar que estábamos metidos en un gran lío. Lentamente me aparté de sus labios tras saborearlos por última vez y la miré a los ojos.

—Lo siento. —Me alejé para tratar de controlar mi deseo—. No quise hacerlo sin tu permiso.

Ella abrió los ojos y me miró con cariño y por primera vez me sentía feliz; alguien me respondía con apego.

—Te besé también, así que tuviste mi permiso —musitó tan bajo que me costó entenderla—. Gracias, nunca me besaron así. Sin duda, esta fue una maravillosa cita.

—Reconozco que a mí también me gustó. Vamos, necesitas descansar. —Agarré su mano y sentí su temblor; tenía la piel fría y sudada.

Nunca había experimentado una necesidad como aquella y nunca pensé que alguna mujer podría despertar esos profundos sentimientos en mí.

Caí finalmente en la cuenta de lo que sentía. Era cierto, llevaba apenas dos días y medio conociéndola, pero en este punto nada importaba. Había creado un vínculo con ella. Era aún muy pronto para llamar a esa relación por su nombre, eso estaba claro. Pero también estaba claro que la conexión era innegable, y ninguno de los dos estaba dispuesto a romperla.

Capítulo 9

Mila

Apenas dormí algo. Karim hizo todo lo posible para que me sintiera cómoda, sin embargo, no ayudó. Estaba acostumbrada a cambiar de cama y dormir en lugares nuevos y extraños. Pero nunca me había sentido tan incómoda ni tan inquieta. Karim desprendía una sensualidad poco común, una mezcla de peligro y ternura que me mantuvo toda la noche en vela. Su cercanía me afectaba, sus palabras y su mirada me excitaban. Empezaba a sentir algo por él y no sabía cómo nombrarlo. No quería enamorarme, no en un momento tan temerario. Karim podría desaparecer de mi vida en un segundo, igual de rápido como había entrado. No quería arriesgarme y lanzarme ciegamente en las redes del amor.

Había pasado por mi propia vida como un fantasma, pero había llegado la hora de enfrentarme a mis miedos, a las pesadillas. Mis ojos se cerraron con pesadez y me hundí de nuevo en mí misma. Intenté borrar los recuerdos y olvidar el pasado, pero se había pegado a mí como la melaza espesa, manteniéndome atrapada.

En ese momento el tiempo era irrelevante.

*—Siete segundos, ¿entendiste? Siete malditos segundos. Dilo en ruso —
graznó Olenka y me abofeteó.*

—Vosem' sekund[1] —Mi voz era apenas un susurro. Apreté los puños.

—Tienes que desmontar esta pistola en siete segundos. —Agarró con

fuerza mi barbilla y apretó los labios—. Lo hiciste en ocho segundos, es inadmisibile, suka[2].

Vino otro golpe y mis ojos se cerraron por el impacto.

—Izvinite[3]... izvinite... —Cubrí mi rostro con las manos.

—Hoy no vas a salir al patio, Igor quiere darte una lección.

Sentí que se me erizaron los pelos de la nuca. Quité las manos y la miré. Me quedé de piedra, adiviné por su expresión que eso era verdad.

—Net, pozhaluysta[4] —supliqué, mi voz se había convertido en un aullido entrecortado.

Igor Chilowski..., un monstruo, un hombre sin escrúpulos y sin sentimientos. Frío como el hielo y aterrador como un diablo. Era enorme en todas sus direcciones, alto y ancho, en una sola palabra: inmenso. Sin embargo, lo más amenazante en él no era ni la dimensión de su torso ni lo ancho de sus puños, sino la expresión gélida de su rostro que subía hasta unos ojos negros carbón. Un espía y un asesino secreto de Kremlin, que fue mi mentor durante mi entrenamiento con la cúpula soviética. Durante la revolución de 1905 fue detenido y enviado a una cárcel de Siberia. Allí aprendió métodos de tortura hasta que fue liberado por Olenka Susloz, miembro de la élite comunista Comintern. Igor nos castigaba, nos pegaba y nos dejaba hambrientos y sedientos durante días. Sus golpes eran mortales, siempre terminaba con huesos rotos y heridas abiertas.

Escuché el sonido de la ducha y me estiré en la cama. Sentí el perfume de Karim, estaba en el aire que respiraba, en la sábana y en la camisa que cubría mi cuerpo. Mi vida dependía de él ahora mismo y lo único que necesitaba para sobrevivir era estar a su lado.

Debí de haberme quedado dormida porque al poco tiempo escuché la voz de Karim.

—¿Mila?

Abrí los ojos y me lo encontré a pocos centímetros de mí. Su torso desnudo llamó mi atención. Había poca luz porque las persianas estaban bajadas, pero fue suficiente para poner mi corazón a mil por hora. Nunca lo había visto sin camiseta y me pareció un hombre perfecto. Me sentí hipnotizada observándolo. Aparté la mirada, mi

respuesta hacia él era alarmante.

—Hola, me quedé dormida. —Mis palabras surgieron en un susurro.

—Te he traído un poco de limonada recién hecha.

Cuando estiró las manos, la tomé enseguida y empecé a beber sin parar.

—Despacio... —Agarró la jarra—. Respira un poco.

—Tengo mucha sed. —Miré su mano.

Él se quedó callado, mirando mis ojos por un prolongado momento antes de mover sus dedos. El roce que sentí al rozar los míos me sobresaltó. Tomé otro trago sin despegar mis ojos de los suyos. La forma que tenía de mirarme había despertado todos mis sentidos.

Dejé la jarra encima de la mesita de noche y aspiré una bocanada de aire, forzando mi compostura a volver.

—¿Quieres algo más? —preguntó.

Mordí mis labios para no contestar. Estuve a punto de decirle que quería tocarle, que quería sentir su piel sobre la mía, pero decidí callarme. Negué con la cabeza y esperé a que él dijera algo más.

—Tengo que salir un momento. —Se pasó una mano por el cabello—. No tardaré. Aprovecha y descansa.

—Lo haré —dije y alcé la mirada.

Sus ojos estaban llenos de cálida pasión y me devoraban. Su mirada intensa trastornó el comportamiento de mi cuerpo, endureciendo mis pezones y acelerando mi corazón. La camisa que llevaba era muy fina y transparente, no podía esconder mi excitación y, sin embargo, no me importaba. Mi respiración se hizo pesada y las mariposas empezaron a bailar en mi estómago.

—Quiero besarte —susurró—. Cierra los ojos.

—Oh...

Cerré los ojos sin rechistar, yo también deseaba el beso, más que cualquier otra cosa. Sus labios aterciopelados encontraron los míos y sentí la pasión aumentando con cada roce. Llevó un brazo alrededor de la parte baja de mi espalda, tirando de mí. Recibí su lengua con pasión y volqué todos mis sentimientos en ese beso.

Deslicé mis manos hacia arriba, alrededor de su cuello con una

abrumadora pasión. Sentía una necesidad fuerte y la tormenta era violenta dentro de mí.

Apartó su boca de la mía y protesté porque no quería parar. Sentí su cálido aliento en mis labios y abrí los ojos.

—No sé si me siento mejor ahora. —Respiró con fuerza contra mis labios—. Me tengo que ir. Mi fuerza de voluntad no puede soportar mucho más.

Se puso de pie y abandonó la habitación cabizbajo.

Me quedé quieta por unos segundos y luego me tragué el nudo que tenía en la garganta. Si todos los días iban a ser así de intensos, temía enamorarme. Tenía como guardián a un hombre caliente y atractivo. Era imposible resistirme a él y a sus encantos.

Había recorrido toda la casa e inspeccionado cada rincón. Me había sentido como un niña mientras exploraba y descubría el mundo. En la biblioteca encontré varios libros de cocina y me atreví a cocinar, siguiendo las instrucciones con atención, sin equivocarme en las cantidades. Me sentí orgullosa de mi logro, había conseguido preparar una sopa y un cocido de carne con verduras.

No había mucho qué hacer en la casa, pero me había entretenido bastante con la comida.

Entré en el cuarto de baño y me detuve frente al espejo. Me quedé allí hipnotizada y me miré, inspeccionando mi rostro. Llevé la punta de mis dedos a mi cara y pasé la mano por la barbilla, la mandíbula, trazando la línea de mi nariz. Veía a una mujer de ojos azules y pelo castaño. Labios finos y pómulos marcados. Una guerrera que nunca se había rendido, ni siquiera cuando estuvo encerrada en las tinieblas.

Lavé mi cara con agua fría y abandoné el cuarto de baño. Pisé la alfombra del dormitorio y miré la cama sin hacer. Me pregunté si algún día iba a sentirme segura, si iba a tener la oportunidad de vivir sin miedo, de ilusionarme y hacerme planes de futuro. Pero para conseguirlo, tenía que dejarme llevar por mis instintos y enterrar el

pasado.

Capítulo 10

Sorbí una respiración dura entre mis dientes y llevé el móvil a mi oreja. Había llamado a Alex, necesitaba su ayuda. La situación se salía de mis manos y solo no podía luchar contra la mafia rusa. Sabía que eso significaba volver al pasado, no tenía elección. No obstante, tenía miedo de volver a caer en aquello de lo que me había costado tanto salir.

—¿Qué pasa, Karim?

Escuché la voz de Alexander y me moví con rigidez en mi asiento.

—Necesito tu ayuda... la de mi hermana también —dije sonriendo. La extrañaba a ella y sus payasadas.

—Lo que sea —dijo con voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Por qué susurras? —Encendí un cigarro.

—Tu hermana está durmiendo y no quiero despertarla.

—¿Por qué? —Escuché un ruido y giré la cabeza.

Mila salió a la terraza y se sentó delante de mí. Llevaba puesta solo mi vieja camiseta naranja. Subió las piernas a la silla y se abrazó las rodillas. Mis ojos cayeron abajo, en su apetitoso trasero medio descubierto.

El cigarro se me cayó al suelo y, cuando me agaché para recogerlo, ella ya estaba a mi lado. Se había movido sigilosamente como un gato; eso se debía su entrenamiento. Las esquinas de mi boca se levantaron e hice mi mayor esfuerzo por no estremecerme cuando me devolvió la sonrisa.

—Deberías dejar de fumar. —Dio una calada honda y deslizó con lentitud el humo entre sus labios—. Puede matarte.

Se lamió los labios y exhaló. Me sorprendió la riqueza de sentimientos que sentí al mirarla. Yo no sabía qué decir a eso, no podía decir nada porque, de repente, ella apagó el cigarro y se sentó en la silla.

—¿Karim? ¿Sigues ahí? —murmuró Alexander—. No quiero gritar, joder.

—Sí... —Tragué saliva—. Sigo aquí —dije con voz ahogada. Mila había estirado las piernas encima de la otra silla y se veía adorable. Me sentí como si hubiera estado esperando por esta chica siempre. Algo se apretó dentro de mi pecho; no entendía cómo había acabado metido en este embrollo.

—¿Qué querías? —preguntó Alexander impaciente.

—No entiendo qué pasa. ¿Por qué no quieres despertar a mi hermana?

—Porque tienen que venir a recoger los diez gatos que rescató el mes pasado —susurró—. Tardé un montón en convencerla de beber el agua.

—¿Qué agua?

Mila giró la cabeza y frunció el ceño.

—Le puse dos pastillas para dormir...

—¿La drogaste? —Me levanté de golpe y la silla cayó de lado.

Sentí una opresión en mi pecho y punzadas de miedo que recorrían mi cuerpo.

—Tenía que hacerlo, joder —gruñó—. No sabes cómo es tener diez gatos en la casa. El embarazo la volvió muy sensible y no se le puede decir nada.

—Supongo que tienes razón. —Inspiré con dificultad.

Mila se puso de pie y estiró el cuello para darme un beso en la mejilla. No dijo nada por un largo minuto y solo nos miramos. Pensé que me iba a besar, pero para mi sorpresa dio la vuelta y entró en la casa, dejando en el aire su delicioso perfume. Necesitaba averiguar qué iba a hacer con esta chica y todas las formas en que me hacía sentir.

—Dime, ¿qué era lo que querías, Karim? —dijo Alex.

—Estoy en problemas —suspiré. Me tomó un minuto ponerme bajo

control, empujando mis emociones atrás.

—Esto no es nuevo.

—Tengo a la chica y tengo toda la información que necesitaba para sacar conclusiones. —Me aclaré la garganta—. Ella es inocente. Sus padres robaron a Ivanov.

—¿Ivanov? —chilló—. ¿Estás loco?

—No, no estoy loco. Tengo que ayudarla.

—Si Ivanov se entera, te matará, y lo sabes —vociferó.

—Despertarás a mi hermana...

—Me importa una mierda ahora mismo. ¿Cómo piensas salir de esta? ¿Muerto?

—Había pensado que tú y Vlad me podríais echar una mano...

—Eso siempre, no lo dudes, pero en el estado en que está tu hermana...

—¿Por qué gritas, Alex? —Se escuchó la voz de mi hermana—. ¿Con quién estás hablando? ¿Y dónde están mis gatos? —Su voz sonó bastante grave.

—Con tu hermano.

—¿Karim? —gritó ella al teléfono.

—Hola, hermanita, ¿cómo estás? —pregunté con cuidado.

—Bien, tengo una tripa grande, pero no importa. ¿Vas a venir a visitarme? —preguntó ilusionada.

—La verdad es que estaba pensado pasarme mañana. ¿Estáis en casa?

—Sí, y así podrás ver a mis gatitos —murmuró—. Son tan bonitos, ¿a que sí, mi amor?

Se escuchó silencio y eso no me gustó.

—¿Puedo hablar con Alex? —pregunté, pero mi hermana no me contestó. No obstante, cortó la llamada sin despedirse.

Me quedé mirando el móvil con preocupación. Mi llamada había sido bastante inoportuna y seguramente había creado conflicto entre ellos.

Entré de inmediato en la casa y me encaminé hacia mi habitación. Crucé el pasillo en segundos, necesitaba salir de casa cuanto antes.

Giré el pomo de la puerta y entré. Metí algo de ropa en una maleta y

cuando salí, choqué con Mila.

Su cuerpo desnudo y húmedo estaba envuelto en una toalla de algodón. Una que cayó al suelo cuando retrocedí, dejando a la vista sus impresionantes curvas. Mis palmas empezaron a sudar y mis piernas se pusieron rígidas. Mis ojos se agrandaron, y de mis labios escapó un gemido silencioso.

—Dios, Mila..., eres hermosa.

Ella se quedó petrificada, con los ojos muy abiertos y las manos quietas, como si mirarla de esa manera fuera algún pecado prohibido. Yo era un tipo decente y tenía un conjunto muy sólido de normas y moral, pero no podía parar la avalancha de imágenes que destellaban por delante de mis ojos. Imágenes de su rostro inocente mientras la sostenía sobre mis rodillas, imágenes de ella retorciéndose bajo mi cuerpo, imágenes de su cuerpo apetecible frotándose contra el mío. Y casi podía sentir la suavidad de su trasero desnudo bajo mi mano. Mila tenía un cuerpo increíble y lo que sentía cuando la tenía cerca me afectaba a un nivel primitivo.

Me alejé y le hice un gesto con la mano para tranquilizarla, luego me obligué a bajar la mirada y conseguí mantener la compostura, al menos, durante unos minutos.

—No me gusta que me vean desnuda... —Me miró como si de repente acabara de darse cuenta de que yo estaba allí. Se agachó y rodeó su cuerpo con la toalla, luego recogió su cabello mojado en sus manos temblorosas—. No quiero que lo hagas más.

Lo que sea que yo había estado a punto de decirle, escapó. Ignoré por completo su advertencia y, de un movimiento rápido, la atrapé entre mis brazos. Usé mis manos para atraerla más cerca y pegué sus caderas a mi cuerpo necesitado. Una de mis palmas viajó con lentitud y con habilidad por sus piernas, acariciando sus muslos.

Mis dedos tocaron suavemente su sexo y ella agachó la cabeza, gimiendo bajito. Con la otra mano levanté su mentón para mirarla a los ojos. Tembló entre mis manos y se sonrojó como una niña. Verla tan vulnerable me instó a ir más despacio.

Dijo mi nombre en un jadeo, pero no salió ningún sonido. Sus oscuras pestañas parpadeaban sin cesar y sus impresionantes ojos

brillaban. Era extraño verla tan frágil y tímida.

Puso ambas manos en mi rostro e inclinó su cabeza hacia atrás para que estuviéramos frente a frente.

—No. —Ella tembló un poco y pude ver pura inseguridad en sus ojos.

—Mila...

—No vuelvas a tocarme nunca más —dijo con voz trémula.

Empezó a retroceder y dio un respingo cuando intenté atraparla de nuevo. Estaba temblando, sus ojos eran demasiado grandes en su pálido rostro.

—No me toques... —repitió.

—Lo siento, Mila. No lo haré —murmuré arrepentido.

Su expresión irradiaba miedo y no me gustaba saber que yo le había proporcionado ese sentimiento.

Agarró con fuerza la toalla y se giró.

—Vístete —dije bajito—. Nos tenemos que ir.

Ella asintió ligeramente con la cabeza mientras caminaba, se veía insegura y asustada. Algo le había pasado y necesitaba averiguarlo.

Capítulo 11

— ¿A dónde vamos? —preguntó y giré la cabeza para mirarla.

Su mirada estaba igual: triste y vacía. Me había pasado con ella, pero no había podido controlarme, se veía tan hermosa envuelta en esa toalla, tanto que mis instintos se volvieron locos.

—A visitar a mi hermana —contesté y ella cerró los ojos.

—Ah, bien —murmuró bajito—. Pensé que me querías entregar...

—¿Cómo puedes pensar eso? —grité y ella abrió los ojos asustada—. ¿No confías en mí? Te dije que quiero ayudarte, joder.

—Lo siento.

—No tengo intención de entregarte y nunca lo haré. ¿Entiendes? —Frené de golpe.

—Lo entiendo, pero tienes que entender que no puedo confiar en nadie. —Se quitó el cinturón de seguridad—. Todos me quieren muerta.

—Todos no —dije y ella me miró—. Yo no y seguramente hay más personas que piensan lo mismo.

—¿Y qué piensas? —Se acercó hasta que su respiración me hacía cosquillas en los labios.

—Pienso que tus padres cometieron un error y ese disparate es el culpable de la situación que estás viviendo —dije más calmado—. Pienso que eres una persona increíble, inteligente y muy hermosa. —Estiré una mano y le acaricié la mejilla—. Pienso que deberías intentar confiar en las personas que quieren ayudarte. —Cerró los ojos—. Pienso que tienes unos labios muy apetecibles y...

—Bésame —susurró—. Pero hazlo ya, antes de que me arrepienta.

Antes de que tuviera la oportunidad de decir algo más, envolví ambas manos alrededor de su pequeño rostro y presioné mi boca contra la suya. Jugué con ella; la besé lento, luego, rápido y con fuerza, hasta que solo pude sentir el calor ardiendo entre nosotros donde nuestras bocas estaban unidas.

Todo mi pensamiento racional se fue a la mierda. Mis labios aplastaban los suyos, frenéticos y posesivos. Mi lengua acarició la comisura de su boca, exigiendo la entrada y demandando sumisión.

Sentí dedos y sentí uñas clavadas en mis hombros. Ruidos jadeantes salían de su garganta y mi miembro se puso duro. Dios, su boca sabía tan dulce.

Me aparté del beso, dividido entre el deseo de besarla de nuevo y las ganas de pararme.

Mila respiraba profundamente y sus pupilas estaban dilatadas. Por su expresión, no dudé de que había sentido lo mismo.

—No debería haberte pedido...

—Te arrepientes. —Me alejé un poco—. Tienes razón. —Giré la cabeza para no mirarla—. No deberías habérmelo pedido. Ponte el cinturón de seguridad.

Molesto, arranqué el motor del coche y tragué saliva con fuerza.

—Karim...

—Déjalo, Mila. —Pisé el acelerador—. Fue un error y te prometo que no se va a repetir.

—No, es que yo nunca dejé a nadie que se acercara tanto a mí —explicó y giré la cabeza. Subió las piernas en el asiento y agarró las rodillas con sus manos—. El último que me invitó a salir... —levantó la mirada— murió por mi culpa y desde entonces no quise relacionarme con nadie.

Empezó a llorar y, mientras se pasaba los dedos por el pelo, exhaló una ráfaga de aire. Me estremecí y le cogí la mano.

—No llores, por favor. —Paré delante de un semáforo en rojo—. Y no hace falta que me cuentes nada ahora. No quiero presionarte.

—Quiero hacerlo, no quiero que pienses que soy mala. —Se secó las lágrimas.

—No pienso eso, Mila —dije suavemente—. Estoy acostumbrado a

otro ritmo, estoy acostumbrado a ir más rápido con las mujeres. — Pisé el acelerador—. La vida que tengo y mi trabajo no me permiten tener una relación estable. En primer lugar, no puedo decirle a nadie a lo que me dedico para ganar dinero.

—Yo también estoy acostumbrada a otro ritmo de vida, diferente al tuyo. Siempre estoy huyendo y escondiéndome. No hay día sin que mire por encima de mi hombro para comprobar que no me están siguiendo. Me pregunto si alguna vez podré olvidar mi pasado y todo lo que viví en Rusia. Pueden ser unos hijos de puta... me pegaron, me torturaron, me tocaron... —Sacudió la cabeza. Los rastros que las lágrimas iban dejando la hacían parecer como algo que iba a hacerse añicos—. A ti te contrataron para matarme...

—No lo haré, Mila. ¿Sabes por qué? —Negó con la cabeza y sorbió las lágrimas—. Porque me gustas.

Giré el volante hacia la izquierda y estacioné en el bordillo.

—¿Hemos llegado?

—Sí. —Le dediqué una sonrisa—. Te gustará mi hermana. Está tan llena de vida.

—Gracias por entenderme.

—Mila... —Me quedé mirándola, a la espera de su atención—. Necesito que me detengas, soy bastante impulsivo y no quiero hacerte daño. Sé que llevamos solo unos días juntos, pero fueron suficientes para saber cómo eres y cómo piensas. Puedo leer a una persona con facilidad y sé que tus intenciones son buenas. Tienes un pasado atormentado y un destino equivocado. Estás envuelta en un problemón por la culpa de tus padres.

—Así que tienes sentimientos... —murmuró.

—Por supuesto que tengo, no soy de hierro. Y tampoco soy de piedra. No puedo contenerme cuando estás a mi lado. Quiero tocarte, quiero... —suspiré—. Iremos a tu ritmo, solo si quieres. Prometo cuidarte a pesar de que la respuesta sea negativa.

La tensión destelló brevemente a través de su rostro.

—¿Podemos hablar en otro momento? Ahora necesito tranquilizarme y esto no ayuda. Me pones nerviosa y es algo nuevo para mí. No sé cómo actuar, no sé qué decir...

—Te entiendo, estoy en la misma situación. Esto nos pilló por sorpresa a los dos.

—Gracias. —Se inclinó hacia adelante y dejó que su frente se apoyara en el centro de mi pecho. —Tú también eres buena persona.

Su voz era solo un ronco susurro.

—Ahora, vamos a ver a mi hermana —dije y me alejé para abrir la puerta del coche.

Toqué varias veces al timbre, sin embargo, nadie contestó. Mila me miraba impaciente y la verdad que no sabía qué hacer. Hace unas horas hablé con Alicia y dijo que estarían en casa toda la tarde.

—Parece que no están —murmuró Mila.

—Tienen que estar. Hace poco hablé con ellos.

—Espera...

Mila se alejó y desapareció de mi vista. La vi saltando el muro que daba a la parte de atrás y me quedé atónito. Lo hizo con una facilidad impresionante. No quería quedarme atrás y hacer el ridículo; me acerqué al muro y trepé hasta arriba. Luego salté y la busqué con la mirada. La había perdido de vista y eso me preocupaba.

—Por aquí. —La escuché susurrando—. Esta ventana está abierta —dijo desde la terraza de arriba.

—Ya voy —contesté mientras me preguntaba cómo había conseguido llegar hasta ahí.

Miré con atención la casa y los alrededores. Necesitaba encontrar algo para subir hasta la terraza. En el suelo vi una escalera de madera y me agaché para levantarla. La coloqué y la apoyé contra la pared para comprobar la estabilidad. Subí el primer escalón y se rompió. Me hice daño en el tobillo y miré al cielo.

—¡Mierda! —vociferé.

—¿Por qué tardas tanto? —susurró Mila y asomó la cabeza.

—¿Cómo demonios subiste hasta allí? —gruñí mirándola con expectación.

—Trepé por aquel lado. —Señaló unas ramas secas que subían

desde abajo hasta el techo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —Me acerqué a ese lugar y tiré de las ramas.

—No preguntaste y con tu experiencia deberías haberlo visto.

Se alejó y aproveché para soltar un par de palabrotas en voz alta, el tobillo me dolía horrores.

Agarré con fuerza la rama y, después de comprobar que aguantaba mi peso, empecé a subir despacio.

Cuando llegué arriba vi que Mila ya había entrado en la casa. Solté un gruñido y de inmediato entré por la ventana abierta.

—¿Mila? —susurré y saqué mi pistola—. ¿Dónde estás?

Caminé despacio cruzando la habitación y cuando salí al pasillo la vi parada delante del dormitorio de mi hermana.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando llegué a su lado.

—No lo sé... —murmuró mirando fijamente algo.

Pasé por su lado y entré en la habitación.

Me quedé helado cuando lo vi, pero reaccioné de inmediato. Alex estaba atado y amordazado a una silla. Llegué delante de él y, cuando me vio, negó con la cabeza. Comprobé que no había nadie más en la habitación y luego llamé a Mila.

—Ven aquí.

Ella cruzó la estancia y se pegó a mis espaldas. Cuando sentí su calor corporal, la mano con la pistola empezó a temblar. Era difícil concentrarme con ella a mi lado.

—Voy a mirar en el baño —susurré—. Tú intenta desatarlo.

Ella asintió con la cabeza y murmuró un «Ten cuidado».

Empujé la puerta con el pie y miré en el interior. No había nadie y relajé mis hombros. No entendía por qué mi amigo estaba atado, no había ningún indicio de que alguien se hubiera colado en la casa.

Regresé a la habitación y vi que Mila ya había desatado a Alex.

Él me vio y se puso de pie.

—Karim, sal de aquí ahora mismo —siseó entre dientes.

—Joder tío, por lo menos dame las gracias, ¿no? —Lo miré con el ceño fruncido—. ¿Qué está pasando aquí?

—Os quiero fuera ahora mismo —rugió—. ¿Como mierda entraste

en mi casa?

Algo no estaba bien, porque nunca lo había visto tan furioso.

—¿Dónde está mi presa deliciosa? —preguntó mi hermana entrando en la habitación vestida con unos diminutos bikinis y un sujetador medio transparente.

Cuando nos vio, se quedó estática mientras parpadeaba sin parar. Se tapó lo que pudo y salió corriendo al baño.

—¡Joder, Karim! —Cerró la puerta de un portazo.

—¿Alex? —Clavé la vista en sus ojos y vi una terrible intensidad—. ¿Esto es lo que parece?

—Sal ahora mismo de aquí. —Dejó escapar un suspiro, luego bajó la voz mientras miraba hacia el baño—. Bajaré enseguida.

—Es lo que parece. —Solté una carcajada.

—¡Fuera! —ordenó—. No me enfades más de lo que estoy.

—Estaré abajo. —Agarré la mano de Mila—. Tómame tu tiempo...

—Karim. —Me miró, descargando su frustración en mí.

—Ya salgo.

Me arrastré hasta la puerta y, una vez que estuve fuera del alcance de la vista de Alex, apreté la mano de Mila.

—¿Estás bien? No dijiste nada.

—No podía, se veía bastante molesto —murmuró.

—Lo vi peor que esto, no te preocupes —dije para tranquilizarla—.

¿Te asustaste?

—Un poco —admitió—. Pensé lo peor.

—La verdad es que yo también —murmuré y me acerqué un poco más—. Pensé que algo le había pasado a mi hermana.

—Está embarazada.

—Sí, de siete meses. —Metí las manos por debajo de su camiseta y empecé a subirlas lentamente por su espalda. La deseaba tanto, no podía negarlo y tampoco podía ignorarlo. Una mezcla de calor y algo más serio se envolvió en mi estómago.

—Karim, no...

—Está bien —suspiré y la abracé mientras bajaba mis manos—. Vámonos abajo.

Capítulo 12

—Madre mía. —Mila arrugó la nariz—. ¿Cuántos gatos hay en esta casa?

—Diez —contestó Alex y se paró delante de ella—. ¿Quién eres y qué haces en mi casa? —preguntó él mirándola fijamente.

Sus palabras eran frías, bruscas y extrañamente carentes de ira.

—Soy Mila —contestó, tensa—. El objetivo principal de todos.

—Ajá y.. —Se giró para mirarme—. ¿Por qué entrasteis en mi casa sin mi permiso? Debería haberles disparado.

—Estabas atado a una silla, Alexander. No tenías ninguna oportunidad contra nosotros —dije riendo.

—Karim... —gruñó entre dientes.

—Lo siento, pero esto es algo que no olvidaré en la vida.

—Será mejor que lo olvides, hermanito. —Pronunció las palabras sin apenas aliento y con la mirada extraviada—. Si quieres seguir con vida, exijo que lo hagas.

—Lo intentaré. —Me mordí los labios.

Alicia tenía el rostro hecho un cuadro de colores vivos y se veía tan graciosa que era imposible hablar en serio.

—¿Y bien? —Alexander rompió el silencio y me miró—. ¿Qué pasa, Karim?

—Estamos en problemas y necesitamos vuestra ayuda. —Miré a mi hermana, el embarazo le sentaba bien.

La casa estaba limpia y ordenada. Lo único que no encajaba eran los diez gatos que saltaban de un lado a otro. Podía ver algunos arañazos en los muebles y las cortinas estaban rajadas.

Entendía por qué Alex había tenido que tomar medidas; ella siempre se obsesionaba con la ayuda para los animales, pero ahora estaba exagerando.

—Por supuesto —contestó Alex—. Ven conmigo, necesitamos hablar de esto.

—Sí, solo que Mila...

—No te preocupes, hermano, estará bien conmigo —aseguró Alicia y sonrió—. Aunque os debería matar a los dos.

Asentí y seguí a Alex hasta su estudio. Abrió la puerta y me dejó pasar. Se dejó caer contra el marco y me miró a los ojos.

—Lo que me espera esta noche... —susurró con voz ahogada.

—¿Qué pasó con los gatos? Por lo que veo siguen aquí. —Me senté en un pequeño sillón de cuero blanco.

—¿Por qué crees que estaba atado a esa silla? —Se pasó las manos por la cara—. Ese era mi castigo por haber intentado llevármelos.

—Mi hermana exagera un poco...

—¿Un poco? —preguntó riendo—. Demasiado, pero la quiero mucho. Estoy a su merced; el embarazo la volvió muy sensible y no quiero hacerle daño.

—Te entiendo...

—Esa chica es un cañón, Karim. —Se acercó a la mesa y tomó dos vasos—. Te traerá problemas.

—Ya no hay marcha atrás. —Miré cómo los vasos se llenaban de whisky—. Estoy loco por ella.

—Me di cuenta. La miras como si fuera una diosa —se burló.

—Muy gracioso. Deberías mirarte en el espejo.

—Lo haré, pero tengo miedo. —Soltó una carcajada.

—Estoy en problemas, Alex. Parece que los padres de Mila le robaron a Ivanov una gran cantidad de dinero. Él contrató a nuestro jefe para encontrarla y matarla —concluí con voz apagada.

—Entendido. —Dejó el vaso vacío en la mesa y me miró—. ¿Qué más?

—Ivanov sabe que yo la tengo y están detrás de mí. Victoria dijo que no puede echarme una mano, eso la implicaría y no sería justo para ella. —Me levanté—. Necesito encontrar a Ivanov antes de que él me

encuentre a mí.

—¿Estás seguro de que ella vale la pena todo esto? —preguntó y giré la cabeza para mirarlo.

—¿No harías lo mismo para Alicia? Bueno de hecho lo hiciste...

—Yo amo a tu hermana, es diferente.

—No es diferente —suspiré—. Me gusta esta chica y creo que me estoy enamorando.

Alexander silbó y después llenó de nuevo los vasos con whisky. El silencio reinaba y solo se escuchaba el cristalino sonido que hacía el líquido al impactar con el vaso de cristal. Mi confesión lo había dejado sorprendido, pero era la verdad. Los sentimientos que albergaba en mi interior hacia Mila eran reales y muy intensos. Lo que sentía por ella no era un amor perfecto, tenía sus defectos y sus errores, pero era verídico. Me enamoré de ella cuando vi las fotografías, cuando vi sus ojos hermosos y esa boca tan apetecible.

—¿Enamorado? Esto no me lo puedo creer. El gran Karim, el soltero más codiciado de todos los asesinos, enamorado. —Alex se echó a reír y vació el vaso de un trago.

—Ríete pero es verdad.

—No me río, solo que me es difícil creerlo. Ya era hora, solo que la chica no me parece la adecuada.

—No la conoces... —suspiré—. Yo tampoco. ¿Puede ser esto más extraño?

—El amor no toca a la puerta, Karim, golpea con fuerza y sin avisar.

—Esto es nuevo para mí —admití—. Y no quiero estropearlo.

—Lo harás bien, confío en ti. ¿Cómo piensas encontrar a Ivanov? —Me miró con intriga—. Ese hijo de puta sabe esconderse muy bien.

—La última vez escuché que estaba en Rusia —dije y él enarcó una ceja.

—¿Pretendes viajar hasta ahí?

—Por supuesto y tú me acompañarás.

Él negó con la cabeza y golpeó la mesa con el puño.

—No pienso volver ahí —gruñó.

—Necesito tu ayuda. Solo no puedo hacerlo.

—Te debo una, pero... ¿eres consciente de que tu hermana

embarazada estaría pegada a nosotros?

—Sí y eso es lo que temo. No quiero poner en riesgo su salud y la del niño.

—Sí yo voy, ella también viene y punto. Somos una familia y nos tenemos que cuidar.

—Gracias, hermano.

—Pero esto es a cambio de algo... —murmuró pensativo.

—Dímelo.

—Quiero fuera esos malditos gatos, y tú... —Me miró torciendo una sonrisa—. Convencerás a tu hermana de que los lleve al centro de acogida.

—¿Yo? —Tragué saliva.

—Suerte con eso. Presiento que se avecina algo divertido. —Se echó a reír y abrió la puerta.

No podía ser tan difícil convencerla, ¿o sí?

Capítulo 13

Llegué a la amplia puerta de entrada al salón y me detuve. Sacudí los hombros, tratando de solventar los tensos nudos para relajarme y con un suspiro, chasqué los dedos.

Mi hermana y Mila dejaron de hablar y me miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, hermano? —Alicia se acercó y me estudió atentamente.

—Tengo una buena noticia para todos.

—¿De verdad? —Agrandó los ojos—. ¿Cuál es?

En ese momento, uno de los gatos saltó en sus brazos y empezó a ronronear. Ella lo acarició y besó su cabeza.

—Mi pequeño —susurró.

Tragué saliva y me armé de valor.

—Vamos a ir de vacaciones a Rusia —dije con entusiasmo—. Yo me encargaré de todo.

—¿Qué? —Dejó el gato en el suelo y aplaudió—. Gracias, necesitaba unas vacaciones, aunque... —Bajó la vista a su vientre—. Voy a ser una carga pésima para vosotros. Me quedan dos meses...

—No te preocupes, no tenemos planeado ir de fiestas.

Sonreí y miré de reojo a Mila. Tenía la vista perdida y negaba con la cabeza. Fruncí el ceño, preocupado. Nunca la había visto tan asustada.

—Ay, ¿pero qué pasará con mis gatos? —chilló mi hermana, asustándose—. No puedo dejarlos solos.

—Lo tengo todo controlado —La miré con cuidado.

—¿Ah, sí? —preguntó Alexander mientras se sentaba en el sofá. Ladeó una sonrisa y cruzó los brazos encima de su generoso pecho. Mi ojo se torció cuando respondí:

—Sí, confía en mí —escupí las palabras.

—Supongo que vas a contratar a una persona que venga a cuidarlos todos los días —murmuró mi hermana con un mohín. Alexander se echó a reír y se puso de pie.

—Eh, yo...

—Tiene que ser así —insistió ella—. Yo los quiero mucho.

—Había pensado...

—¿Sí? —Sus ojos ámbar se posaron en mi cara.

—Buscarles una casa de acogida.

—¡No! —bramó—. Son mis gatos.

—Alicia... —Me acerqué a ella—. Vamos a estar fuera un mes.

—¿Tanto tiempo? Yo quiero tener a mi bebé aquí.

—No hay problema, volveremos justo a tiempo —aseguré—. Lo importante es que los gatos estén bien. Por eso, una casa de acogida es la mejor solución.

—Yo no quiero renunciar a ellos. —Negó con la cabeza.

La desesperación me inundó. Mis cejas apretadas juntas a medida que temblaban mis músculos tensos. Cuando mi hermana se ponía así, era difícil lidiar con ella.

—Alicia, sabes que te quiero mucho. ¿Recuerdas cuando trajiste a casa una cabra? —Me miró por un momento, como si intentara recordar algo y luego asintió.

—Nuestros padres se enfadaron mucho. —Suspiró con resignación.

—¿Recuerdas que encontré la mejor solución para aquella situación?

—Sí.

—La granja fue el mejor lugar para esa cabra, Alicia. Vas a tener un bebé dentro de dos meses, no puedes tener tantos gatos en la casa. Están por todos lados. —Alzó la cabeza para mirarme—. Sé que te gustan los animales, pero deberías preguntarte si haces bien en tenerlos todos aquí. Alexander te lo consiente porque te quiere mucho... —Lo miré y él entrecerró los ojos—. Pero... ¿le preguntaste

si le gusta tener a estos gatos en la casa? —Le tomé las manos y apreté con suavidad—. Deberías pensar en él también.

Durante un instante tuve la impresión de que ella no me había escuchado, pero luego vi lágrimas asomarse a sus ojos. Sus manos se volvieron frías y temblorosas en un instante. Se giró para mirar a su marido y caminó a su encuentro con pasos pequeños y rápidos.

—Lo siento mucho, mi amor —dijo entre sollozos—. Perdóname, Alex...

—No pasa nada, Alicia. —La abrazó y me miró con asombro por encima de su hombro—. No llores, por favor. Sabes que no me gusta verte triste.

—Pero yo... todo lo hago mal. Karim tiene razón. Ni siquiera te pregunté, no te di la oportunidad de tener una opinión. ¿Qué clase de esposa soy? Y encima voy a ser mamá.

—Eres la mejor esposa del mundo y vas a ser una madre ejemplo. No lo dudes, cariño.

Mi sonrisa se ensanchó, había conseguido salirme con la mía una vez más.

Giré la cabeza y me volví hacia Mila. Mi expresión se congeló cuando la vi y tragué saliva. Ella estaba seria y me miraba con ojos vidriosos, como si estuviera tratando muy fuerte de mantenerse bajo control. Sus puños apretados y su mirada perdida lo decían todo; estaba molesta.

Me sentí extraño y culpable. No sabía qué hacer o decir, me encontraba en una situación completamente nueva para mí. Nunca tenía tiempo para conocer a las personas y tampoco aprendí a leerlas. Lo único que Mila me transmitía en ese momento era su propio enojo, nada más.

Fui hacia ella y la agarré por los hombros. Alzó la mirada, confusa, y negó con la cabeza. La arrastré hasta la cocina y, cuando cerré la puerta, ella sacó una pistola y la colocó en mi pecho.

—No te muevas. —Su voz retumbó en un tono oscuro.

—No lo haré. Soy todo tuyo. —Levanté las manos en el aire—. Puedes disparar si esto es lo que quieres.

—No quiero hacerlo, solo que...

La puerta de la cocina se abrió de golpe y ella dio un salto hacia atrás.

—¿Karim, estás...? —preguntó Alexander y, cuando vio la pistola, se puso en alerta.

—Todo está bien —aseguré y giré la cabeza para mirar a Mila—. Lo tengo controlado.

—¿Estás seguro? —preguntó él.

—Muy seguro.

Escuché la puerta cerrarse y di un paso hacia adelante. La pistola se clavó de nuevo en mi pecho y ella parpadeó.

—No deberías estar tan seguro —dijo con voz baja—. Puedo matarte ahora mismo.

—Puedes, pero no lo harás. Me necesitas, Mila.

—No pienso ir a Rusia. —Apretó los labios—. ¿De qué va toda esta mierda? ¿Me quieres entregar?

—Te dije que confiaras en mí. No quiero hacerte daño.

—Ivanov está ahí y no pienso volver a verlo. No quiero ir a Rusia.

Se acercó y metió la mano libre en mi cuello, debajo de mi barbilla. Me agarró con fuerza y sentí dolor. Tanto que me costaba respirar.

—Tenemos que volver ahí. —Cerré los ojos y agarré su mano.

Tiré con fuerza y giré con ella hasta que mi codo aterrizó en su cuello. Le quité rápidamente la pistola y, cuando intentó golpearme con la rodilla, presioné mi cuerpo contra el suyo de manera que no pudo moverse.

—Confía en mí, preciosa —susurré y ella me miró a los ojos—. Tengo un plan para acabar con todo esto. —Agaché la cabeza y mis labios hicieron contacto con su mejilla—. Todo estará bien, te lo prometo.

Ella suspiró dolorosamente y cerró los ojos.

—Sabes que me cuesta confiar en las personas, siempre me han fallado —dijo con voz cerrada y temblorosa.

—Lo sé... —Recorrí su mejilla con mis labios—. Pero tienes que hacerlo.

Le acaricié la mejilla con dulzura intentando quitarle la preocupación que había visto en sus ojos. Verla tan vulnerable me

hizo darme cuenta de que había sufrido muchísimo y que a pesar de todo no había dejado de luchar. Era una guerrera, igual que yo.

Mis labios hinchados de deseo hicieron contacto con los suyos en un beso profundo y exigente, quitándole el miedo. Mis brazos se cerraron alrededor de su cintura y mi lengua lamió la comisura de su boca hasta que la abrió. Un gemido dulce salió desde el fondo de su garganta y se perdió entre las respiraciones jadeantes que acompañaban esa danza.

Intentó decir algo, pero cubrí de nuevo su boca con la mía y besé sus labios con fervor.

Su cuerpo estaba irradiando calor, e inmediatamente quise tocarla, sentirla y acariciar su piel suave.

—No puedo dejar de pensar en ti, Mila. —Mis palabras salieron bajas, roncadas—. Sé que lo nuestro no puede tener un futuro.

Mis manos recorrieron su cuerpo, arrugando su ropa con ganas de tocar su piel desnuda, caliente y ruborizada.

—Me gustaría que tuviera sentido... —murmuró.

Sus pequeños dedos se enroscaron alrededor de mi muñeca y jaló mi mano por debajo de su camiseta, dejando que la piel áspera de mi palma se deslizara sobre un largo tramo plano de su estómago y presionó mis dedos hasta la curva de sus pechos.

Jadeé ante la sensación y centré la mirada en su boca. Mis pulgares rozaron la piel de sus senos y meció sus caderas en respuesta a mis caricias.

—Podríamos tener sentido —susurré y me alejé un poco para mirarla.

Dios, cuánto me gustaba esa chica, cada vez que veía sus ojos, perdía por completo el hilo de mis pensamientos.

—¿Hermanito? —chilló Alicia mientras abría la puerta de la cocina—. Te necesitamos.

Mila agachó la cabeza y suspiró. Quitó un mechón de cabello de su mejilla y retrocedió. No dije nada, la mirada oscura volvió a sus ojos y supe que debía mantener la calma.

—¿Pasa algo, hermana? —pregunté con una voz ronca mientras intentaba recobrar la compostura.

—Dos gatos se han escapado —dijo con voz mustia—. Necesito ayuda para encontrarlos.

Dejé de mirar a Mila y cambié de postura.

—Está bien —gruñí—. ¿Alexander qué hace?

—Los está buscando por el jardín —explicó, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Voy con él —respiré hondo.

Mila pasó por delante de mí y abandonó la cocina, cabizbaja.

Me acerqué a mi hermana y la agarré por el codo. Estaba furioso con ella por habernos interrumpido. Cada vez que tenía un momento íntimo con Mila, alguien terminaba por estropearlo.

—Esta chica no es buena para ti, te traerá problemas —dijo en voz baja.

—Ya estoy en problemas y no me importa porque... —La miré a los ojos—. Porque la quiero.

Alicia agrandó los ojos y me dirigió una mirada desdeñosa.

—Mi hermano está enamorado... —dijo con una voz sorprendentemente tranquila—. Entonces, os deseo lo mejor. Pero no la presiones. Tú estás acostumbrado a ir muy rápido con las mujeres. Ya sabes a lo que me refiero. —Me guiñó un ojo—. Y te puedo asegurar que Mila, en ese sentido, no tiene mucha experiencia.

—¿Estás diciendo que ella...?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabes? —Arqueé una ceja hacia ella.

—Secreto de mujeres.

Alicia hizo un pequeño ruido con su garganta y se encogió de hombros. Volteó hacia la puerta y salió. Escuché el golpe de sus pies en el suelo y luego nada. Todo desapareció y mi mente se quedó en blanco. ¿Mila era virgen? Ay, Dios mío, ¿en qué estaba pensando cuando la había arrinconado como un desesperado?

Gatos, estaba harto de esos malditos gatos.

Capítulo 14

Después de atrapar a todos los gatos, ella y Alexander hicieron las maletas, mientras yo llevé a Mila a su apartamento para buscar algunas de sus cosas.

Cuando entré en su casa, fui testigo de una desolación que no tenía nombre. Estaba completamente vacía, con pocas cajas de cartón sin abrir y una cama sin hacer.

—¿Recién te mudaste? —pregunté, moviendo los labios despacio.

—Llevo viviendo aquí medio año —contestó y se agachó para sacar ropa de una de las cajas.

—¿Y los muebles? —Miré a mi alrededor.

—No quiero comprar. —Alzó la mirada y suspiró—. Siempre estoy huyendo...

—Entiendo. —Me senté en el borde de la cama—. Lo siento. Nadie debería pasar por esto, quiero ayudarte. Y te prometo que, después de este viaje, podrás amueblar el apartamento sin miedo.

No me dijo nada más, absolutamente nada, y entonces, me pregunté si ella sentía lo mismo por mí. Se limitó a guardar la ropa en la maleta y de vez en cuando me miraba. No me atreví a preguntarle si necesitaba dinero o incluso mi ayuda, pero empecé a contarle algunas anécdotas de mi vida. Ella se animó e incluso sonreía cada vez que yo también lo hacía.

Durante más de media hora sostuvimos una conversación desigual, en la que ella habló en solitario casi todo el tiempo mientras yo me limitaba a asentir o a negar. Me contó lo que tuvo que hacer por Ivanov y cómo la había tratado. Ella lo había considerado como

familia e incluso en algún momento sentí que sus palabras escondían algo más que tristeza. Ese algo era admiración por un hombre que, a pesar de tener una mala reputación, la había criado como si fuera su hija.

No dudaba de su inocencia, porque sabía que estaba tan rota y era tan frágil como yo. Todo lo que me había contado sonó con algunas sombras demasiado familiares, por lo que, a pesar de que realmente no la conocía bien, estaba dispuesto a protegerla. Ivanov le había hecho daño y le había destrozado la vida. Ese hombre tenía que pagar por todo y mi plan era el perfecto castigo.

—¿Cuántas horas tenemos que viajar? —preguntó mi hermana mientras arrastraba una de sus maletas.

—Son como mucho catorce horas —contesté y ella bufó.

—¿Conseguiste los visados? —preguntó Alexander y agarró a mi hermana por la cintura.

—Sí, lo tengo todo controlado. ¿Puedes tomar mi maleta? Necesito hablar con Mila. —Lo miré implorando y él asintió con la cabeza.

Mientras mi hermana y Alexander entraban en el aeropuerto, me acerqué a Mila y tomé sus manos.

Ella alzó la mirada y torció una sonrisa.

—Tengo miedo —confesó.

—Confía en mí, por favor. —Tomé su rostro en mis manos y besé sus labios suaves, despacio.

Ella gimió bajito y mordió con hambre mi labio inferior. Abrió la boca y mi lengua se adentró como un tornado, probando su dulce sabor hasta saciarse. La tenía en mis brazos, mis manos subían y bajaban por su espalda. Deseaba seguir, hacerla sentir mi deseo por ella, pero recordé las palabras de mi hermana y rompí el beso jadeando.

Estábamos rodeados de personas y además no quería aprovecharme de ella y hacerla pasar por un mal trago. Conté hasta diez y me alejé despacio. Se merecía que la trataran con cariño y eso

era algo que a mí no se me daba bien.

Nuestros ojos se encontraron y tragué saliva, debilitado por la fuerza de emoción que vi en su mirada. Me agarró por el cuello de la camisa y se acercó.

—Si empiezas algo, térmalo —susurró cerca de mi oído.

—Mila... con este beso me excité bastante, y no sabes cuánto te deseo ahora mismo —dije bajito—. Estamos en público, tenemos que subirnos a un avión...

—Solo te pido que termines el beso como es debido —ronroneó en mi cuello y mordió tiernamente mi piel.

El suave ímpetu de su respiración me enloqueció y dejó mi mente en blanco. Mi aliento desapareció en un suspiro mientras la atraía hacia mí. Mis brazos anclaron su cuerpo contra el mío y me incliné hacia su boca. La besé y ella soltó un suspiro entrecortado. Se abrió para mí, aceptando la estocada hambrienta de mi lengua. Nada sabía tan bien como ella.

Me imitó, pero había algo frenético y salvaje en mi beso que no podía controlar. La estaba besando como si no tuviera un minuto que perder, como si me estuviera evaporando bajo sus manos.

—Más despacio —dijo jadeando.

—Lo intentaré —contesté mientras rozaba mi nariz contra la suya—. Esto es... No terminé de hablar porque tenía mucha hambre de su boca y la besé otra vez, más despacio y más suave. Cada roce de mis labios la hacía temblar y cada vez que pasaba mi lengua por sus labios, se le erizaba la piel.

—¿Tienes frío? —pregunté burlón cuando rompí el beso.

—No, no... estoy..

—Ven aquí —dije y la abracé—. Intenta no pensar en nada. Yo me encargaré de todo.

—Lo intentaré —susurró en mi cuello.

—Te aseguro que con mi hermana ahí, lo vas a conseguir. Vamos.

Tomé su mano y mientras caminaba a su lado intentaba convencerme a mí mismo de qué era lo que tenía que hacer, que el plan funcionaría y que pronto ella estaría libre. Era difícil mantener mi cabeza enterrada en la arena y controlar cada gesto o palabra.

También tenía mis dudas, no era fácil encontrar a Ivanov, tampoco veía viable eliminarlo. Ese hombre tenía una reputación temible, y nadie hasta ahora se había atrevido a plantarle cara. Ni siquiera nuestra agencia. Victoria y Grashim aceptaron trabajar para él porque sabían que, si no lo hacían, perderían a todos los agentes activos.

Tenía a mi mejor amigo conmigo, pero dos contra una avalancha de hombres armados, lo veía como una encerrada. Eso no terminaría bien y estaba perfectamente consciente de que nuestras vidas colgaban de un hilo fino que podría romperse en cualquier momento.

Capítulo 15

Había cerrado los ojos por unos instantes, pero no conseguía conciliar el sueño. Mila se movía constantemente de un lado otro y su respiración entrecortada me sobresaltaba. Estaba nerviosa, y la entendía. Su pasado estaba atado a Rusia y, para ser sinceros, el mío también.

Ese país nos marcó a los dos y nos dejó heridas y cicatrices profundas en el alma. Yo también estaba intranquilo, volver allí era como pisar de nuevo el infierno.

—No consigo abrochar este maldito cinturón —murmuró Mila en mi oído—. Haz algo, por favor.

Abrí los ojos y giré la cabeza. Mi nariz tocó la suya y sonreí abiertamente.

—¿Por qué te lo quitaste?

—No lo sé —suspiró—. Ayúdame.

—Por supuesto, pero quiero algo a cambio —susurré y ella cerró los ojos—. Quiero un beso.

—Déjalo —murmuró y se apartó.

Atrapé su barbilla con mi mano derecha y la miré con el corazón encogido. Sus labios se entreabrieron y sentí su respiración trabajosa en mi cuello.

En ese momento solo nos separaban unos pocos centímetros y deseaba besarla hasta quitarle el miedo. Odiaba que no supiera cómo acercarme a ella, las mujeres siempre venían fácilmente a mí. No obstante, Mila era diferente. La deseaba y su proximidad me volvía loco.

Me dije a mí mismo que tenía que guardar la compostura y le abroché el cinturón de seguridad. Tomé la revista que tenía encima de mis rodillas y empecé a ojear entre las páginas. Sentí los labios de Mila en mi mejilla derecha y cerré los ojos.

Fue un beso corto, pero lo suficiente como para sonreír como un tonto.

—Gracias —susurró en mi oído y giré la cabeza para mirarla.

Sabía que tenía una sonrisa ridícula en la cara, pero no me importaba y más cuando ella tenía las mejillas sonrosadas.

Tanto ella como yo teníamos un problema. El trabajo nos quitó la confianza en personas y eliminó cualquier sentimiento hermoso que intentaba brotar en nuestros corazones. Nos volvió fríos, una verdaderas máquinas de matar sin sensibilidad.

—Señoras y señores —avisaron por el megáfono—: Tenemos un gato suelto. Rogamos que su dueño acuda a la cabina del personal de servicio. Necesitamos su ayuda para cogerlo.

No me sorprendí para nada cuando vi a mi hermana levantándose de su asiento, pero lo que me sorprendió fue darme cuenta de que había conseguido meter a un gato en el avión.

—Tu hermana siempre la lía —dijo Mila riendo.

—Sí, pobre Alexander —contesté y me puse de pie para ver mejor la escena.

Empecé a reír a carcajadas cuando los vi a los dos intentando pillar un gato negro. Recordé haberlo visto en el aeropuerto cuando estábamos facturando, pero no entendía cómo mi hermana había conseguido atraparlo y meterlo en la maleta.

Al final, todos se vieron obligados a quitarse los cinturones de seguridad y a ayudarlos. Estábamos en pleno vuelo, un vuelo de más de cinco horas, uno que había empezado con incidencias y había tanto alboroto como en un mercadillo de domingo. Necesitaba tranquilidad y descanso. El sueño dejó de ser mi amigo y me sentía más cansado de lo normal.

Mientras ellos intentaban coger al gato, me senté en la silla y leí con atención los mensajes que tenía en el correo electrónico. Había uno de Victoria para avisarme que el jefe ya sabía que había abandonado

el país y dos más de mis contactos de Rusia. Me avisaban que tenían todo preparado y el plan marchaba como lo había previsto.

—No me gusta verte así —dijo Mila mirándome con atención—. Esta mirada tuya, tan seria y fría, me trae malos recuerdos.

—¿Por qué dices esto? —Dejé el móvil a mi lado y la miré.

—Cada vez que alguien me apuntaba con la pistola, tenía esa mirada. Tú no te das cuenta, pero tienes la mirada de un asesino y quiero creer que tú no eres así. —Se mordió los labios.

—Tienes razón. No me doy cuenta, lo siento. —Estiré una mano y le acaricié la mejilla—. Quiero que sepas que esa mirada no volverás a verla nunca más. Quiero ayudarte para que dejes todo esto atrás y quizás encontrar la felicidad.

—Espero que así sea —susurró y besó la palma de mi mano—. Quiero confiar en ti.

—No te decepcionaré, Mila. —Agaché la cabeza para besar su frente.

Mi cuerpo se estremeció con el contacto y mi respiración se detuvo.

—Si no te importa...

El gato saltó encima mío y, cuando intenté quitármelo de encima, me arañó la cara.

—¡Maldito animal! —grité con rabia. Todos empezaron a aplaudir, pero yo solo quería estrangularlo con mis propias manos.

—Dámelo. —Pidió mi hermana con esos ojos grandes y llenos de ternura.

—Aquí lo tienes. —Le di el gato y ella sonrió.

—Gracias, hermano.

—Luego me cuentas cómo cojones conseguiste meterlo en el avión —gruñí y, cuando toqué mi cara, sentí un escozor.

—Déjame ver —dijo Mila y la miré con escepticismo.

—Ni se te ocurra —advertí—. Te estás riendo de mí y..

—Sh... Deja de protestar, Karim. —Agrandó los ojos y maldijo en voz baja—. Ufff...

—¿Qué pasa? —Recorrí su rostro con la mirada—. ¿Qué hizo ese demonio?

—Voy a por algunas gasas y desinfectante.

Ella se levantó y eché la cabeza hacia atrás. El escozor no me importaba, había aguantado dolores más intensos que unos pequeños arañazos. Las heridas de balas pueden hacerte incluso llorar, y el dolor que sientes te debilita y te deja sin aliento.

—Aquí estoy —dijo Mila—. Las azafatas estuvieron muy amables.

—Ya lo creo —gruñí y abrí los ojos.

Miraba mi rostro con atención y se mordía los labios para no reír.

—A pesar de lo que pasó, me alegro.

—¿Por qué?

—Estás sonriente. No me gusta verte preocupada y mucho menos asustada.

—Cierra los ojos —ordenó.

—Me gusta mirarte —murmuré—. Seguro que te muerdes esos labios tan apetecibles que tienes cuando lo haces...

—Karim...

—Mila...

—Cierra los ojos —ordenó de nuevo—. Me pones nerviosa.

—Mejor, me gusta verte así —dije sonriendo.

Suspiró y con una gasa empezó a secar la sangre.

—¿Duele? —preguntó y dejó de morderse los labios.

—Esto no es nada comparado con la herida de una bala —contesté y ella me miró a los ojos.

—¿Te dispararon? —Su voz se desvaneció.

—Varias veces —contesté y tomé su mano.

Temblaba y necesitaba tranquilizarla, así que empecé a darle suaves caricias hasta que sentí que se había quedado quieta.

—¿Dónde te dispararon? —preguntó y siguió limpiando la sangre.

—En el pecho, en el hombro, en la pierna derecha y...

—¿Y? —Me miró intrigada.

—No te lo voy a decir. Algún día tendrás la oportunidad de verlo. — Le guiñe un ojo y ella sonrió tímidamente.

—Ey, necesito hablar contigo —dijo Alexander y entró en mi campo de visión.

Sus ojos se precipitaron hacia mí y luego hacia Mila.

—Me voy con Alicia —dijo ella y se levantó—. Procura no tocarte.

—No lo haré.

Me quedé mirando su trasero hasta que desapareció de mi vista.

—Estás perdido —murmuró Alex mientras se sentaba a mi lado.

—Lo sé... Sin embargo, no puedo hacer nada ahora. No quiero presionarla y que piense que siento lástima en vez de cariño. Quiero que esté segura de mis sentimientos y ella de los suyos.

—Esto es nuevo. Tú no tienes paciencia.

—Con ella tengo que tenerla. No quiero arriesgar y asustarla. Puedo perderla.

—Tienes razón. —Encendió su móvil—. Mira esto. Vamos a tener problemas con... ya sabes quién.

—En eso no había pensado. —Mi voz se hizo más alta.

Miré con atención el vídeo y cerré los ojos. Una extraña sensación me inundó. Tenía que lidiar de nuevo con la muerte y salir ileso. Me tomó un momento identificar lo que sentía... repulsión.

Mi llegada a Rusia podría despertar a algunos de los muertos enterrados y llamar la atención a la única mujer que me traicionó.

Capítulo 16

El vuelo transcurrió sin más incidencias y había aprovechado para descansar. Mila me había curado las heridas y luego se había acurrucado a mi lado en silencio. Tanto ella como yo necesitábamos unas horas de sueño.

—¡Wow! —exclamó mi hermana mientras el taxi paraba delante del hotel—. Me encanta Rusia, todo es muy colorido y..

—Yo que tú esperarías unos días más —dijo Mila y chasqueó la lengua—. Desearás volver, te lo aseguro.

Las ayudé a bajar del coche mientras Alexander se encargaba de las maletas y pagarle al taxista.

—¿Por qué dices esto? ¿A ti no te gusta? —Alicia formuló las preguntas como si fuera lo más bizarro del mundo.

Mila parecía perturbada y sus labios se fruncieron en una expresión de disgusto.

—Mejor entremos en el hotel —sugerí para cambiar el tema—. Sabes que tienes que esconder ese maldito gato, ¿verdad? —le dije en tono serio a mi hermana.

—Lo haré. —Lo metió rápidamente dentro de su chaqueta, en un bolsillo grande—. No es la primera vez que lo hago.

—Así que... —Me acerqué—. Aquí es donde lo metiste. —Miré dentro del bolsillo.

—Por supuesto —contestó alegre y agarró a Alexander por el brazo—. ¿Entramos? Estoy muy cansada y quiero darme una ducha. Mis piernas no aguantan más este peso. —Frotó suavemente su tripa—. Estar embarazada me consume mucha energía.

Ellos entraron y aproveché el momento para mirar a mi alrededor. Moscú, una ciudad que nunca dormía, con tráfico arrollador que la hacía inhabitable, fue como una segunda casa para mí.

No obstante, estar de nuevo allí me producía inquietud y recelo.

Me sentía como un extraño y todo lo que veía ya no captaba mi atención. Cuando me fui de Rusia, me había jurado a mí mismo no volver. No hasta que los fantasmas de mi pasado decidieran volver y amenazar con destruir vidas de personas inocentes.

Revisé otra vez mi reloj de pulsera y Alexander puso los ojos en blanco.

—Deja de mirar ese maldito reloj, tienen que salir.

—Llevan más de una hora encerradas en ese baño. —Lo miré preocupado—. Sabes que tenemos que estar atentos.

—No pasará nada, te has vuelto muy protector —gruñó—. Más que yo.

—No puedo evitarlo, sabes que ella me gusta.

—¿Le has dicho algo? ¿Sabe que te enamoraste? —Alzó la mirada hacia mí. Su expresión era confusa.

—No, no me atrevo a decírselo —confesé—. Los dos estamos acostumbrados a vivir solos, a no tener responsabilidades. ¿Te conté que ella estuvo un tiempo trabajando para Ivanov?

—¿Qué? —Sus cejas se arquearon—. No me digas que ella es una...

—¿Asesina? —pregunté, mirándolo—. Ya no...

—¡Aquí estamos! —chilló mi hermana y mis cejas se levantaron con el sonido de su risa.

Cuando vi a Mila, mi corazón se deslizó hacia mi estómago. Una sonrisa se formó en mis labios y mis ojos permanecieron fijos en los suyos.

Mi garganta se sentía seca. Era preciosa, nunca había sentido algo parecido y mi cerebro elaboraba preguntas sin cesar, preguntas que necesitaban respuestas.

Sus mejillas mostraban un inusual rubor y una llamarada de fuego

encendió mi sangre.

Se había puesto unos vaqueros azules ajustados y una camiseta blanca de un escote muy discreto, pero mi mente actuaba erráticamente. Su largo y ondulado cabello caía en cascada por su espalda. Se había aplicado rímel en sus pestañas para enmarcar sus grandes ojos ámbar.

—¡Ta da! —exclamó mi hermana—. ¿A que somos guapas? —Le dio un beso en los labios a Alexander.

Me acerqué a Mila y enrosqué un mechón de su sedoso pelo en mis besos.

—Te ves preciosa —susurré en su oído—. Deberías arreglarte más a menudo.

—Gracias. —Su voz fue tan baja que casi fue inaudible—. De pequeña lo hacía, pero cuando... cuando empecé...

—Sh, no digas nada más. —Levanté su barbilla—. Deja el pasado atrás.

—Eso intento hacer.

—¿Nos vamos ya? —preguntó mi hermana.

—Sí, vámonos —gruñí.

—Ya verás cómo la van a contratar —dijo mi hermana mientras abría la puerta de la habitación—. Tu plan no sufrirá ningún cambio.

—Eso espero.

—Sabes que tienes otra opción —susurró Mila y me apretó el brazo—. Sabes que puedes dejarme aquí, no tienes por qué arriesgar tu vida y la de tu hermana.

—¡No lo vuelvas a decir nunca más!

Levanté el tono de voz y ella cerró los ojos asustada. Mi hermana me miró mal y negó con la cabeza.

—Lo siento, no quise gritarte.

—No importa, estoy acostumbrada a que me griten, a que me peguen, a...

—Mila, mírame a los ojos —dije y ella alzó la mirada—. No soy esa clase de persona. Nunca le he gritado a una mujer —aseguré—. Perdóname si te asusté. —Acaricié su mejilla con mis dedos—. Entiende que nunca te abandonaré y te protegeré con mi vida si hace

falta.

—Pero...

—Pero nada —dije suavemente—. Cuando todo esto llegue a su fin, te confesaré algo.

—¿Qué es? —preguntó bajito.

—Solo puedo decirte que es algo muy importante para mí. — Agaché un poco la cabeza y rocé su mejilla con mis labios—. Estamos juntos en esto y saldremos juntos.

—Gracias —susurró y se aferró a mi cuello.

Aproveché el momento y la abracé con fuerza, empapándome de su suave aroma a miel.

Ella estaba en mi mente todo el tiempo y odiaba que no supiera cómo decírselo. La deseaba y la quería solo para mí. Mila era mi salvación, mi sol en tiempo de tormenta y la razón de mi sonrisa.

Ella representaba el gran amor que tanto busqué y que por fin encontré.

Estaba haciendo un gran esfuerzo para comportarme bien y actuar de la manera que yo pensaba que los novios tenían que actuar. Estaba siendo considerado y atento. Mantenía bajo llave mis deseos salvajes y no la presionaba por nada. Quería ser un hombre que no le diera una razón para alejarse o asustarse.

Capítulo 17

Mi estómago se encogió cuando vi la entrada del bar *Gneздо* y casi brinqué de mi propia piel.

Las imágenes y los recuerdos se intensificaban y me asustaban. La última vez que estuve allí, me dejaron medio muerto. Ánika, la hermosa pelirroja que trabajaba para Urlenko, había intentado matarme, descargando por completo la pistola en mi cuerpo. Me dejó apenas respirando, lleno de sangre y tirado en el suelo frío como un cualquiera.

Todo empezó cuando Victoria me pidió un favor: eliminar a Urlenko y no dejar rastro. Nadie tenía que saber que fuimos nosotros, ni siquiera mi otro jefe, Grashim. Era la movida de mi jefa; dijo que tenía un ajuste de cuentas con el ruso, que había hecho algo imperdonable.

Lo que no sabía ni ella ni yo era que Urlenko tenía contratadas solo a mujeres como asesinas.

Ánika era una de ellas; guapa, explosiva y con una sonrisa tentadora. Caí en sus redes y no dudé ni un segundo en aceptar lo que me ofreció. Me gustaba e incluso llegué a pensar que lo nuestro era algo especial.

Sin embargo, me di cuenta de que me había mentido y que solo me había utilizado para llegar a Ivanov. Para ella fui solo un peón, uno que tenía que eliminar. Y lo intentó, me disparó con una frialdad extrema y me dejó inconsciente, apenas respirando.

Y me encontraba allí de nuevo, con un plan arriesgado y con dos mujeres a las que tenía que mantener a salvo. No estaba solo, tenía a

mi mejor amigo conmigo, pero estábamos en un país extranjero y con enemigos en cada rincón.

Alexander abrió la puerta del bar y volví al pasado. Todos los recuerdos pasaron por delante de mis ojos como una película de terror. Mi cuerpo se estremeció con brusquedad y apreté los puños. Por unos segundos sentí miedo, estaba asustado por lo que podía pasar. Me habían entrenado para borrar el miedo de mis sentimientos y reemplazarlo por odio. Sin embargo, se empeñaba en salir y recordarme que era humano, sentirlo y vivirlo. El plan que había lidiado para matar a Ivanov era arriesgado e implicaba a mi familia también.

—¿Vienes? —preguntó Alexander al verme parado en el medio del umbral.

—Sí, estaba recordando...

—Lo de Ánika, ¿verdad? —Se acercó.

—Sí, estuve a punto de morir... y saber que puedo encontrármela de nuevo me tiene inquieto —admití—. No quiero que les pase nada. —Miré en dirección a las chicas—. Las quiero mucho.

—Ey. —Me dio una palmada en el hombro—. Esta vez estoy contigo.

—Lo sé y te lo agradezco.

—Vamos a entrar —dijo mirándome a los ojos—. Ya verás que van a contratar a Mila. Sabe hablar ruso y es muy guapa.

—Sí, pero... —Tragué saliva—. No puedo dejarla sola, tendré que vigilarla.

—Lo harás. Vasía te dejará estar en el bar.

—Tienes razón. —Lo seguí en silencio.

Entré y empecé a vivir los recuerdos sin mi permiso; las noches de juerga en ese bar, los momentos íntimos en algunos de los camerinos con Ánika y el momento que cambió mi vida.

—*Esta noche te veo extraña, Ánika. ¿Pasa algo? —Besé su cuello y sentí un cierto rechazo.*

—*Estoy preocupada por algunos asuntos míos. No tiene nada que ver contigo, Karim. —Me miró a los ojos, pero sin sonreírme.*

—*Está bien. Te entiendo. —Respiré hondo—. Estoy igual que tú. Por eso*

he pensado irnos este fin de semana lejos. ¿Qué tal si...?

—Karim, estoy cansada. Ven conmigo al camerino. —Tiró de mí y la seguí—. Tengo preparado una sorpresa para ti.

—¿En serio? —La abracé por detrás—. No es mi cumpleaños, falta un mes.

—Es... Mmm... —Se alejó un poco—. Cierra los ojos —ordenó y yo le hice caso.

Pasaron más de diez segundos sin escuchar nada más que mi respiración pesada y, cuando quise hablar, las palabras se quedaron atascadas por el impacto de las balas que atravesaron mi pecho. Abrí los ojos asustado y la vi delante de mí y mirándome con una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Fácil —murmuró cuando caí de rodillas—. Hombres... —escuché antes de cerrar los ojos.

—Mejor os quedáis aquí —sugirió Alexander señalándome a mí y a mi hermana—. Iré a hablar con Vasia. —Agarró a Mila de la mano y me guiñó un ojo—. Quédate por aquí. —Señaló las mesas.

El bar estaba medio vacío y no conocía a nadie. Habían pasado tres años desde que Vasia me había sacado medio muerto de los camerinos. Él juró guardar el secreto y nadie sabía que había sobrevivido.

—No me gusta para nada este ambiente —dijo Alicia frunciendo el ceño—. Espero que cuides bien a Mila. —Me miró con preocupación.

—Tengo que dejarla sola, pero estaré por aquí, vigilando. Los rusos pueden ser bastante recalcitrantes y problemáticos.

—Estás enamorado, Karim —dijo ella sonriendo—. Me alegro mucho por ti. Te noto diferente, solo que me cuesta confiar en ella. No habla mucho y no sé prácticamente nada de su vida.

—Es de confiar, te lo aseguro. Ella estuvo aquí hace años y no lo pasó muy bien. Los dos nos parecemos bastante...

—¿Quieres decir que ella también es una asesina? —preguntó susurrando.

—Ya no, Alicia... ya no...

—¿Karim? —escuché una voz conocida y giré la cabeza—. No puedo creer que estés aquí —dijo Petrov.

—Petrov. —Me puse de pie para darle un abrazo—. ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú —dijo mirando de reojo a mi hermana.

—Cuidado —dije riendo—. Si Alexander ve como miras a mi hermana...

—¿Está aquí? —preguntó sorprendido y me agarró por el brazo—. Tenemos que hablar. —Me llevó con él lejos de la mesa.

—¿Qué pasa? —Lo miré con él ceño fruncido.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Ánika compró este bar. Si ella se entera de que estás aquí...

—No lo sabía, pero tranquilo. —Respiré hondo—. Pienso quedar en la sombra.

—¿Qué hacéis aquí, Karim? Os habéis metido en la boca del lobo y quiero saber por qué. —Su voz era suave, demasiado suave.

—No puedo decírtelo, pero necesito tu ayuda.

Me miró unos largos segundos y luego se pasó las manos por la cara.

—Lo haré porque te debo una. Ahora estoy con ellos, las cosas cambiaron. Ivanov tomó el control de las calles. Nadie quiere meterse con él.

—Lo sé, por eso necesito que me cubras en esto.

—¿Qué tengo que hacer? —Jadeó de forma insegura y temblorosa.

—Necesito información.

—Karim... —gruñó con una expresión de total horror dibujada en su rostro.

—Necesito saber dónde se esconde Ivanov.

—¡Joder! —exclamó, sacudiendo la cabeza—. No puedes pedirme esto, si ellos se enteran, me matarán.

Alicia giró la cabeza, asustada y le hice señas de que todo estaba bien.

—Amigo, te necesito. Sabes que para algunos soy como una fantasma. Casi nadie sabe que estoy vivo —dije entre dientes.

—Veré qué puedo hacer. ¿Estarás por aquí?

Se giró y me escudriñó con ojos prudentes.

—Sí, me encontrarás aquí —contesté un susurro tosco y ronco.

—Muy bien. —Me saludó y se fue dejándome más preocupado de lo que estaba.

Si Ánika compró el bar, la casualidad de encontrármela podría aparecer en cualquier momento y ese era un riesgo que no podía permitirme. Esa mujer era más terrible que el diablo en persona, una persona fría y sin sentimientos.

—Tenemos un problema —dijo Alexander mientras agarraba mi brazo con firmeza.

Capítulo 18

— ¿Qué pasa? —Permanecí en silencio un momento—. ¿Dónde está Mila?

Sus ojos negros rezumaban angustia.

—Verás...

—¡Habla! —Se me agotaba la paciencia con tanto silencio.

—Tiene que dar una prueba... —Sus palabras quedaron suspendidas entre nosotros, flotando en el aire.

—Bueno, no pasa nada.

—Delante de Ánika —soltó en voz baja—. ¿Has escuchado lo que te dije? —preguntó al ver que no reaccionaba.

Mi mandíbula se tensó y respiré hondo para calmarme.

—Sí —dije enérgicamente, intentando disimular el temblor de mi voz.

—Mira, Karim... —Se pasó las manos por la cara con nerviosismo—. Nadie conoce a Mila. No creo que haya peligro, pero tú tienes que desaparecer. Ánika está de camino.

—Me iré —gruñí—. ¿La cuidas tú? —Me acerqué a él—. Por favor, no quiero que le pase algo malo. Sabes de lo que es capaz esa maldita mujer.

—Claro, tío. —Me dio una palmada en el hombro—. Tú ve tranquilo, yo me quedo aquí. Llévate a tu hermana también. No quiero que esté más tiempo por aquí.

—Está bien, gracias.

Alex le dio un beso corto a mi hermana y después se esfumó entre la multitud que había dentro del bar. Él tenía razón; si me quedaba

allí, podía poner en peligro mi plan y la vida de mi hermana. No querría arriesgarme a encontrarme con Ánika, ella había intentado matarme y no dudaría en hacerlo otra vez.

—Vamos, Alicia.

Ella se arrimó a mi brazo y caminó junto a mí, mirando de vez en cuando por encima de su hombro derecho.

—No te preocupes por Alex —murmuré en voz baja—. Estará bien.

—Eso espero... —Frotó ligeramente su tripa—. No quiero que mi hijo crezca sin su padre y presiento que él quiere salir cuanto antes.

Puse mi móvil de regreso en mi bolsillo y sacudí un poco mi cabeza para aclararla. No tenía noticias de Alex o Mila y estaba preocupado. Habían pasado tres horas desde que me fui de ese bar y no había conseguido tranquilizarme.

Mila ha estado mucho en mi mente estas últimas semanas, y no solo porque podía imaginar cada centímetro de su cuerpo desnudo sin ningún esfuerzo. Me estaba preguntando si ella sentía lo mismo por mí, no quería llevarme otra decepción.

Miré el rostro preocupado de mi hermana y dejé escapar una exhalación. Giró la cabeza y me dio una mirada fugaz. En ese momento, las palabras sobraban entre nosotros.

La puerta se abrió y una sonrisa tiró de la esquina de mi boca. Verla entrar fue todo lo que necesité para respirar de nuevo con tranquilidad.

—Por fin llegáis —dije y me puse de pie de un salto—. ¿Qué ha pasado?

—Será mejor que te lo cuente Mila —dijo Alexander y se acercó a mi hermana para besarla—. Yo me llevo a mi esposa —murmuró contra sus labios—. Demasiado tiempo estuve sin ella.

—Yo también te eché de menos —contestó Alicia sin aliento y se aferró a su cuello.

—Venga ya —dije con asombro—. Pasaron tres horas.

—Eso es mucho tiempo —dijo Alicia—. Lo entenderás cuando

tengas una novia.

Mis ojos encontraron a los de Mila y me perdí en ellos. Entonces, supe que era mejor dejarla sola. La tristeza que desprendían me partió el alma. No había emoción, tan solo un vacío oscuro y sin fin. No sentía la misma alegría de verme, era como si nada de lo que la rodeaba tuviera importancia para ella.

—Voy con vosotros —dije en voz baja mientras me acercaba a Mila.

—No. —Ella me agarró por el brazo y apretó con fuerza, temblando—. No me dejes sola, por favor.

—Nos vemos a la hora de cenar —comentó Alexander mientras cerraba la puerta.

Miré los dedos de Mila que seguían presionando mi brazo y me quedé quieto. Había dejado de temblar, pero se veía bastante afectada y no sabía qué decirle.

Parpadeó, su mirada se encontró con la mía y vi su labio inferior temblar hasta que lo mordió para mantenerlo inmóvil.

—Para mí esto es demasiado. Estar aquí de nuevo y revivir mis recuerdos me hace daño. Los había enterrado y ahora salieron otra vez para atormentarme. —Su voz sonaba forzada y rasposa.

Nos miramos el uno al otro en silencio durante un largo rato. La seriedad de su voz y la gravedad de sus palabras sirvió para absorber gran culpa de lo que ella sentía.

—¿Quieres contármelo? —pregunté susurrando.

Ella asintió con la cabeza y soltó mi brazo.

—Solo espero que no cambies de opinión. Necesito saber que no vas a pensar lo peor de mí. No quiero que me odies. —Su voz ronca tembló y un escalofrío se deslizó por mi columna vertebral.

—Ven conmigo. —Tomé su mano y la llevé hasta la cama.

Me senté en el borde del colchón y la obligué hacer lo mismo. Se arrimó a mí y agachó la mirada.

—Mila, no creo que hayas hecho cosas peores que yo. —Dejé que mis ojos se cerraran y respire hondo. Era la única a quien se lo iba a decir, la única a quien podía confiarle mis sórdidos actos de frialdad extrema—. He matado personas...

—Yo también —dijo con voz trémula—. Pero también... —Las

palabras murieron entre sus labios.

—¿Mila?

Abrí los ojos para mirarla y la vi llorando en silencio. Me puse de rodillas delante de ella y la acuné contra mi pecho.

—No llores —susurré—. Si no quieres hablar...

—Tengo que hacerlo. —Hizo un ruido con la garganta—. La culpa me come por dentro y necesito perdón.

—Mila...

—Maté a una familia entera... —dijo sin aliento. Encontró mi mirada con sus expresivos y llorosos ojos color avellana y se mordió los labios temblorosos—. Coloqué una bomba...

Mi corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho, sintiéndose como si acabáramos de cruzar algún tipo de barrera juntos. Tomé su rostro en mis manos y acaricié sus mejillas con mis dedos pulgares.

—Yo no sabía que estaba casado... yo... —murmuró—. Tenía orden de matarlo y pensé que la bomba no dejaría rastros. No tuve tiempo para avisarles... el coche explotó y... —Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Sh, ya está. No lo sabias, Mila. No fue tu culpa.

—Quise abandonar, pero tenían a mis padres. Lo hice para salvarlos y ahora ellos me dejaron sola. —Me abrazó y se echó a llorar—. No me abandones, Karim, tú no..., por favor. No quiero quedarme sola otra vez.

—Nunca, Mila —dije y me mordí la lengua para no seguir hablando.

Quería decirle que la amaba, que estaría a su lado siempre, que la protegería con mi vida si hacía falta, pero tuve miedo. Estaba mal emocionalmente y, de momento, solo necesitaba mi consuelo. Ella se merecía algo mejor, una vida libre de amenazas e inseguridad. Sin embargo, no tenía una solución a todo eso, o cómo arreglarlo mientras pasaban los días, así que la mantuve apretada contra mi pecho para tranquilizar su llanto.

—¿Karim? —preguntó después de un largo silencio.

—Dime.

—¿Por qué no me dijiste que Ánika fue tu novia?

—¿Qué? —Alcé la mirada sorprendido.

Capítulo 19

— ¿Cómo sabes eso? —Le di una mirada de perplejidad—. ¿Qué te dijo Ánika?

— ¿Es verdad o no?

— Sí. pero...

— ¡No me jodas, Karim! —Resopló y me dio una mirada de sorpresa—. Es una mala persona, ¿cómo pudiste amarla?

— No la amé... —Dejé escapar un largo suspiro—. Me gustaba, pero no era amor lo que sentía por ella.

— Ella mató... mató... —Su boca se abrió y tartamudeó.

Chasqueó la lengua y se puso de pie.

— ¿A quién?

— A mi hermano.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. Me miró y su expresión se tornó fría y oscura. A través de sus ojos pude ver el dolor y la tristeza.

— ¿Tú hermano? —Me puse de pie y me acerqué a ella.

— Sí —dijo entre lágrimas—. Ella mató a mi hermano pequeño, Anthony. Le hizo creer que lo amaba, incluso... —Se secó las lágrimas—. Mi hermano le pidió matrimonio y...

— Mila, ven aquí. —Estiré los brazos—. Deja de llorar, no puedo verte así. Se me parte el corazón.

Me abrazó de inmediato y suspiró bajito.

— Todo fue un engaño, ella quería acercarse a Ivanov —dijo con voz ronca—. Su jefe, Urlenko quería eliminar a Ivanov. Quería tomar sus negocios sucios, quería ser el único proveedor de drogas y armas.

— Lo sé, Mila —suspiré—. A mí me ordenaron matar a Urlenko.

Ella alzó la cabeza y me miró.

—¿Así la conociste?

—Sí, pero no sabía que ella trabajaba para Urlenko. Pensé que le gustaba... todo fue un engaño. Me sedujo y me disparó, y me dejó medio muerto en su propio bar.

—Por eso tienes tantas marcas de balas...

—Me engañó de la misma manera que lo hizo con tu hermano, pero nunca la amé.

No dijo nada por un largo minuto y solo nos miramos. Pensé que me iba a pedir que me fuera, pero para mi sorpresa enredó sus dedos en mi cabello y susurró:

—Te creo.

—¿Qué fue lo que te dijo Ánika? —Froté mi nariz a lo largo del filo de su mandíbula.

—Ella no me conoce, no sabe quién soy —murmuró para sí misma—. Hizo la entrevista rápidamente y, antes de irse, preguntó mi nombre —comentó—. Le dije el nombre falso y ella se quedó mirándome pensativa. Me comentó que tuvo un novio que se llamaba Karim y luego preguntó si tenía hermanos. El nombre de Karina le resultaba extraño. Cuando le dije que tuve un hermano que murió, se puso en alerta —continuó hablando—. En ese momento no entendí por qué, pero ahora sí. Ella piensa que tú estás muerto.

—Así es.

—Le dije que mi hermano se llamaba Timothy, así no le di motivos para sospechar —explicó.

—Hiciste bien.

—Quiero matarla. —Ella dejó escapar un severo suspiro—. Quiero vengar la muerte de mi hermano.

—Mila...

—Lo haré. —Su voz bajó un poco—. Trabajaré en su club y tendré millones de oportunidades.

—No, Mila. Esto no es parte del plan.

—No decides por mí. —Su boca se apretó y se volvió blanca en las esquinas—. Voy a vengar a mi hermano, la haré sufrir...

—Es peligroso. Ahora ella tiene más poder y sus hombres la vigilan

siempre.

—No me conoces. —Se encorvó y cruzó los brazos—. No sabes de lo que soy capaz. Se lo debo a mi hermano.

—Te conozco, Mila y tú no eres así. Tendrás tu oportunidad, pero no ahora. Espera a que terminemos con Ivanov —le dije sin aliento.

—Eso sería hacerle un favor a Urlenko...

—Sí y mi plan es empezar una guerra entre los dos. Se matarán entre ellos. —Mi voz era más suave.

—Está bien, esperaré. —Me miró a los ojos—. Pero no por mucho tiempo.

Su tristeza y su preocupación empezaron a gotear en mis emociones y se arremolinaban juntas. Sus labios se separaron y su rostro bajó al mío.

—Tranquila, pequeña, tú mandas. —Sonreí y besé sus labios.

—¿Estáis desnudos allí dentro? —gritó mi hermana desde el otro lado de la puerta mientras la golpeaba sin cesar—. ¿Es seguro entrar?

Mila y yo intercambiamos miradas. Últimamente, mi hermana no hacía otra cosa que interrumpir nuestros momentos más íntimos y apasionados. Deseaba tanto besarla y tenerla en mis brazos, hacerle el amor y sentirla mía...

—Aquí estoy —dijo Alicia y posó las manos en su cintura—. ¿A qué soy guapa?

—Sí, estás muy guapa —repuse, incómodo.

Ella parpadeó ante mí por un segundo y luego estrechó la mirada.

—¿Pasa algo?

—Nada. —Me encogí de hombros y miré a Mila de reojo.

Ella había retrocedido y fingía estar cómoda ante la situación.

—¿Qué esperáis? —Chilló mi hermana—. Alexander ya está abajo.

—¿De qué va todo esto? No me gusta tu tono de voz y no sé por qué tenemos que bajar con vosotros. —Puse los ojos en blanco y crucé los brazos sobre mi pecho.

—¿No te dijo nada Alexander?

—No —gruñí.

—Tenemos algo importante que decirles y tenemos una mesa reservada que nos espera —explicó ella.

—Está bien —suspiré.

—Voy a cambiarme de ropa —avisó Mila mientras abría la puerta del baño.

Cuando desapareció de mi vista, me acerqué a Alicia y la agarré por los hombros.

—Tienes que dejar de aparecer así. —Le di una mirada dura.

—Soy tu hermana, te guste o no. —Chasqueó la lengua—. Si estás enfadado...

—No lo estoy, pero siento que me ahogo. Quiero estar a solas con Mila y pasar más tiempo a su lado. Tengo la sensación de que el suelo corre detrás de mis pies y que solo consigo tropezar. El tiempo no está a mi favor últimamente.

—Quieres algo más con ella, ¿verdad? Te recuerdo que ella es...

—Virgen... —la interrumpí—. Lo sé y por eso quiero esperar. Lo que quiero es tener tranquilidad para decirle lo que siento por ella y darle el espacio que necesita para asimilarlo. Quiero que confíe en mí y que encuentre una estabilidad.

Mila me importaba mucho. Las únicas cosas por las que me había preocupado antes eran materiales y por mi hermana.

—Tranquilo, todo llegará. —Me abrazó y suspiró—. Ahora vamos, ponte guapo, hermanito. Os tenemos que contar algo.

Capítulo 20

Me recliné hacia atrás lentamente. Respiré dos veces, dos suspiros fuertes y cortos. Me sentía como si me hubieran metido bajo la superficie de un río todavía caliente por el sol. Tras el esfuerzo de mantener la calma durante la comida, no pude ocultar por más tiempo mi curiosidad.

—No puedo esperar más. —Los miré a los dos—. ¿Cuál es la noticia?

Alexander agarró la mano de mi hermana y le dio un apretón, luego buscó su mirada y le mostró una sonrisa sincera.

—¿Se los dices tú, cariño? —Resopló y rodó la cerveza entre sus manos.

—Mhm... —Ella se acercó para mirarme a los ojos—. Ayer hemos abierto el sobre con los resultados de la ecografía. Quería que fuera una sorpresa, sin embargo, la curiosidad nos picó bastante.

—¿Y qué es? —preguntó Mila y la apuntó con el pico de su botella de cerveza.

—Es un niño —expresó Alexander en tono alegre.

—¡Felicidades, hermano! —Me levanté y me acerqué para darle un abrazo—. Me alegro mucho por vosotros, ya me imagino a un pequeño gamberro igualito a ti correteando por la casa.

Mis músculos se aflojaron y el aliento que estaba conteniendo finalmente podía escapar de mis pulmones.

—Pobre Alicia. —Una sonrisa asomó por la comisura de su boca.

—Yo también quiero un abrazo. —Mi hermana me miró mal.

Me agaché un poco y la abracé con cuidado.

—¿Qué nombre le van a poner? —preguntó Mila y se movió con nerviosismo en la silla.

Aquellos ojos grandes de un brillo inconfundible parpadearon hacia ellos.

—Había pensado ponerle Fabián, como el padre de Alexander —contestó mi hermana y recibió por parte de Alex una mirada tierna.

—Alicia... —Su voz era apenas un susurro—. Gracias.

Eran muy felices juntos y me alegraba por ellos. Alex me conocía mejor que nadie y éramos como dos hermanos. No había juicios ni censuras para ninguno de los dos. Fuimos un equipo, sin importar qué, y el papel que jugó en mi vida fue el de ser una roca sólida de apoyo. Me sentía afortunado de haberlo conocido.

Él y mi hermana eran dos personas muy diferentes, sin embargo, funcionaban juntos. Anhelaba tener lo mismo con Mila, y sabía que a su lado podía serlo, pero tenía que esperar a que pasara la tormenta.

La cena transcurrió bastante rápido y después nos fuimos todos a las habitaciones para descansar. Compartir habitación con Mila me tenía inquieto y saber que ella estaría a tan solo unos metros de mí y no poder tocarla me frustraba bastante.

Cerré la puerta detrás de mí y Mila se giró para mirarme. Instantáneamente, una tensión empezó a hervir a fuego lento entre los dos y se volvió palpable. Me acerqué a ella y mi mano derecha se extendió por su propia voluntad y ahuecó su mejilla. Sus brazos cayeron a sus costados y ella solo se quedó mirándome sin decir nada o moverse durante un largo rato.

—Tu piel es tan suave. Eres tan hermosa —dije mirando sus labios—. Dios, quiero besarte.

—Entonces, ¿qué estás esperando? —susurró.

Ella puso sus manos alrededor de mis hombros y cerró sus dedos bajo el cuello de mi camisa.

Mi control débil se quebró y aplasté mi boca a la de ella, gimiendo de necesidad. Ella me jaló más cerca y me deleité con el placer puro y absoluto de su sabor, invadiéndola de calor con mi lengua.

Su boca era caliente, frenética y salvaje. Había besado a otras chicas y ninguna de ellas me hizo sentir tanto en tan poco tiempo. La forma

en que sus labios se sentían presionados contra los míos, la forma en que usaba sus dientes con temeridad, era algo nuevo para mí, embriagador.

Cuando por fin rompí el beso, los dos estábamos jadeando y mirándonos a los ojos con deseo.

—Estos labios... —Los rocé con el dedo pulgar—. Son algo a lo que un hombre podría llegar a ser verdaderamente adicto, y estos ojos son hipnóticos. Te deseo —dije, sorprendido por las palabras.

La verdad de ellas me sacudió hasta la médula. Mi ritmo cardíaco se disparó, pero traté de parecer tan tranquilo como fuera posible.

—Karim, yo... yo...

—Lo sé. —La hice callar con un beso—. Las palabras salieron sin querer —dije intentando tranquilizarla, su mirada mostraba mucha inquietud.

—Es normal que sientas eso, solo que yo nunca llegué más lejos de aquí —dijo y cerró los ojos—. No sabría qué hacer y temo que no podré estar a la altura.

—¿Qué dices, Mila? —Agarré su barbilla y ella abrió los ojos—. Nunca más digas eso. Quien no está a la altura soy yo. Tú eres perfecta, demasiado, y por eso creo que es mejor si paramos aquí.

—¿Estás seguro? —Se mordió los labios con nerviosismo—. Podría intentar, de hecho quiero hacerlo.

—Te arrepentirás, Mila.

—Nunca, Karim. Deseo esto tanto como tú.

—No quiero hacerte daño. —Mi voz se desvaneció en un aliento—. Prefiero esperar a que todo esto termine.

—Karim yo te...

—¡Abrid esta maldita puerta de una puta vez! —escuché a mi hermana gritando y me alejé de Mila de inmediato.

Ella me miraba con angustia, y yo simplemente no podía creer que otra vez nos estuvieran interrumpiendo. Mi estómago cayó y mi rostro hizo eco de la sensación. La desesperación se apoderó de mí, llenando mis venas.

—Es una emergencia, joder —chilló y empezó a golpear la puerta con los puños.

—Abre la puerta, creo que se trata de algo importante —murmuró Mila, moviendo los labios despacio.

—Ya voy, joder —dije para mis adentros.

Capítulo 21

Solté un suspiro de frustración y me restregué las manos por el rostro.

—¿Qué pasa, Alicia? —Ni siquiera la miré.

—Alexander ha desaparecido —contestó y se echó a llorar.

—¿Qué? —Mis labios se separaron, como si respirara superficialmente, cerrando los ojos y abriéndolos de nuevo con lentitud.

—¿Cómo sabes que ha desaparecido? —preguntó Mila.

—Cuando salí del baño, él no estaba. —Se secó las lágrimas y se sentó encima de la cama—. Pensé que había bajado al restaurante...

—Levantó la mirada—. Intenté llamarlo al móvil, pero no contesta. No sé qué pensar.

—Estará dando una vuelta —dije yo intentando tranquilizarla y me senté a su lado.

—Dejó su pistola y su cartera. —Sus ojos húmedos sostuvieron mi mirada.

—¿Estás segura?

—Sí. Él nunca deja su pistola, Karim.

Se cruzó de brazos, sosteniéndolos flojamente contra su pecho.

—Tienes razón. Nunca la deja. —Me puse de pie—. Iré a buscarlo.

—Voy contigo —dijo Mila y negué con la cabeza.

—No, os quedáis aquí. —Escondí la pistola debajo de mi camisa—. No tardaré. —Tomé el rostro de Mila en mis manos y besé sus labios—. Cuando vuelva quiero hablar contigo. —Le di otro beso y ella cerró los ojos.

Se aferró a mi cuello y profundizó el beso. Mis manos bajaron lentamente por su espalda y rodearon su cintura. Mi lengua bailaba con la suya y mis manos no querían soltarla. El cuerpo de Mila se aflojó en mis brazos cuando me presioné contra ella.

—¿Quieres irte ya? —gruñó la bocona de mi hermana—. Estás perdiendo demasiado tiempo.

Mila abrió los ojos y parpadeó hacia mí. La vergüenza estaba pintada en su rostro, mientras miraba de reojo a mi hermana.

—Será mejor que te vayas. —Su voz fue tensa.

—Sí —dije sin ponerle muchas ganas—. ¿Tienes tu pistola?

—Sí, la tengo guardada en mi bolso.

—Perfecto, me quedaré más tranquilo si estás aquí con mi hermana.

—Cuídate. —Mi mirada se fijó en su boca a medida que hablaba—. Y vuelve con Alexander.

—Lo haré.

Di un paso hacia atrás, rompiendo nuestra mirada. Me enderecé. Mis músculos se tensaron, aferrándose, mientras intentaba salir de allí sin mirar atrás.

Cerré la puerta detrás de mí y de inmediato metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones para buscar mi móvil. Marqué el número de Petrov y recé en silencio. No podía creer que Alex se fuera sin avisar, nunca haría algo tan estúpido. Él era más calculador y más cuidadoso que yo.

—¿Qué pasa, Karim?

—¿Has visto a Alexander? —pregunté mientras miraba como la luz del ascensor parpadeaba siniestramente.

—Lo he visto hace una hora. Estaba con Ánika, ¿pasa algo?

Me atraganté con su nombre:

—¿Ánika?

El temor que había estado burbujeando en mi estómago se multiplicó. Me estremecí mientras la desesperación me inmutó. Una extraña mezcla de incredulidad y asombro inundó mi cuerpo.

—¿Él estaba bien? —Las puertas del ascensor se abrieron y salí mirando a mi alrededor con interés.

—Sí, estaba riendo y hablando bastante tranquilo. ¿Qué pasa?

—Nada, se fue del hotel sin avisarnos —gruñí molesto—. ¿Están en el club ahora mismo?

—No, se fueron nada más llegar. Parecía que estaban buscando algo o a alguien —contestó él.

—¿Sabes a dónde se fueron?

—Bueno, Ánika tiene una mansión fuera de la ciudad. Si quieres te puedo llevar hasta allí.

—Sería de gran ayuda. ¿Sabes algo de Ivanov?

—Hablamos cuando nos vemos.

—Perfecto. No tardaré.

La preocupación entrelazaba mis pensamientos. Alex estaba con Ánika y su vida podría estar en peligro.

Caminé por el estrecho pasillo arrastrando los dedos contra la pared. Dentro de mí se desenvolvía una sensación extraña. Recuerdos, reflexiones, pensamientos, dudas; todo aquello se arremolinaba en mi mente y me sentía agobiado, como si alguien me estuviera ahogando.

Desvíe la mirada hacia la puerta del hotel y caminé hasta allí. Salí a la calle y llamé un taxi.

—Hemos llegado —avisó el taxista.

Le pagué y me bajé de inmediato. Escondí la pistola debajo de mi camiseta y miré con furia la entrada del bar. Odiaba estar de nuevo allí, cada vez que ese cartel se topaba con mis ojos, los recuerdos se hacían presentes.

El frío viento movía mi ropa y enfrió el sudor que había en mi espalda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero, como si intentara salir y huir.

Tragando saliva, caminé hasta allí y entré antes de dudar de mi decisión. Un aire cálido golpeó de lleno mi cara y el humo rodeó mi cuerpo al ritmo de la música tradicional rusa.

El ambiente estaba animado y las camareras se movían de un lado a otro como felinas, pavoneando su trasero bajo las miradas

hambrientas de los clientes.

Escudriñé la multitud, conociendo muy bien el estado de ánimo de la clientela. Había juerguistas borrachos que solo buscaban una diversión placentera y mujeres que se ofrecían a cambio de alcohol y drogas.

Mi estómago se retorció, no cabía duda de que Mila llamaría la atención vestida con tan poca ropa. Las camareras tenían que mantener a los clientes contentos y Mila iba a ser una de ellas.

Busqué con la mirada a mi amigo, sin llamar mucho la atención. Lo único que no necesitaba eran problemas con los hombres de Ánika. Mi odio hacia esa mujer no tenía límites, sin embargo, no podía matarla. La necesitaba para empezar una guerra entre los dos clanes, entre Ivanov y Urlenko. Ella era la clave para que mi plan funcionase, ella iba a pagar por todo el daño que nos había hecho a Mila y a mí.

—Karim. —Petrov me agarró por el brazo y me llevó con él—. No pueden verte aquí.

Me guio por un oscuro pasillo hasta que llegó delante de una puerta de hierro.

—¿A dónde vamos? —pregunté mirándolo.

—Encontré a Ivanov y puedo llevarte hasta allí. —Agitó su cabeza—. Dime cuál es tu plan.

—Empezar a matar...

Él empujó la puerta y lo seguí hasta su coche.

—Tu plan es arriesgado y necesitas ayuda. Aquí han cambiado muchas cosas. —Me miró con preocupación.

—Puedo solo, no quiero poner en riesgo la vida de nadie.

—Es muy peligroso, Karim. Ahora tienen asesinos contratados, asesinos entrenados para matar. Tienen policías que los cubren y altos cargos que les hacen favores a cambio de dinero. No puedes confiar en nadie.

—Entiendo, pero tampoco puedo pedir ayuda. Todos saben que estoy muerto.

—Si tienes dinero, yo puedo conseguirte todo lo que necesitas. Mis hombres estaban esperando una oportunidad así. Vamos. —Gesticuló hacia el coche.

—Perfecto. —Pensé un minuto—. Entonces necesitareé armas.

—Tengo de todo, pero tenemos que tener mucho cuidado. Ánika está en alerta por algo que pasó estos días. —Hizo una pausa—. Creo que tiene que ver con la escapada de Alexander.

—Tengo que encontrarlo. Su futuro hijo necesita un padre.

Capítulo 22

El viaje a lo largo de la ciudad de Moscú fue lento, pero tuve tiempo para ponerme al día con la situación actual de los negocios ilegales. Tanto Ivanov como Urlenko usaban la fuerza y las amenazas para asustar a los pequeños comerciantes que intentaban llegar a fin de mes. Empleaban las tiendas para lavar dinero y hacer negocios sin levantar sospechas.

Veinte minutos más tarde, Petrov detuvo el coche delante de una cabaña de madera construida al estilo de una casa de campo rústica, en el medio de un pequeño bosque situado en tierra forestal.

La tarde era fría y oscura. Los rayos del sol jugaban entre las ramas de los árboles agitados por el viento, sin embargo, las nubes grises hacían que todo se pareciera a una fotografía en blanco y negro.

Me bajé del coche y seguí a Petrov a través del sendero, haciendo tan poco ruido como fuera posible.

—Todos están dentro —dijo antes de abrir la puerta.

Crucé el umbral y me quedé pasmado cuando vi solo tres chicas rubias en el interior.

Me aclaré la garganta y miré a Petrov por encima de mi hombro derecho.

—¿Chicas? —Intenté borrar la sorpresa de mi cara, pero no pude.

—No entiendo por qué te extraña. Sabes muy bien que el gobierno ruso las entrena como espías, sin embargo, no todas consiguen entrar en la federación. Las que se quedan fuera, son reclutadas por Ivanov, Urlenko y yo.

—Entiendo, ¿pero son de confiar? Sé perfectamente qué clase de

entrenamiento tienen que soportar y los abusos que sufren, les cambian las perspectivas de vida. Llegan a tomar decisiones arriesgadas y bastante precipitadas. Por eso no son servibles como asesinas.

—Son de confiar. —Me dio una palmada en el hombro—. Y créeme que no dudarán apretar el gatillo si hace falta.

—Bien... —Dejé caer mis hombros hacia abajo—. ¿Hablan inglés?

—Solo ruso.

—Perfecto, no me gusta cuando se enteran de todo. Están aquí para cumplir órdenes.

—Supongo que tienes razón. Sígueme, te enseñaré mi tesoro.

Deslicé un pie delante de otro y mis ojos se movían por todas partes. La casa era pequeña, sin embargo, el pasillo que la atravesaba parecía no tener fin.

Finalmente, Petrov se detuvo frente a una puerta de madera maciza. Tiró de ella y miré en el interior. Mis ojos escanearon cautelosos. Dentro había bastante arsenal para empezar una guerra. La adrenalina cobró vida y recorrió mi cuerpo entero, y las ganas de matar brotaron con una fuerza increíble. La última vez que había sentido algo parecido fue hace un año.

—No me lo puedo creer.

—Lo siento, Karim. Tu cabeza está en juego ahora mismo. Vales más dinero muerto que vivo.

—Alexander terminó su venganza. Todos nuestros enemigos están muertos.

—Lo sé, sin embargo, recibo amenazas y mis hombres encontraron pruebas concluyentes. No sabemos de quién se trata, pero saben que eres amigo de Alexander.

—Iré con cuidado y mataré a cualquiera que se atreva a cruzarse en mi camino.

—¿Qué te parece?

Me di la vuelta y esboqué una sonrisa de satisfacción.

—Esto es más de lo que necesito. ¿Cómo demonios conseguiste tantas armas? —Estiré una mano y recorrí la mesa que estaba a mi lado con los dedos—. Tienen el logo de la asociación...

La expresión de Petrov se aclaró.

—Tengo mis recursos, sin embargo, necesitaremos más de lo que ves aquí. —Me dio una mirada en blanco.

—¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás cuando llegaremos allí.

—Antes tengo que encontrar a Alex —chasqueé la lengua—. Él es mi prioridad ahora mismo.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, aprecio todo lo que haces por mí. No me quedan muchos amigos.

—Hago lo que haría cualquier compañero y amigo, Karim. Salvaste una vez mi vida. —Se acercó y me dio una palmada en el hombro—. Gracias a ti estoy vivo.

—Karim, despierta.

Abrí los ojos y me senté rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos. No es seguro para nosotros quedarnos aquí —dijo Petrov y dejó una pistola a mi lado—. Todo está cargado en el coche. Vamos, las chicas ya han salido.

—¿Quién nos sigue? —Guardé la pistola—. ¿Cómo saben que estamos aquí?

—Luego te lo cuento. —Evité mirarme a los ojos.

—Habla, Petrov —dije, descargando mi frustración en él.

—Es Alexander... —Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí—. Viene hacia aquí con Ánika.

—¿Qué mierda me estás contando? —vociferé—. Él nunca haría algo así.

—Cálmate, joder. —Su voz era suave, demasiado suave—. Pienso lo mismo que tú, solo que... —Las palabras quedaron suspendidas en el

aire.

—¿Qué?

—Todo esto es muy extraño. Primero dices que desapareció, luego lo vi bastante feliz con Ánika y ahora viene a por nosotros...

—¿Qué insinúas? —Ladeé la cabeza y lo miré directamente a los ojos.

—No insinúo nada, Karim, pero parece que está con ellos —atajó hablando bastante rápido.

—No lo vuelvas a decir nunca más. Él nunca nos traicionaría. Ama a mi hermana más que a su vida y pronto será padre. Estoy seguro de que algo pasó. Por alguna razón está haciendo esto.

—¿Y cuál es? Sabes que lo considero un buen amigo. —Puso una mano en mi hombro.

—No lo sé, Petrov, pero pienso averiguarlo. Vamos a seguir con nuestro plan, algo se me ocurrirá —dije y él abrió la puerta.

—Entonces, sígueme.

Mientras caminaba a su lado, mi móvil empezó a sonar. Lo saqué de mi bolsillo y la cara preciosa de Mila me observaba desde la pantalla y no pude contener una sonrisa.

—Mila, ¿pasa algo?

—Karim... —Suspiró y casi pude verla pasándose las manos por el pelo—. Alicia está de parto. Estamos en el hospital.

Se quedó en silencio en el otro extremo de la línea.

—¿Cómo es posible? Le queda un mes. ¿Ella está bien? ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien, pero me gustaría que estuvieras aquí. Ella está llorando y no sé cómo lidiar con todo esto. No quiere que su hijo nazca sin su padre.

—Mila... —suspiré—. Haré todo lo posible para encontrarlo. Cuídala, por favor.

—Lo haré. Vuelve cuanto antes, te echo de menos.

—Yo también, pequeña. —Tragué saliva—. Yo también.

Corté la llamada y guardé el móvil. Miré mis manos temblorosas y respiré hondo varias veces. Tenía que actuar con rapidez y encontrar a Alex.

Capítulo 23

Tiré la colilla al suelo y solté el humo de golpe, ignorando las cosquillas que había sentido cuando rozó mis labios secos. Escaneé el perímetro con detenimiento, mirando hacia el enorme muro de piedra que rodeaba el lugar y, al hacerlo, recuerdos enterrados brotaron en mis pensamientos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté mientras cargaba mi pistola—. Lo hago por ti, pero necesito más información. ¿De quién es esta casa? Si vamos a matar a alguien, necesito saber si merece morir. Es tu misión, Ánika. Sabes que no puedo llamar la atención. No quiero tener a medio Rusia detrás de mí. Mis jefes...

—Tranquilo. —Me besó y sonrió contra mis labios—. Es un político corrupto y, además, trata a las mujeres como si fueran trapos. Una de mis amigas fue raptada por sus hombres hace unas semanas y terminó mal. La violaron, le pegaron y la torturaron.

—¿Amigas? No me mientas, Ánika. Tú no tienes amigas.

—Sí que tengo amigas. Que no las veas no significa que no estén.

—Detrás de ti.

—Gracias, hacemos buena pareja. Tú tienes entrenamiento y eres inteligente. Yo mato a sangre fría.

Finalmente, en cuestión de minutos, los recuerdos se esfumaron y mi visión se normalizó. Sentía una furia incontenible y cargada de deseo de venganza. Esa mujer había sacado lo peor de mí. Muchas

veces me pregunté si había algo dentro que deseaba salir. Mis emociones cambiaron cuando apreté el gatillo por primera vez. Todas las noches miraba el fantasma de esa persona y me sentía decepcionado conmigo mismo y me odiaba. Durante años, reprimí los recuerdos y los oculté, en vez de enfrentarme a ellos y ponerle cara y nombre.

Sin embargo, Mila sacaba lo mejor de mí. Empecé a conocerme, a darme otra oportunidad. Me devolvió la sonrisa, que tiempo atrás había perdido entre balas y asesinatos. Y cuando estamos juntos, nos convertimos en mejores personas, llenas de amor y comprensión mutua.

—Karim...

Tan pronto como escuché la voz de Petrov, me espabilé de una vez, sacudiendo un poco mis hombros.

—Tenías razón —dije mientras observaba con atención el techo de la mansión—. Esta parece una fortaleza.

—¿Cómo entraremos? A mí no se me ocurre nada. —Se encogió de hombros.

—Ya encontraremos una entrada. Ahora vamos a echar un vistazo alrededor, necesitamos hallar un buen escondite.

Coloqué mejor la pistola y seguí el camino que descendía sinuoso hasta la entrada del pequeño bosque que había alrededor de la mansión. El paisaje era de ensueño y me hubiera gustado estar allí para disfrutarlo, no para encontrar una manera de matar a Ivanov.

Tantas veces seguidas estuve en peligro, tantas veces me sentí sin escapatoria y tantas veces pensé que había llegado mi fin. Solo necesitaba una turbia posibilidad de que todo estuviera bien, y que el siguiente instante que viviría no fuera el último.

Los recientes acontecimientos cambiaron mi plan y el giro que había dado era aún más temerario. La única manera de acabar con toda esa inseguridad consistía en eliminarlos a todos. Solo me tranquilizaba saber que Mila ya no trabajaría en ese club.

Nada salió como había planeado.

—¿Qué te parece si las chicas rodean el perímetro y lo vigilan? —preguntó Petrov.

—Me parece bien.

Mientras él hablaba con las chicas, yo me encargué de esconder los coches. Era mejor esperar hasta al día siguiente y entrar en la mansión a primera hora de la mañana. Era imprudente hacerlo por la noche, no estábamos equipados y además no conocíamos la zona.

—Las chicas no han regresado y no puedo contactar con ellas. No quiero pensar que les haya pasado algo —dijo Petrov.

No necesitaba mirarlo para saber que estaba preocupado.

—Llevan demasiado tiempo sin dar señales de vida. —Me agaché para echar más leña al fuego.

Una sensación de malestar me invadió y volví la cabeza impulsado por la inquietud para mirar a nuestro alrededor. No alcanzaba a vislumbrar a demasiada distancia a causa de la oscuridad, sin embargo, había una extraña falta de agitación en aquel lugar tan sombrío.

—Debería echar un vistazo —dijo angustiada.

—Voy contigo.

—No os mováis. —La voz estridente de una mujer llegó a mis oídos —. Las manos arriba.

Petrov y yo intercambiamos una mirada sombría; alguien nos había descubierto. Me levanté con cuidado y lo que vi me congeló el corazón. Delante de nosotros estaban los cuerpos sin vida de esas pobres chicas, las habían matado a sangre fría. Mi cabeza era un torbellino de ideas, ninguna coherente. La sensación de estar completamente desprotegido me invadió. Pero no podía sentirme débil porque eso podría suponer mi final y la incapacidad de hacer lo que debía.

Mi amigo, con la mirada fija en el suelo, levantó las manos en el aire y soltó un fuerte gruñido.

—Tú también —ordenó la mujer, con un brillo perverso en sus ojos.

Me apuntó con una pistola mirándome fijamente a los ojos y se quedó quieta como una estatua de piedra.

Justo cuando levanté las manos, un sonido sordo acompañado de luces de linternas se aproximaron a las tiendas. Varios hombres armados y encapuchados entraron en mi campo de visión y se pararon delante de nosotros.

Solté un audible suspiro, sintiendo cómo me atragantaba. Apreté con fuerza mi mandíbula, miré a mi lado y vi la gélida mirada de Petrov clavada en mí, buscando mi consentimiento. No podía hacerlo, éramos solo dos y, además, él no llevaba pistola encima. La había tirado al suelo.

El estruendo de botas que golpeaban contra el suelo llamó mi atención; alguien más se acercaba. Los hombres se apartaron y dejaron a la vista a Ánika, mi peor pesadilla.

Di un paso hacia atrás, electrificado.

Un extraño escalofrío se deslizó por mi columna vertebral cuando vi a Alex a su lado. Una sospecha imposible revoloteó en mi mente, pero la alejé. No podía dudar de él. No tenía ninguna razón para hacerlo, Alex era mi mejor amigo.

Se veía tranquilo, sin embargo, su rostro serio expresaba peligro.

—Gracias, Alex —dijo Ánika en ruso y le dio un beso en la mejilla—. Me ayudaste a encontrarlo, ahora puedes estar tranquilo. Los hombres que estaban vigilando a tu chica ya se fueron.

Los ojos de Alex se apresuraron a los míos y apretó los puños. Por detrás de su inconfundible ira, vi profunda tristeza.

—Mi querido Karim...

Ánika se alejó de Alex y se abrió paso entre sus hombres. Llegó delante de mí y sacó su pistola. El tiempo pareció expandirse, desacelerándose hasta casi detenerse.

Su mirada se ensombreció y, antes de que pudiera contestar, ella golpeó mi mejilla con el frío metal de su arma.

—Eres difícil de matar.

Pronunció una detestable y poco divertida risa.

—Pero tú no. —Escupí sangre—. Cuando mi pistola se quede sin balas, será porque todas estarán en tu puto corazón.

—Me gustaría matarte ahora mismo —dijo ella y se agachó para coger mi barbilla con sus dedos fríos—. Pero tengo planes contigo.

Me dio un beso en los labios y con un grito de rabia me empujó hacia atrás. Secó la sangre con el dorso de su mano y retrocedió.

—Tenemos que irnos, Ánika —dijo Alexander—. Los hombres de Ivanov pueden aparecer en cualquier momento.

Los contornos de su rostro se endurecieron.

—Tienes razón, Alex. Quiero pillar a ese viejo desprevenido. Nadie sospecharía que fuimos nosotros.

Alex sacudió la cabeza algo exasperado.

—No vas a salirte con la tuya, Ánika —dije con la boca seca y el cuerpo acalorado—. Me aseguraré de matarte antes de que lo consigas.

Ella se pavoneó al lado de Alex y se posicionó delante de él, dándole una sonrisa lobuna. Le susurró algo al oído y sus ojos se abrieron en horror.

—Llévalo al coche —ordenó ella. Giró la cabeza y me miró. La sonrisa regresó junto con un loco brillo en sus ojos.

Alex asintió con la mirada fija en mí. Se acercó y, antes de agarrarme por los brazos, me guiñó un ojo.

—No hagas nada —susurró mientras sacaba unas esposas.

Bajé las manos y las junté.

—Alicia está...

—Ella está bien, ahora sí —dijo él en voz baja.

—Me llamó Mila, están en el hospital.

Frunció el entrecejo y dio un paso hacia delante. Me agarró por los hombros y me miró a los ojos.

—¿Pasa algo? —Su voz era suave.

—Mi hermana está de parto.

Me miró y arrugó el rostro con un gesto de preocupación.

—Mierda... y nosotros aquí —masculló.

Los hombres de Ánika nos miraron con sospecha y supe que tenía que hacer algo al respecto para salvarnos la vida. Le guiñé un ojo a mi amigo y me moví alrededor de él, inclinando el cuerpo mientras me aproximaba para pegarle con fuerza en el estómago.

Un puño duro como la piedra restalló en mi cara, perdí el equilibrio y caí pesadamente al suelo. Solté un audible suspiro, sintiendo como

me atragantaba y me puse de pie.

Miré a mi derecha y vi la gélida mirada de Alex clavada en mí, dándome un seco asentimiento para seguir. Corté el aire con mi codo para impactarlo en su costado derecho y me volteé con agilidad para coger su arma.

De un tirón me la arrebató y me dio con la punta en la cabeza.

—Basta, Alex —masculló Ánika—. Lo necesitamos vivo.

Alexander retrocedió y sonrió con cinismo.

Guardó la pistola y volteó su rostro bruscamente.

—Me tengo que ir —dijo con voz de mando.

—No puedes irte, te necesito.

Ánika se colgó de su brazo y le acarició el pecho con las uñas.

—No tardaré, tengo un asunto pendiente.

—Espero que así sea. Ya sabes dónde encontrarnos.

Alex me miró por última vez y luego dio la vuelta. Llegaría a tiempo al hospital y eso era lo más importante; mi hermana no estaría sola en el momento más feliz de su vida.

Cegado por el deseo de mantener a salvo a las dos chicas que más quería y para proteger al nuevo miembro de la familia, había hecho lo correcto.

—Muévete.

Uno de los hombres me empujó y eso hizo que mis manos se apretaran involuntariamente. Estaba atrapado en una situación imposible y sin salida. Solo tenía que apagar mi sensibilidad y mis sentimientos para sobrevivir.

Ser insensible tenía sus beneficios y, aunque no quería volver a ser ese hombre frío y despiadado, tenía que hacerlo. Era la única forma; ocultarme tras una máscara de seriedad y buscar refugio.

Capítulo 24

Las botas de Ánika resonaron en el camino de piedras que rodeaba el campamento. Había cuatro tiendas de acampada y bastante movimiento de hombres armados. Era imposible salir de allí con vida si intentaba fugarme.

Ánika me empujó hacia abajo para sentarme al lado de la hoguera. No levanté la mirada hacia ella. En su lugar, cerré mis ojos y respiré hondo.

— ¿Qué quieres hacer conmigo? — Mi voz ronca era tranquila.

— Te necesito para llevar a cabo mi venganza, luego te mataré. — Me miró con la cara desencajada por el odio.

— ¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte?

— Lo harás si quieres que ella siga con vida.

Clavé la mirada en su rostro y detecté un esbozo de una sonrisa maligna, enfermiza. Tragué saliva y concluí que no era un buen momento para razonar con ella. Diablos, tenía que haberme dado cuenta de que no sería tan fácil engañarla.

— ¿Ella? — murmuré.

— ¿Crees que soy tonta? — masculló, entornando los ojos como una salvaje—. Por algo terminé el entrenamiento con vida... Sobreviví a los abusos, a la tortura, a los golpes y a las interminables clases de Psicología. — Acarició mis labios y di un respingo—. Te gustaba cuando hacía esto... — Retiró la mano.

— Crearon una máquina de matar...

— Tenía sentimientos por ti.

— ¿Sentimientos? Solo recibiste un rol encubierto con instrucciones

para matarme. Manejaste tu nueva identidad con naturaleza y llevaste una vida paralela mientras estuvimos juntos. —Las palabras sonaron vibrantes entre mis dientes.

—Verdad... —dijo con voz seca—. Y también es verdad que la quieres. Cuando la entrevisté, su comportamiento la delató inconscientemente. Estuvo a la defensiva y controló mucho la expresión de su rostro. Sonrió sin emoción y evitó sentarse frente a mí. Sus respuestas evasivas me hicieron dudar. Tan solo bastó decir tu nombre en voz alta para darme cuenta de que los rumores eran verdaderos.

—¿Qué rumores? —pregunté tenso y enfurecido.

—Que ese día no te maté y que sobreviviste, que alguien te sacó con vida del bar... —Su mandíbula se tensó—. Y ese alguien fue Petrov.

—Ni se te ocurra matarlo —gruñí.

—Tranquilo, de momento os necesito a los dos con vida. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de tu novia.

—No la toques o te juro que...

—¿Qué vas a hacer? —Agarró con fuerza mi barbilla—. Esta vez no voy a fallar. Esta vez... —acercó sus labios a mi oído— te mataré.

Sus palabras produjeron un efecto inmediato y el desprecio me inundó como un torrente gélido, y me levanté de un salto. Mi mandíbula se tensó y respiré hondo para calmarme.

—Hazlo, ¿qué esperas?

—Todo a su tiempo. —Se limitó a responder y se acercó—. La amas...

—No es de tu incumbencia, cállate —dije sin tomar aire.

Torció la boca y se apartó.

—Descansa, mañana te espera un día duro.

Acto seguido, dio la vuelta y se fue sin esperar respuesta.

Me senté frente al fuego y pensé en Mila. No quería ahogarme en el pasado para recordarme que no podía escaparme de mis errores. Me sentía rodeado de un mar de gritos y muertes. Mi estómago se revolvió y una sensación fría se cernió sobre mí. Mila estaba en peligro y yo no podía hacer nada para salvarla.

—Despierta.

Sentí una fuerte sacudida y abrí los ojos de golpe.

—Estoy despierto —mascullé.

El hombre se agachó y me agarró por los hombros para ponerme de pie.

—Camina, no tenemos todo el día. —Me empujó.

Llegamos delante de los coches y me zafé de su agarre. El lugar estaba lleno de hombres y mujeres armados. Junto con ellos estaba Ánika, luciendo como un demonio en guerra.

Caminó hacia mí y me agarró por el brazo. Abrió la puerta del coche más cercano y me metió dentro. Se deslizó en el interior a mi lado y me miró fijamente.

—¿Dormiste bien? —Acarició mi cabello.

—De maravilla. —Eché la cabeza con pesadez hacia atrás y lancé un suspiro—. ¿A dónde vamos?

—A visitar un viejo amigo. —Se relamió los labios—. Tiene ganas de volver a verte.

—No tengo ganas de ver a nadie.

Cerré los ojos, una parte de mi mente quería aprovechar cualquier despiste para escaparme, y la otra parte sabía con certeza que no tenía ninguna oportunidad contra ellos.

—¿Ni siquiera a Urlenko?

—Él nunca da la cara.

—Esta vez lo hará. Quiere verte, de hecho quiere proponerte un trato —dijo con la respiración agitada—. Si fuera por mí, nada de esto hubiera pasado. Mi objetivo es Ivanov, y tú, Karim, eres el único quien puede matarlo. A nosotros nos tiene bastante bien vigilados.

—¿Urlenko te controla? Y yo que pensaba que nadie podía hacerlo. ¿No dijiste que eres un *svobodnaya ptitsa*[5]?

—Soy un pájaro libre —dijo, rechinando los dientes.

—No lo parece.

La miré de reojo y me pregunté cómo había sido tan ciego para confiar en una espía del Gobierno ruso. Su cabello caía en una

hermosa trenza, dejando ya algunos mechones rebeldes salir sin control, y la falta de maquillaje en su rostro dejaron entrever unas oscuras bolsas bajo sus ojos. Tenía los labios de un tono rosa tan pálido que apenas se distinguían y su rostro mostraba una expresión vacía y carente de sentimientos. Su aspecto descuidado no tenía que ver con su interior vacío y oscuro. Esa mujer era incapaz de sentir compasión por alguien; un soldado programado para matar y destruir.

Cerré los ojos y en un instante el entorno vibró de tal forma que lo único que se escuchaba era un zumbido ensordecedor.

—¿Qué mierda? —Ánika sacó su pistola y miró por encima de mi hombro derecho.

De la nada, una gran camioneta adelantó disparada nuestro coche y frenó bruscamente, dejando atrás una nube de humo negro. El terrible crujido y el chirrido del metal desgarrador sonó en mis oídos cuando esos dos autos turismo chocaron.

Alguien estaba intentando pararnos y rezaba que fuera Alexander.

—Sal de aquí —le gritó Ánika al chofer y bajó la ventana del coche —. ¡Ahora!

—Lo intento —siseó el chofer, luchando con el volante.

Ella empezó disparar y lo único que pude hacer fue agacharme y esperar.

Sentí otro golpe y el coche empezó a dar vueltas chocando con los demás. Los cristales reventaron y el aire fresco golpeó con fuerza mi cara.

Nuestro coche viró a la derecha y voló hacia un bordillo. Saltó la barrera y salió disparado hacia un panel publicitario. No tuve tiempo a reaccionar cuando nos estrellamos contra un árbol. El impacto me dejó sin aire. Mi cara estaba adormecida, paralizada, entumecida.

Después de una eternidad, vi a Ánika agacharse para coger una bolsa negra que había debajo de su asiento y abrir la puerta del coche.

—Quédate aquí y no salgas —graznó.

—No pienso moverme de aquí, pero quítame las esposas.

Con esfuerzo, levanté las manos en el aire y gemí de dolor. Mi

corazón golpeaba el pecho con fuerza y mi rostro sangraba. Me había magullado bastante; tener las manos esposadas y sin cinturón de seguridad hizo que mi cuerpo se moviera de un lado a otro.

—No tengo tiempo —maldijo en voz baja mientras cargaba frenéticamente su pistola.

Una gota carmesí goteaba desde su sien hasta su mejilla expuesta, como una lágrima. Era la primera vez que la veía vulnerable, rendida y con una mirada asustada.

—¡Sácame de aquí! —Mi ira aumentó.

Ella respondió con un fuerte golpe en mis costillas adoloridas, que me envió al suelo del coche. Jadeando, me empujé hacia arriba.

Me apuntó con la pistola y silbó entre dientes.

—Debería matarte ahora mismo. —Su expresión se volvió una mueca.

—Hazlo.

Mi aliento quedó atrapado. No era la primera vez que me encontraba en una situación así. Siempre había salido con vida, sin embargo, en esta ocasión, no veía una salida.

—No voy a darte este gusto, no te mereces una muerte tranquila, rápida y sin dolor. —Se giró y abrió la puerta del coche.

Con un grito de rabia, saltó hacia afuera.

Se escucharon disparos, las balas silbaban en el aire y golpeaban el vehículo.

Me sentía agitado y confundido, pero logré mantener mis ojos abiertos. Al intentar calmarme, pude ver una silueta delgada en movimiento, y fue entonces cuando una voz, aquella voz tan inconfundible, me habló.

—Karim, ¿estás bien? Aguanta ahí... ¿me escuchas?

—Mila...

Capítulo 25

Con mucho cuidado, Mila me alisó el pelo y me miró a los ojos.

—¿Estás herido? —Sus pestañas se sacudieron.

—¿Estoy soñando? Me golpeé la cabeza y..

—No estás soñando —respondió Victoria—. Sal de este puto coche ahora mismo. Está a punto de explotar.

Alcé la cabeza y fruncí ligeramente el entrecejo.

—¿Qué haces aquí? —Me aclaré la garganta—. ¿Cuándo llegaste a Rusia?

—Luego te lo cuento. —Me agarró por el brazo—. Lo importante es sacarte de aquí.

Entre las dos me arrastraron lejos y me llevaron al otro lado de la carretera. Me incorporé para sentarme y cerré los ojos con fuerza cuando escuché una explosión. El coche se incendió en una bola ardiente de llama naranja, ondeando hacia afuera, y el ruido reverberó sobre los alrededores como un trueno.

—¿Estáis bien? —Tosí, haciendo una mueca de dolor.

Me giré hacia ellas y las miré con preocupación.

—Estamos bien —contestó Mila mientras estudiaba mi rostro—. Alex nos contó lo que había pasado, lo de Ánika... La odio.

—Ey, ya pasó. —Mi garganta quemaba, pero seguí hablando—. Está muerta, ¿verdad?

—No —gruñó Victoria—. Esa maldita mujer consiguió salir de aquí con vida.

—Ya tendrá su merecido —dije con voz ronca—. Mila, tengo que decirte algo.

—Dime.

—No tenemos tiempo, Karim. Alexander nos espera y tenemos que escondernos. —Victoria tocó mi hombro y apretó los labios.

Asentí con la cabeza y, sin perder más segundos, me puse de pie. Me aferré a la cintura de Mila y coloqué mi cabeza en su hombro.

—¿Cómo está mi hermana? ¿Llegó a tiempo Alexander?

—Sí, fue muy hermoso todo. —Su mirada cayó al suelo—. El niño es precioso.

—¿Qué pasa? — Levanté su barbilla para mirarla.

—Son tan felices a pesar de todo lo que les cae encima y me alegro por ellos, pero...

—Mila, háblame.

—Me pregunto si voy a tener una familia, si voy a ser feliz como ellos. ¿Tendré tranquilidad y amor en el futuro?

—Mila... —Tomé su rostro en mis manos—. Vas a tener eso y mucho más.

Sus labios se abrieron, pero no emitieron sonido. Me di cuenta de que era yo quien debía dar el primer paso, y no tardé en hacerlo. Bajé mi boca a la suya y la besé. Ella me devolvió el beso, sus labios se movían contra los míos mientras su lengua se arrastraba dentro. Me succionó el labio inferior y mordió la carne, suave. El ardor del dolor fue caliente y olvidé por un instante dónde estaba.

Victoria silbó y rompí el beso con desgana, incapaz de mantener las manos alejadas del sedoso cabello de Mila. Lo había desordenado, pero a ella parecía no importar.

—Nos tenemos que ir —le dije con pesar.

—Sí.

Se echó hacia atrás y se puso rígida. Me agarró por el brazo y caminó en silencio a mi lado.

No hablamos, no parecía ser necesario. Mi corazón se oprimió y resistí la tentación de volver a besarla.

La caminata fue rápida porque hacía frío y había empezado a nevar. El vaho que se filtraba por mi boca y salía expedido en una lenta exhalación me consumía. Mi cuerpo, entumecido por el frío y por los golpes recibidos, había entrado en un estado de trance.

Mila me ayudó a subir en el coche y se sentó a mi lado. Tomé sus manos frías y las llevé a mis labios. Soplé aire candente y besé sus dedos.

—Necesitas una ducha caliente y una buena siesta —susurré.

Ella me miró por un largo minuto y luego presionó un beso en mi mejilla.

—Tú también.

—Tenemos que pasar por el hospital para recoger a Alexander —avisó Victoria y arrancó el motor del coche—. Luego seguimos con mi plan.

—¿Tu plan? —siseé con cuidado de mantener mi voz baja.

—Sí, porque el tuyo no funciona —contestó y giró la cabeza para mirarme.

—La vista al frente, aún tengo secuelas. La última vez casi me matas.

—¿Qué culpa tengo yo de que ese coche haya aparecido de la nada?

—Tenías que ceder el paso —gruñí.

—Lo que tú digas.

Mila tomó una respiración temblorosa e irguió sus hombros. Su mentón se levantó en mi dirección y me encontré seducido por esos labios de nuevo. Quería besarla. Quería tomar su barbilla entre mis manos y pasar un pulgar sobre mi obsesión.

—¿Por qué me besaste? —preguntó y parpadeó hacia mí.

—¿No te gustó? A mí me encantó. Tus besos saben a vida, me hacen olvidar del peligro que me persigue.

—Me gustó, solo que... Es que yo te...

—¡Sacad vuestras pistolas! —chilló Victoria—. Hay dos coches atrás que se acercan demasiado.

Mila se alejó y sacudió su cabeza.

—Esto es imposible —dijo con voz queda mientras cargaba su arma—. Esto... —Alzó la mirada—. No puede pasar.

—¿Qué quieres decir?

Tomé su mano y ella dio un respingo. Negó con la cabeza mientras miraba fijamente su revólver.

—Olvidalo. —Su tono era cortante y totalmente inesperado.

—Mila... —Bajé su pistola con la mano y busqué su mirada—. Quiero que hables conmigo, que me cuentes qué pasa.

—Ahora no.

Se echó hacia atrás y por primera vez me di cuenta de lo agotada que estaba. Sus ojos lucían ensombrecidos por los círculos oscuros debajo de ellos, y algunas líneas tenues marcaban su frente. Sentí una punzada de preocupación desarrollarse en mi vientre, el peligro la perseguía siempre y yo no era capaz de acabar con aquello, de protegerla y mantenerla a salvo.

No obstante, su actitud me hirió. Intentó alejarme y esconder sus sentimientos, como si intentara decirme que no sentía nada por mí. Tal vez debería ser sincero con ella y decirle que me había enamorado, que nunca en la vida había sentido nada igual. Y que todo iba a mil por hora cuando la tenía cerca y que últimamente estaba viajando en una nube.

Abrí la boca para hablar, pero la cerré de nuevo cuando vi a Victoria negando con la cabeza. Mujeres... ¿quién las entiende?

Capítulo 26

—Dispara, Karim. —Victoria me lanzó una mirada por encima de su hombro y vi sus ojos estrecharse—. Reacciona, joder.

Agarré a Mila por los hombros y tiré de ella para ocultarla. La cubrí con mi cuerpo y empecé a disparar por la ventana abierta. Mi mano se sacudía con cada descarga y el eco áspero resonaba en mis oídos. Una entrecortada respiración se me escapó, haciéndome volver al pasado, recordando cada asesinato, cada pedazo de esa desastrosa temporada. El pasado me perseguía en una reñida carrera y aún no tenía claro quién sería el ganador.

El coche nos adelantó y, cuando vi a Urlenko, mi corazón dio un brinco. Ese hombre era el diablo en persona y sabía que iba a ser difícil salir con vida de esa persecución.

—Karim, quítate y déjame ayudar —chilló Mila mientras intentaba empujarme.

—Quiero que te quedes allí. ¿Entendido?

Ella me miró con el ceño fruncido, ligeramente molesta por mi tono elevado de voz y apretó los labios.

—Voy a intentar perderlos, agarraos bien fuerte —gritó Victoria y tiró con fuerza del volante hacia la derecha.

Mi cuerpo se sacudió y abracé a Mila. Ella metió la cabeza en mi pecho y se aferró a mi cuello. El tiempo dejó de existir, solo me importaba mantenerla a salvo y alejar cualquier miedo que sentía.

Tenerla en mis brazos y sentir los latidos de su corazón era el mejor alivio para mis inquietudes. Era como respirar la calma después de una tormenta terrible. Jamás en toda mi vida había sentido nada tan

maravilloso como el contacto de su cuerpo contra el mío. Era más que una sensación sexual, eran deseos de amar, dar y compartir.

Victoria manejó el coche por las calles estrechas de Moscú hasta que los perdió. Estacionó delante del hospital... y Mila salió de mis brazos. Abrió la puerta después de varios intentos y tiró la pistola en el asiento. Se alejó corriendo, como si quisiera desaparecer para siempre.

Bajé de inmediato y quise irme detrás de ella. Victoria rodeó el coche y me agarró por el brazo.

—Déjala sola, lo necesita.

—No puedo, no ahora. Estamos en peligro y..

—Y tranquilízate, ¿quieres? —Soltó mi brazo—. Está asustada, necesita encontrarse consigo misma. Sé que quieres protegerla, pero ahora la estás agobiando.

—Lo sé, pero la amo. Necesito decírselo, quiero que lo sepa. Puede que esto no termine bien.

El pensamiento de decepcionarla me ponía ansioso.

—Entonces, ve tras ella. Necesita saberlo porque seguramente ella también tiene algo que decirte. Es una buena chica y me alegro de haberlos ayudado. —Su voz era profunda y pesada—. Mi guapo asesino... Encontró a una sexy asesina.

—Gracias. Eres una gran jefa y amiga.

—Ahora vete. Estaré con Alexander. —Sonrió—. No tardes, tenemos que salir corriendo de aquí.

—No tardaré.

Miré la entrada del hospital y exhalé. La última vez que estuve allí, probé el sabor amargo de la muerte. Entonces fue cuando me di cuenta de que no podía confiar en nadie y que tenía que dejar este trabajo. Pensé que podrían arrebatarte la vida en un instante y dejar atrás mucho dolor.

Empujé la puerta y el aire caliente golpeó mi cara de pleno. Miré a todos lados, pero no la vi. El hospital era grande y podría estar en cualquier lugar.

Subí a la primera planta y mientras caminaba por el pasillo la buscaba con la mirada. Vi una pequeña capilla y asomé la cabeza. La

vi sentada en un banco y con la cabeza agachada.

Me acerqué sigilosamente y me senté a su lado. Tomé sus manos temblorosas y empecé a frotarlas con suavidad.

—Karim... —Alzó la mirada.

—No hables, por favor —susurré mirándola—. Llevo toda una vida buscando una vía de escape. Todo a mi alrededor se hunde y todo me sale mal. Cuando vi tu rostro por primera vez, tu sonrisa iluminó mi alma. Entonces supe que esa era la sonrisa que quería ver siempre al despertarme durante el resto de mi vida.

—Quiero hablar, Karim. Déjame explicarlo.

—Yo primero...

—Te quiero —dijo con voz trémula—. Quería decirlo antes. —
Sonrió con picardía.

—¿Y cómo sabes que eso era lo que quería decirte?

—Lo supuse. Es así, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa en su tono.

—Te quiero, Mila. Eso quería decirte hoy cuando me sacaste del coche. Quería que lo supieras, estamos en peligro constantemente y puede que... —Calló mis labios su dedo índice.

—Llevo una vida intentando no mirar atrás, sin embargo, el pasado me persigue todos los días. Sé que juntos conseguiremos salir de esto, confié en ti. —Frunció el ceño mientras continuaba—: Solo que estoy asustada, todo nos interrumpe, todo parece estar en nuestra contra.

—Te entiendo. Esta situación no es muy agradable, pero intentaré hacer todo lo posible para conseguir que seamos felices. Como Alexander y mi hermana. Te lo prometo.

Agaché la cabeza para besarla, pero ella protestó.

—Estamos dentro de una capilla y no deberíamos hacer esto —murmuró.

—Tienes razón. —Me puse de pie y estiré una mano. Ven conmigo. Conozco el lugar perfecto.

—Tenemos que ir a por Alexander. Tienes que ver el niño, es precioso.

—Lo haremos luego. Es hora de tener un poco de tiempo para

nosotros.

—Pero estamos en peligro. —Me miró de arriba abajo meneando la cabeza.

No sabía si alguna vez me acostumbraría a lo que sentía cuando me miraba, o la forma en que me hacía sentir. Y por alguna razón, no quería que ese sentimiento desaparezca.

—Lo sé y deja de preocuparte. Solo ven conmigo. Quiero enseñarte algo. Necesito un respiro y tú también.

—Tienes razón. Necesito sentirte cerca —susurró—. Contigo superé el dolor, aprendí a salir de las profundidades, me enamoraste y me diste fuerzas para seguir adelante. Contigo me siento a salvo y feliz.

Su voz rezumaba consuelo y pareció calmar mis inquietudes.

—Es hermoso estar enamorado. —Sonreí—. Vamos.

Capítulo 27

— ¿Estás seguro de que podemos entrar aquí? —preguntó Mila susurrando—. Hace falta una llave y...

—Aquí la tengo. —Se la mostré—. Digamos que aún tengo contactos en Rusia.

Mi corazón comenzó a golpear con entusiasmo cuando ella me inmovilizó con una mirada pícaro, lo que significaba que estaba muy interesada en lo que había detrás de aquella puerta.

—Siempre quise estar en la última planta de un rascacielos — comentó—. Pero no me sueltes, tengo miedo a las alturas.

—Conmigo estás a salvo.

No recordaba la última vez que había estado tan emocionado por hablar con una mujer. Y no con una cualquiera, sino con la mujer que amaba.

Caminó a mi lado con pasos pequeños y, cuando tocó la barandilla de hierro con sus dedos, exhaló.

—Esto es increíble —dijo con entusiasmo—. Este rascacielos tiene una vista impresionante. Tengo a mis pies al Moscú entero.

—Mercury es uno de los rascacielos más altos de Rusia. —Me acerqué y coloqué un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola más cerca—. Cuando me sentía perdido entre las sombras, cuando estaba triste y deprimido, venía aquí y me quedaba horas mirando esta magnífica escena.

—Yo me encerraba en la habitación y bajaba las persianas. Cerraba los ojos para entrar en un mundo de sueños felices.

—Es duro hacer esto, es duro matar.

Ella asintió con la cabeza como si en realidad hubiera oído todas las cosas que yo no había dicho. Me dolía hablar de aquello, de todo lo que tuve que hacer y ella lo entendía muy bien.

—Estamos hechos uno para el otro, Mila —le dije, relajándome un poco—. Quiero lo malo de nosotros, pero también, lo bueno. En realidad lo quiero todo. Voy a intentar hacer que sientas cada día que te quiero. Voy a hacer que descubras cómo soy realmente.

—Hasta ahora me gusta todo —susurró.

La giré despacio y coloqué mis manos en su cintura. Cuando estaba con ella, el mundo desaparecía. Y sabía que mi vida iba a tener un final diferente de lo que me había imaginado hacía un año.

—Te has sonrojado —dije, incapaz de apartar la mirada—. Hay poca luz, pero lo veo perfectamente. Me gusta causar ese efecto en ti.

Estaba bastante cerca para sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa.

—Tus palabras me emocionan mucho y tu cercanía me pone nerviosa —admitió con voz ronca.

—Me encanta la forma en que me miras. Me encanta como transformas un pésimo día en uno radiante. Te quiero —susurré—. Quería compartir esto contigo.

—Gracias, yo también te quiero.

Se aferró a mi cuello y la sentí temblando.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Ven conmigo. Tenemos que bajar una planta y estaremos en el lugar perfecto.

—¿Qué tienes planeado?

—Un amigo mío tiene una *suite* en este edificio y casi siempre está de viaje. Tengo la llave, solo espero que no esté en casa.

Abrí la puerta y saqué la pistola. Mila encendió la luz y caminó detrás de mí mientras comprobaba que estuviéramos solos.

Guardé el arma y me acerqué al pequeño bar que había en el salón.

Stefan siempre compraba el mejor whisky y solo yo sabía dónde lo escondía.

—Parece que estamos solos —murmuró Mila y se apoyó en la barra—. Es extraño y agradable a la vez. Nadie nos puede interrumpir ahora, el tiempo ya no es nuestro enemigo.

—Es verdad—. Llené dos vasos y le sonreí—. Sigo esperando que pase algo.

—Tengo miedo, Karim. —Tomó un sorbo de whisky e hizo una mueca de disgusto—. Sé que quieres terminar con todo esto, pero las cosas han cambiado mucho. Estuviste a punto de morir. Todos te quieren muerto.

—Todos no. Aún tengo amigos aquí que están dispuestos a ayudarme.

—Lo sé, pero no quiero que te enfrentes a Ivanov. Él puede ser un gran hijo de puta.

—Yo también puedo ser uno. Pero no pienses en eso ahora. —Tomé el vaso de whisky y de inmediato le di un buen trago—. Quiero que este momento sea especial.

Me acerqué a ella y agarré sus manos. La atraje a mi lado y la abracé.

—Yo también, pero... —Su pecho se movía mientras suspiraba.

—Pero nada. —Besé su cabello—. Lo sé... mi hermana me lo contó, pero intentaré hacerte disfrutar de este momento.

—¿Lo sabes? —Se apartó y me dio una mirada incisiva.

—Sé que eres virgen. Y si quieres esperar...

—No quiero esperar, no puedo esperar más. Este es el momento perfecto. Llévame a la cama. —Su voz era suave y expresaba una gran cantidad de emoción.

—Por supuesto.

Me acerqué lo suficiente como para cogerle la mano y llevarla conmigo hasta la habitación. La solté y me coloqué frente a ella. La miré a los ojos y permanecí un momento en silencio. Contuve la respiración, era preciosa; sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes la hacían parecerse a una princesa de cuentos.

De pronto, pensé que en la habitación hacía un calor insoportable y

me sofocaba. Necesitaba respirar y pensar. Quería cerrar los ojos y empaparme de ella, pero tenía que controlarme. Me estiré y metí un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Deslicé mi mano debajo de su barbilla y me incliné para susurrar en su oído—: Todo esto me parece irreal. Estoy emocionado.

—¿Por qué dices eso?

—Eres perfecta, Mila y yo...

—Deja de atormentarte tanto y hazme el amor.

Su voz sonó muy ronca y pensé que era posible que nunca hubiera escuchado algo más sensual.

—¿Dando órdenes? —Me quité la chaqueta y la camisa—. Mmm, ¿deseas algo más?

—Quítate toda la ropa.

Enarqué una ceja hacia ella y tembló un poco mientras me acercaba. Vi vulnerabilidad en sus ojos, pero también deseo. No éramos una pareja perfecta, pero teníamos algo especial. Nos amábamos a pesar de todo lo malo que nos rodeaba.

—Lo haré solo si me miras.

Asintió con la cabeza y sus ojos recorrieron mi cuerpo.

—Quiero que sigas con atención mis manos. Quiero sentir las caricias de tus párpados en mi piel. —Empecé a bajar la cremallera de mis pantalones—. No dejes de mirarlas.

Me quité lentamente los pantalones bajo su mirada intensa y tuve la repentina necesidad de reducir la velocidad; ella me miraba sin parpadear.

—Mila... respira, por favor. Me pones muy nervioso.

—Lo siento. —Sus ojos se pusieron grandes—. Es que eso se ve... eso es...

Observé que su mirada se había detenido un buen rato en mi miembro duro y, durante un fugaz segundo, me pregunté si esa era la primera vez que veía a un hombre excitado.

—Ven aquí —ordené.

Sus ojos se cerraron con el sonido de mi voz y dio un paso hacia delante. Mi corazón se rompió. Quería tocarla y besarla. Aparté la

tentadora idea y seguí con el juego.

—Estira las manos.

Ella dudó un instante y luego asintió con rigidez. Abrió los ojos y tomó mis manos. Las suyas temblaban, eran frías y sudadas. Le di un fuerte apretón y las llevé hasta mi miembro.

Una oleada de sangre me bajó hasta el vientre y solté un suspiro.

—Oh... —murmuró—. Es tan dura.

—Sí. Como una pistola. Una vez que empieza a disparar, será difícil controlarla.

—Karim, dime qué tengo que hacer.

—Déjame desnudarte.

Estiré una mano para apartarle la mata de pelo que cubría sus hombros y luego me aparté para darle un poco de respiro.

—Quiero detener el tiempo y mirarte, acariciarte y besarte. Recuerdo cuando te vi por primera vez. Llevabas puesto un vestido negro con deportivas blancas. Tu cabello bailaba sobre los hombros mientras paseabas por el parque de los Patos. El sol acariciaba tu piel y sentí celos.

—Pero... yo pensé que me habías visto en el callejón. ¿Me estabas siguiendo?

—Sí, llevaba días siguiéndote a todas partes. Sé que vives sola, que te llevas muy bien con el panadero, que sueles comprar flores todos los días y que te gusta leer. Sin embargo, te vi asustada. Estabas en alerta continuamente.

—Los hombres de Ivanov me estaban buscando.

—Nunca creí en el amor hasta que te vi. Puede sonar un poco cursi, pero es así. Tenía orden de eliminarte para complacerlos. He matado a muchas personas, pero nunca a mujeres.

—¿Cómo empezaste? ¿Qué sentiste cuando mataste por primera vez? Yo estuve destrozada y durante unos meses tuve pesadillas.

—A mí me obligaron, me metieron dentro de un coche y me llevaron a un campamento donde entrenaban asesinos rusos. Me privaron de libertad y me enseñaron a ser un hijo de puta sin sentimientos. No tuve más remedio que aceptarlo, sabían que tengo una hermana. Mi primer encargo fue difícil. El hombre sobrevivió y

tuvieron que enviar a otro a limpiar detrás de mí. Así conocí a Alex. Él me ayudó a salir y yo le ayudé a esconderse.

—Sabía que existía un lugar así, pero nunca lo vi. A mí me entrenaron aquí, en Rusia...

—No quiero hablar de esto ahora, quiero disfrutar de este momento. Cierra los ojos y déjame borrar para siempre esas pesadillas.

Obedeció y cerró los ojos despacio. Llevaba el cabello suelto y deseaba pasear mi mano por su extensión y sentir el pesado deslizamiento a través de mis dedos. Probablemente, no debería llevar mis pensamientos al límite con ella, pero su olor y su sensualidad me hacían desearla de una manera salvaje.

—Mila...

Le besé primero el labio superior y luego el inferior antes de acariciarlos con mi lengua y atraparlos entre los dientes para mordisquearlos. La calidez de su boca y la forma hábil en que su lengua coqueteó con la mía me dejaron sin aliento. Reduje mi ritmo y levanté sus manos en el aire. Le quité el jersey y, acto seguido, el sujetador, exponiendo sus pechos desnudos.

—Me vuelves loco —susurré.

Tomé sus senos en mis manos y comencé a moldearlos con impaciencia. Mi ritmo cardíaco se disparó y la miré con la respiración alterada. Las yemas de mis dedos le recorrían los pezones en movimientos lentos, dejando a su paso la piel de gallina. Le besé el cuello, la barbilla, subiendo poco a poco a su boca. No podía respirar, mi deseo estaba en llamas.

Le quité los pantalones y las bragas sin dejar de mirarla a los ojos y, cuando estuvo completamente desnuda, la empujé hacia atrás. Chocó contra la cama y se sentó, soltando un suspiro entrecortado.

—Estírate hacia atrás —dije en voz baja.

Cerró los ojos con fuerza y se dejó caer encima del colchón. Me senté a su lado y admiré su cuerpo desnudo.

Apretó los párpados y separó los labios. Tenía la piel ruborizada y respiraba con intensidad.

En aquel momento, no tenía voluntad para nada. Agaché la cabeza

y le besé los labios con suavidad. Ella abrió un poco la boca, dejando mi lengua adentrarse como una loca y probando todo. Gimió bajito y mis manos se movieron hacia abajo, rozando con mis pulgares los huesos de su cuello.

Presioné besos húmedos por su clavícula y comencé a bajar la mano, rozando la suave piel de su vientre, las caderas y por fin sus muslos. Deslicé la lengua por la curvatura de uno de sus pechos y me gané un jadeo. Después de rastrear el pezón, lo chupé con fuerza y lo mordí suavemente. Mi mano en su abdomen subía y bajaba por su piel, acercándose más a su entrepierna.

—Relájate... —susurré en su pecho.

Toqué su clítoris y ella se arqueó. Mi mano no dejó de moverse y mis caricias se convirtieron en círculos profundos. Gimió al instante y dejó caer la cabeza hacia atrás. Su respuesta era como un sueño, como un regalo inesperado de la vida misma. Ella tenía la respiración jadeante y movía la cabeza de un lado a otro; estaba cerca.

De repente se puso rígida y se arqueó, dejando caer la cabeza mientras se corría con un largo y trémulo suspiro. Continué acariciándola para prolongar el clímax, para darle todo el placer que podía, y la imagen que ella me ofrecía hizo que casi me corriera en los calzoncillos.

Poco a poco, la tensión abandonó su cuerpo, dejándola relajada y satisfecha. Abrió los ojos y sonrió con timidez.

Le di un último chupetón a su pezón antes de levantarme para poder sentarme y alcanzar mis pantalones. Metí la mano dentro del bolsillo y saqué mi cartera. Tomé un condón y, después de abrir el envoltorio, lo coloqué rápidamente para que ella se diera cuenta de que estaba igual de ansioso.

Mila se agachó y recorrió la mano sobre la erección cubierta con el condón, la apretó con gentileza y luego se echó hacia atrás. Me miró con unos ojos cálidos y sonrió.

Suspiré de felicidad y lancé mis manos a sus pechos, ahuecándolos. Jadeó cuando me empujé hacia adelante. Besé sus labios y empecé a moverme en círculos, lentos al principio, hasta que su mirada me dijo que quería más.

—Esto es... —dije con la voz estrangulada.

—Es increíble —susurró Mila a través de lo que sonaba como dientes apretados.

—Te gusta, entonces. —Presioné un beso en la comisura de su boca.

—Sí...

La besé lento al principio y luego hambriento, mientras mis manos se deslizaban por sus brazos hasta que nuestros dedos se encontraron y se entrelazaron.

Mi ritmo aumentó cuando empecé a empujar más duro en su interior y mi cuerpo se tensó.

La miré yaciendo debajo de mí y algo en mi interior cambió. La había deseado durante tanto tiempo. Ella era hermosa y, sin lugar a dudas, sensual en una manera que hacía que algo primitivo hablara en cada fibra de mi ser. Me importaba el futuro cuando la miraba y deseaba que nunca dejara de mirarme de la forma en que lo estaba haciendo justo ahora.

Sin dejar de mirarla a los ojos, me retiré para colocarme en su apertura y bajar poco a poco. Nunca había experimentado una sensación de confianza tan completa. Era abrumadora.

Ella gimió, susurró mi nombre y se entregó a mí por completo.

Comencé a moverme con movimientos más profundos y lentos, alcanzando los lugares más secretos de su interior, haciendo desaparecer el dolor.

—Mila... no puedo aguantar más.

Empujé las caderas con fuerza y rapidez y, sin tardar mucho, alcancé el clímax junto con ella. Clavó la uñas en mi espalda y dio un grito de placer.

—Ha sido increíble, Karim —susurró jadeante.

—Lo fue, pero nos tenemos que ir.

Capítulo 28

En el camino de regreso al hospital, Mila revisó los mensajes de su móvil.

—Tengo veinte llamadas perdidas de Victoria y unos diez mensajes de Alex —dijo mirándome por encima de su hombro.

—No te preocupes, no es nada. Yo no tengo ninguna llamada en mi móvil.

Tomé su mano y le sostuve la puerta para entrar.

—Llevamos horas desaparecidos —exhaló con pesar.

—¿Y te arrepientes de algo? —Intenté no estremecerme ante esa posibilidad.

—No —contestó con vehemencia y luego sonrió—. Nunca.

—Te quiero. —Besé su mano.

Su rostro se iluminó y no logró ocultar su tensión. El silencio se prolongó. Al final, ella inhaló, me miró a los ojos y dijo con lentitud.

—Yo también te quiero, pero tengo miedo. —Miró al vacío.

Los sentimientos estallaron en mi pecho y con una mano le ahuequé la mejilla, acariciando su pómulo con mi pulgar.

—Yo también tengo miedo. Nunca estuve enamorado, Mila. Si mi hermana y Alex son felices a pesar de todo, nosotros también lo seremos. Confía en lo que tenemos.

—Trato de creer que esto es real. —Ella hundió los hombros.

—Lo es, y haremos que lo siga siendo.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Victoria mientras se acercaba. Me dio una mirada atormentada y soltó un ruido de desaprobación —. Llevamos horas esperando.

Ella se inclinó hacia adelante mirando entre nosotros, esperando una respuesta.

—Le enseñé a Mila mi lugar favorito de Moscú.

No había una explicación que quisiera compartir con mi jefa. Traté de actuar casual, no quería avergonzar a Mila. Ella agachó la mirada y se mordía las uñas intentando disimular la incomodidad de aquella situación. A pesar de ser una persona fuerte y con la cabeza bien amueblada, su timidez la hacía vulnerable.

—Seguro que le enseñaste todo. —Alexander palmeó mi hombro y Mila se sobresaltó—. Ven aquí, hermano, y dame un abrazo. Soy padre.

—Y yo, tío. ¿Cómo está mi hermana? —Le di un fuerte abrazo. Me sentía orgulloso y emocionado. La felicidad que vivían ellos, me afectaba a mí también y no me quejaba, sino todo lo contrario.

—Ella está bien. Gracias por avisarme. Fui testigo del momento más mágico de mi vida. —Sus ojos se humedecieron—. Mi hijo es hermoso... y...

—No llores ahora. —Me eché a reír.

—Quiero lo mejor para ellos. Son todo lo que tengo en esta vida, y ahora tengo que dejarlos.

—Tranquilo. —Mila se acercó y lo miró a los ojos—. Yo me quedo aquí. Nada malo les pasará.

—Gracias, cuñada. Eres la mejor.

La tomó en brazos y empezó a girar con ella por el pasillo.

—Suéltame, me quedo sin aire —chilló ella riendo.

—Siento interrumpirlos, pero nos tenemos que ir —dijo Victoria con voz grave.

—Iré un momento a ver a mi hermana —avisé y salí corriendo.

Los dejé en la sala de espera y entré en la habitación de mi hermana. Cuando me vio empezó a llorar de felicidad. Mi hermana siempre fue preciosa, pero había algo nuevo en su mirada que la hacía impresionante. Era la misma mirada que tenía nuestra abuela cuando la vio por primera vez y cuando la tuvo en brazos.

—Hermano... —susurró—. Ven aquí y dame un beso.

Tenía al niño dormido en sus brazos y, cuando me acerqué a la

cama, me quedé embobado. Alexander tenía razón, era una pequeña criatura hermosa.

—Se parece tanto a ese idiota —susurré mientras besaba su frente—. ¿Puedo cogerlo?

—Por supuesto.

—No quiero despertarlo. —Lo miré asustado—. Se ve que tiene un sueño profundo. Es todo un angelito.

—No importa, tiene que comer.

—Recuerdo cuando mamá te trajo a casa. No parabas de llorar y tenías tan mala leche. —Esboqué una sonrisa.

—Ey..

—Lo siento, pero es verdad. Espero que se parezca a su padre, porque tú fuiste un verdadero trasto.

—Bueno, un poco sí —admitió y estiró las manos.

Lo tomé en mis brazos con cuidado y cuando se movió lo acerqué rápidamente a mi pecho. Dejó de moverse y estiró una manita. La tomé y acaricié despacio sus dedos pequeños.

—Le dije a Mila que la amo.

—Me alegro mucho, Karim. Ella también te ama.

—¿Cómo lo sabes?

—Vuestro amor es tan evidente. Se nota en las miradas, en los gestos, en todo. Espero que la hayas tratado con cuidado. Ya sabes a qué me refiero.

—Eh... —Me rasqué la nuca—. Hablar contigo de eso me parece raro. Soy mayor que tú.

—La preguntaré a ella entonces. Devuélveme a mi hijo, tienes cosas por hacer. Quiero que volváis sanos y salvos. Quiero irme de aquí cuanto antes. Me tratan bien, pero quiero volver a casa.

—Lo haremos, hermanita. Tener a Victoria con nosotros es un gran alivio. Me alegro mucho por vosotros, ese idiota tiene mucha suerte. No para de sonreír..

—Y yo soy afortunada por haberlo encontrado. Él y mi hijo son todo en esta vida.

—¿Y yo qué?

—Tú eres mi única familia, Karim. Prácticamente me criaste y

cuidaste de mí cuando nuestros padres no lo hicieron. Eres importante para mí y te quiero mucho. Un día tendrás la oportunidad de ser padre y lo harás muy bien.

—Espero que ese día llegué pronto.

Estiró las manos y deposité con cuidado el bebé, sin dejar de mirarlo. Esperaba tener algo así algún día en mis brazos, algo mío y de Mila. La vida nos había castigado a los dos, pero esperaba poner fin a todas las cosas malas que nos perseguían. Ánika estaba viva, Urlenko estaba detrás de mí. De Ivanov aún no sabía nada, pero no tardaría en darse cuenta de que alguien quería matarlo.

Mi única esperanza ahora era Victoria, resultó ser una gran jefa y amiga. Nunca me abandonó y casi siempre salió a defenderme. Era una mujer hermosa y tenía todas las cualidades para enamorar a cualquier hombre. No obstante, su pasado no la dejaba avanzar, ella estaba tan empeñada en pasarse la vida escondiéndose que olvidó una cosa muy importante: los años pasan rápido. Un día encontrará el amor de su vida y yo estaré allí para felicitarla como es debido.

Les di a los dos un beso en la frente y con pocas ganas me alejé de la cama.

—Mila os cuidará. Te quiero, hermanita, no lo olvides.

—Esta no es una despedida, no me hagas llorar, por favor. Aún estoy sensible.

—Lo siento. Volveremos pronto.

Abrí la puerta y vi a Mila caminando hacia mí.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Sí, es un niño precioso. No te preocupes, nada malo pasará. —La abracé con fuerza tomándola por sorpresa—. No me quiero separar de ti nunca. Te amo.

Me alejé y le di un beso en los labios. Me miró con tristeza y luego tapó su boca con la mano. Me miraba como si quisiera grabar mi rostro en su mente, como si acabara de perder algo importante. Su mirada transmitía mucho dolor.

—Cuídate, mi amor —dijo y rompió a llorar.

Estiré una mano para tocarla, pero dio la vuelta y salió corriendo.

—Vamos, Karim, tenemos que irnos —graznó Victoria.

Me quedé mirando a Mila con angustia hasta que desapareció de mi vista. Odiaba el hecho de haberla dejado en ese estado y no me había gustado verla llorar.

—Muévete. —Alexander tiró de mí—. Ánika está aquí.

Capítulo 29

Las silenciosas calles que rodeaban el hospital clínico central de Moscú estaban desiertas. La tarde era aún joven y las sombras, heladas. La nieve cubría como un manto las aceras, ocultando el frío cemento gris. Un viento gélido me levantó la chaqueta por detrás y me estremeció de arriba abajo.

—¿Cómo mierda vamos a salir de esta? — inquirió Alexander mirando a todos lados.

—Tenemos que llamar la atención para hacer que nos sigan — comentó Victoria mientras abría su mochila—. No queremos que entren en el hospital.

—¿Solo tenemos esto? —pregunté mirando las pistolas que había dentro de la mochila.

—De momento, sí. Cuando lleguemos a la cabaña, encontraremos más. Un amigo mío nos dejó una sorpresa. Sabes que los rusos tienen muchos recursos.

—Perfecto. ¿Qué sabes de Petrov? —Le di una mirada fugaz a Alex.

—Está a salvo. Nos está esperando en la cabaña.

—¿Por qué estabas con Ánika? ¿Qué pasó? Desapareciste y..

—Amenazó con matar a Alicia, había puesto hombres a que nos siguieran. Después de la entrevista de Mila, sospechó de ti. La única manera de encontrarte era seguirme.

—Lo siento, no quería meterte en este embrollo.

—Somos familia, Karim. Y las familias se ayudan siempre.

—Vamos —dijo Victoria.

Asentimos los dos y la seguimos intentando llamar la atención.

Uno de los hombres de Ánika nos vio y dio la señal de alarma. En menos de cinco segundos, los teníamos a todos siguiéndonos.

—¿Y ahora qué? —Empecé a correr.

La fina capa de hielo que cubría la acera se agrietaba cuando mis pies saltaban sobre ella y las murallas de arenisca roja que iban a lo largo del hospital parecían infinitas.

—Tenemos que esperar —contestó Victoria.

—No me jodas... ¿Por qué me lo dices ahora? ¿No era mejor esperar allí?

—No, porque Ánika estaba a punto de entrar en el hospital. —Cargó su pistola y miró por encima de su hombro—. Empieza a disparar.

—¿Estás loca? —masculló Alexander—. ¿En el medio de la calle y en plena luz del día?

—Hazlo, joder.

Paré de correr y di la vuelta. Apunté al hombre que estaba más cerca y disparé. No una vez sino tres veces seguidas. El hombre cayó al suelo y, cuando los otros empezaron a disparar hacia nosotros, Victoria se paró en el medio de la calle.

—¿Qué cojones hace? —gruñó Alexander y empezó a disparar para cubrirla.

Vi el miedo y la confusión en sus ojos y no dudé en acercarme y protegerla. Una batalla de pistolas empezó a nuestro alrededor, y alguna bala rozó mi cuerpo.

Escuché un silbido y giré la cabeza. Un tráiler se acercaba a gran velocidad, rugiendo en la distancia. Frenó al lado de nosotros y mis labios se abrieron por sorpresa.

—¿Qué mierda?

—¡Vamos! —Victoria subió la escalera y abrió la puerta—. No podemos perder más tiempo.

Mis botas resbalaron en la nieve pegada a la oscura superficie de la carretera mientras me acercaba.

—Esperaba un coche, no un puto tráiler.

El viento hizo sonar un gruñido amenazador en mis oídos y aspiré una gran bocanada de aire seco.

—Necesitábamos un coche que nos sacara a toda velocidad de aquí.
—Alex jadeaba, agitado por el esfuerzo.

—¿Os queréis tranquilizar? —dijo Victoria con la voz alterada.
Se sentó al lado del chofer y golpeó la guantera con su mano.

Guardé la pistola y me subí a su lado. Cuando vi la cara del chofer, mis entrañas se retorcieron.

—¿Qué cojones hace este niño aquí? —mascullé sin quitar la mirada de Chase—. La última vez que lo vi estaba usando pañal.

—Muy gracioso, Karim —dijo él con tranquilidad y pisó el acelerador—. Vine a salvarte el culo. ¿Así me lo agradeces?

—Escucha, chaval...

—Karim, por favor. —Alexander cerró la puerta y me dio una mirada de reojo—. Creo que olvidaste cómo empezaste tú.

—Lo recuerdo perfectamente y me obligaron a hacerlo, por si tú no lo recuerdas. Este chico se ofreció voluntario y no entiendo como mierda sigue con vida. Te dije que te fueras, Chase. Te di dinero para que abandonaras el país y..

—Karim... —Victoria colocó una mano en mi rodilla—. Cuando tú abandonaste me quedé sin nadie de confianza. Sé que es joven, pero es muy bueno. Estuvo entrenado todos los días.

—Tiene solo veinte años, por Dios. Tiene toda una vida por delante.

—Estoy en esto porque tengo un asunto pendiente con Ánika —dijo Chase con voz grave y dejé de protestar para mirarlo.

—Los ojos en la carretera, chico —advirtió Alexander.

—Continúa —dije con pesar.

—Ánika mató a mi padre. Él estuvo en Rusia hace dos años y ella lo atrapó en su garras y lo mató por venganza. Quería hacerle daño a nuestro jefe. Ella se merece morir y, si no puedo hacerlo yo, por lo menos quiero estar presente y ver cómo abandona este mundo.

—Espero que no intentes nada estúpido. Patearé tu culo.

—No lo haré.

—¿Alguien me dice por qué necesitamos un tráiler? —preguntó enérgicamente Alex.

—Porque estamos cargando algo. Os tengo preparada una sorpresa.

Victoria esbozó una sonrisa de soslayo y sus ojos brillaron con

diversión.

—Me gustan las sorpresas —murmuré—. Parece que los hemos perdido.

—Eso parece, pero hay que estar atentos —dijo Alexander y echó la cabeza hacia atrás—. Me despertáis cuando lleguemos.

Hice lo mismo que él y cerré los ojos. Sin embargo, lo único que veía era el rostro triste de Mila. La había dejado sola y ese pensamiento agonizante me inquietaba.

No podía mantener mis latidos en control, había demasiados sentimientos involucrados. Estaban tan enredados que tenía la sensación de sofocarme con ellos. Recordé los momentos que pasé con ella y me tranquilicé. Mila era la luz de mi vida, la claridad en mis momentos oscuros y la única que me hacía feliz.

Capítulo 30

Me bajé del tráiler y cerré la cremallera de mi chaqueta. Había anochecido y el aire fresco giraba en torno a nosotros. Solo se podían ver las sombras que proyectaba la luna en las calles desiertas de aquel barrio.

—¿Dónde estamos? —Me volví hacia Victoria.

—Estamos en Khamowniki.

—Quiero saber lo que hay dentro del tráiler.

La expresión de ella se aclaró.

—Es algo que necesitaremos para llegar a la mansión de Ivanov — comentó Victoria—. No es nada especial.

Chase caminó a zancadas hasta la parte trasera del tráiler y se dispuso a abrir la puerta. Alexander se quedó perplejo, ni siquiera parpadeó cuando vio lo que había en el interior.

Me acerqué hasta allí y pegué un largo silbido. Mis ojos no daban crédito a lo que veían.

—¿Quién quiere conducirlo?

La cabeza de Victoria se disparó en mi dirección, pero no debí haberle dado la reacción que esperaba, porque su boca se torció.

—Lo haré yo —dijo Alexander—. Soy mayor que estos dos chavales.

—Ni de coña —siseó Chase—. Fui yo quien lo consiguió.

—A mí no me miréis porque no quiero conducirlo. —Levanté las manos en el aire.

—¿No quieres conducirlo? —Alex lo repitió como si la idea fuera extraña y un poco ofensiva—. ¡Es un puto tanque!

—¡Esta es Rusia, *baby*! —chilló Chase con entusiasmo—. Quiero

conducirlo, jefa. —La miró con ojos seductores—. Hazlo por tu asesino preferido.

—Yo soy su asesino favorito. —Me coloqué entre los dos—. ¿Verdad, Vicky?

—¿Vicky? —Alex enarcó una ceja.

—Basta ya de tonterías. Tenemos cosas más importantes que hacer. Victoria cerró las puertas del tráiler y se volvió hacia nosotros.

—Pero es un tanque —se quejó Chase—. No puedes negarme esta oportunidad.

—Así es. No todos los días tienes la oportunidad de conducir uno.

Alexander se cruzó de brazos y apoyó su cuerpo en la puerta del tráiler. Victoria hizo un asentimiento casi imperceptible y se alejó. Me dio una mirada fugaz por encima de su hombro, diciéndome que tenía problemas.

—A mí no me mires, Vicky. Fuiste tú quien los provocó. Ahora lidia con ellos.

Opté por la salida de los cobardes y me escabullí sigilosamente. Luego caminé hasta la farola más cercana y saqué el móvil de mi bolsillo. Marqué los dígitos para llamar a Mila y sostuve el teléfono con fuerza contra mi oído.

—¿Mila? —dije impaciente—. Contesta, mi amor.

—Karim... —La voz de Ánika inundó mis oídos.

Hubo unos segundos de silencio en donde todo lo que podía oír era el sonido de mi respiración entrecortada.

—Pensé que eras más listo. La dejaste sola.

—Si algo le pasa, te juro que...

—Sh, no grites. Sabes que no me gusta cuando me hablan así.

—¿Qué quieres? —vociferé y los chicos giraron de inmediato las cabezas.

Soltó una risita.

—Mmm, te quiero a ti... solo. No quiero ver a tus payasos. Ah, dale recuerdos a mi Alex. Tengo aquí a su precioso bebé.

—¡Hija de puta! Ese bebé no tiene ninguna culpa. Maldita mujer...

Alexander me agarró por el brazo y arrancó el móvil de mi mano.

—Si algo le pasa a mi hijo, lo primero que haré será ir a por ti.

Desearás tu muerte, porque haré que sufras las peores amarguras — masculló las palabras con las mandíbulas bien cerradas—. Quiero hablar con Alicia.

—No estás en condiciones de negociar. Pensé que eras de mi parte, pero veo que me equivoqué contigo. Dile adiós a tu querida...

—¡No! —vociferó—. No lo hagas, joder. No... —El cuerpo se le puso rígido, y el pecho, tenso.

Se escucharon varios disparos a través del móvil y Alexander cayó al suelo, de rodillas. Su cara se contorsionó por el dolor y las lágrimas caían por sus mejillas.

El horror me inundó. No sabía cómo reaccionar, no sabía qué decirle en aquel momento y, cuando sentí la mano de Victoria en mi hombro, rompí a llorar.

—Vamos al hospital —dijo ella mirándonos con ojos tristes—. Aquí tienes las llaves, Alexander. —Se las tiró y él las atrapó enseguida.

Parpadeé lentamente hacia ellos. Mis párpados eran tan pesados que no podía ni mantenerlos abiertos. No, esto no podía pasar. Alicia no estaba muerta.

Los jadeos ligeros de Alex cesaron y, bastante desorientado, se obligó a ponerse de pie.

—¿Estás bien? —La pregunta salió de mis labios en una ráfaga de aire exhalado.

—No, no lo estoy. Acabo de morir...

Su voz se apagó y levantó la mirada hacia mí. Sus manos se deslizaron juntas con lentitud mientras se cruzaba de brazos. No pestañeaba y no respiraba. Se había quedado mirándome con el ceño fruncido, inyectando tanto odio como podía en su mirada. Sus ojos hicieron un gesto de dolor, pero las lágrimas se habían secado.

Nadie hablaba y el silencio era una calma hueca y retumbante. Habíamos tomado una mala decisión pensando que Ánika nos seguiría. Pusimos en peligro la vida de mi hermana, la de Mila y al hijo recién nacido de Alex.

Cerré mis ojos y cedí ante el sufrimiento, la desesperanza y el constante miedo unido a mi mente. Me sentía muerto por dentro, igual que Alex. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que

había llorado y de repente era imposible parar. Nunca había sentido un vacío tan grande. En tan solo unos minutos mi vida perdió el color y el sentido. Un sentimiento de agonía me invadió tan fuerte que no podía soportarlo.

Estaba lleno de rabia y no había manera de dejarla salir. No había a quién matar, nada que pegar.

Abrí los ojos y miré a Alex. Tenía la mirada fija en un punto distante y sus ojos negros estaban rodeados de rojo e hinchados. Su cara pareció romperse por un segundo y vislumbé su tristeza.

Respiré hondo y apreté mis emociones hacia abajo en mi estómago. Me acerqué a él y coloqué una mano en su hombro.

—Tenemos que ir al hospital. —Me estremecí con mis propias palabras.

Él me miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, pero podrían no haber sido más que unos pocos segundos. Asintió con la cabeza y caminó hacia la puerta del tráiler. La abrió y entró sin dar un vistazo en mi dirección.

Victoria se acercó y colocó una mano en mi hombro.

—Sé que es difícil, pero tenemos que mantener la calma. Estoy segura de que nada les pasó.

—¿No escuchaste los disparos, joder? Mi hermana está muerta.

Mi corazón golpeó ferozmente en mi pecho y la miré con mucho cuidado.

—No digas eso, no lo sabes...

—Lo sé, joder. Ánika es una puta asesina que no perdona. —Levanté mi jersey—. Aquí está la prueba. Mira estas heridas de bala...

Un gran nudo se había formado en mi garganta; no podía tragar y mucho menos hablar.

—Karim. —Chase tiró de mi brazo—. Entiendo tu dolor, pero no lo descargues con Victoria. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿Tú qué sabes, enano? —vociferé—. Apenas puedes sostener una pistola en la mano.

Su boca se volvió hacia abajo en las esquinas.

—No te permito esto, idiota. —Me empujó hacia atrás—. No me faltes el respeto.

—¡Basta ya! —chilló Victoria—. Alexander también está sufriendo y nos espera para irnos.

—Perdóname, Vicky —susurré y me giré para mirarla—. Pero estoy roto... y necesito llorar. Perdí a mi hermana...

—Te perdono —dijo ella. Su voz era tranquila y resuelta—. Ahora vamos. Hay algo que me tiene embarullada y quiero averiguar lo que es.

Capítulo 31

La noche trajo un cielo limpio y estrellado. A mi alrededor docenas de personas entraban al hospital y salían de él, produciendo los ruidos propios de una muchedumbre en movimiento. Sin embargo, todo lo que escuchaba era un silencio aplastante, como si el tiempo se hubiese detenido.

Mis pensamientos estaban desbocados. Mi plan para acabar con Ivanov quedó hecho pedazos, destrozado por una persona malvada. Todo mi campo visual se deformó bruscamente y trajo de vuelta la espeluznante imagen de Ánika y aquel par de ojos inhumanos, que me habían mirado más de una vez.

—No quiero quedarme aquí —Alexander maldijo en voz baja.

—Tienes que hacerlo —dijo Victoria.

La expresión de su rostro cambió, pero asintió con la cabeza.

—No podemos dejar solo a Karim, es una trampa —graznó Chase.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo —dije. Estudié su rostro y luego miré la entrada del hospital, ensimismado en mis pensamientos.

—Yo te cubriré. Buscaré un lugar alto cubierto —aseguró Chase y tomó un rifle Dragunov, la principal arma de los francotiradores de los ejércitos soviético y ruso.

—Gracias —asentí mientras cargaba mi pistola.

—Yo intentaré colarme en el hospital por la puerta de atrás —dijo Victoria y colocó sus dos cuchillos a cada lado de su cintura—. Alex, tú te vienes conmigo. Si vemos algo extraño, no dudaremos en intervenir. Ve con cuidado. —Palmeó mi hombro—. Después de esto, necesito unas vacaciones... —murmuró para sí misma.

—Ten cuidado, hermano. —Los ojos negros de Alex me miraron con una expresión en blanco.

—Tú también. Me encargaré de hacerla pagar —hablé con cierta determinación y me volví hacia el hospital.

Empecé a caminar, sin embargo, mis piernas iban cada vez más lentas, dejando huellas blancas por el camino. Con enorme esfuerzo, aceleré mi marcha, ignorando el penetrante frío que entraba por todo mi cuerpo. Miré furtivamente a derecha y a izquierda mientras avanzaba.

Escondí el arma y, sin perder un instante más, empujé las puertas de cristal. Todos los ojos se movieron en mi dirección y me crucé de brazos. Caminé hasta los ascensores y por encima de mi hombro vi a dos hombres de Ánika acercándose. Las puertas se abrieron con un chirrido. Las cuatro personas que había dentro se movieron y me hicieron un hueco. Entré y pulsé el botón de la tercera planta. El ascensor se puso en marcha y respiré hondo. La tensión me estaba provocando un agobiante dolor de cabeza.

Una señora de mediana edad, se giró hacia mí y me sonrió.

—¿Puede sostenerla durante un momento? —me preguntó en ruso—. Necesito coger algo de mi bolso.

Agaché la mirada a sus brazos y vi a una pequeña niña envuelta en una manta de color rosa. Tenía unos ojos azules muy brillantes y sus pequeñas manos no paraban de moverse.

—*Konechno*[6] —contesté y le devolví la sonrisa.

Tomé a la niña con cuidado en mis brazos y la apreté contra mi pecho. Al verla tan inocente e indefensa recordé el momento cuando vi por primera vez a mi hermana.

—Tienes que cogerla con mucho cuidado —dijo mi padre en voz baja—. No quiero que le pase algo.

—Déjalo tranquilo, Roger —intervino mi madre con voz chillona—. Estoy harta de vuestras peleas. Este es un momento feliz, ¿podéis parar un momento?

—Deja de gritarme. —Él la miró con el ceño fruncido—. En esta casa no se puede decir nada. ¿Qué pinto aquí?

—Déjame tranquila, Roger...

—¿Quieres que me vaya? Nada te viene bien...

Me acerqué a la cuna y esboqué una sonrisa sincera. Mi hermana estaba moviendo las manos de un lado a otro y me miraba con ojos grandes. Los gritos de mis padres se desvanecieron y lo único que escuché fue la risa más hermosa que había escuchado en mi vida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la señora mientras tocaba mi hombro con su dedo índice.

—Yesli[7]. —Asentí con la cabeza y dejé a la niña en sus brazos.

—Spasibo[8].

Las puertas del ascensor se abrieron y me vi envuelto en una marea de personas que se movían de un lado a otro como hormigas. Al parecer hubo un accidente trágico y fueron involucrados varios vehículos.

Algo duro se presionó con fuerza en mi cadera y dejé de caminar.

—Camina despacio —murmuró Ánika en mi oído—. No hagas que te dispare antes de lo previsto, ¿entendido? Nada de movimientos bruscos.

Expelí con fuerza el aire por la nariz y asentí con la cabeza.

Capítulo 32

Nos movíamos pegados a la curva que describía la pared, intentando no llamar la atención.

—Tranquila, no intentaré nada. Esconde bien esa pistola, pueden verte.

—¿Crees que me importa? —Metió la mano por debajo de mi chaqueta y me quitó el arma—. Sé que no tienes otra, te conozco muy bien...

—¿Dónde están? ¿Las mataste?

Ella me empujó hacia un lado y me agarró por el brazo. Me invadió una sensación de malestar y volví la cabeza, impulsado por odio.

—¿Quieres soltarme?

—Hacemos buena pareja. Siempre tuve esa impresión...

—¿Dónde están? —pregunté con los dientes apretados.

Ella sonrió con una mueca torcida y se encogió de hombros.

—Están en la última planta.

—¿Las dos?

Avancé un paso para situarme delante de ella. En el increíble azul de sus ojos brillaban destellos de insensibilidad. Las comisuras de sus labios se abrieron en una sonrisa divertida y me miró sin incomodidad alguna.

—Por supuesto. Quiero matarlas delante de tus ojos.

Rechiné los dientes y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. No obstante, me sentía extrañamente tranquilo. Mi hermana y Mila estaban vivas.

La paz se apoderó de mí y un torrente de emociones encendió una

llama interior. Era una sensación que nunca había experimentado antes, una sensación que me dio ganas de luchar por ellas, por mi familia.

—Deja de sonreír como un idiota. Las dejé vivas porque necesitaba encontrarte. En cuanto lleguemos arriba, las mataré. —En sus ojos brilló una luz gélida.

—Te vas a pudrir en el infierno.

Una descarga de adrenalina se apoderó de mí. La agarré por el brazo y apreté con fuerza. Ella se giró y se soltó. Colocó la pistola en mi costado derecho y su respiración se volvió irregular.

—No le tengo miedo al infierno. Debería temerme él a mí. Deja de hablar si no quieres morir. —Presionó el botón del ascensor.

Estudí su rostro. Sus ojos no mostraban ninguna emoción mientras me miraba. Las puertas se abrieron y ella me empujó hacia el interior.

Justo cuando presionó el botón, agarré su brazo y tiré con fuerza. Con una mano la inmovilicé y con la otra le quité la pistola.

—Sabía que ibas a intentar algo —dijo con voz ronca—. Si quieres que ellas sigan con vida, suéltame. Si no llego arriba, mis hombres tienen orden de matarles. ¿Crees que soy tonta?

Sin compasión alguna, apreté con fuerza mis manos en su cuello. La ira sacudió mi cuerpo y el odio hacia ella entró en mi cabeza. Quería acabar con su maldita vida y dejar mis huellas en su piel.

La histeria subió a mi garganta y no podía parar. Nos miramos fijamente en el espejo. Había una batalla de voluntades: la de ella, impulsada por el miedo y la mía, por la determinación.

—Para, por favor. —La mano de Ánika fue a mi brazo.

—¿Por qué debería hacerlo? —Mi desprecio se intensificó.

—Por ellas... hazlo por ellas.

La necesidad de acabar con su vida me mataba. Sentí una explosión interna y solté un rugido lleno de ira.

Cuando se le extravió la mirada, decidí parar y la solté. Cayó al suelo, delante de mis pies y empezó a toser. Dispuso de suficiente tiempo para recuperar su aliento, porque en menos de tres segundos se levantó e intentó quitarme la pistola.

Levanté el brazo izquierdo para contener la lluvia de puñetazos y retrocedí. Me planté firme con los pies bien separados y mi mandíbula se tensó. Recibí un fuerte golpe en el estómago y parpadeé, sacudiendo mis hombros para despejarme.

—No saldrás vivo de aquí. —Su voz sonó pesada y llena de desprecio.

—Te equivocas —mascullé—. Tú no saldrás viva de aquí.

De pronto se me agotó la paciencia y guardé la pistola. Agarré su brazo y con un movimiento rápido saqué mi cuchillo. Le corté la muñeca y me abalancé sobre ella con la rapidez de un rayo.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella forcejeó hasta que se soltó de mi agarre. Miró con ojos grandes cómo la sangre florecía del corte que le hice y se arrimó a la pared.

Tres hombres aparecieron de la nada y me apuntaron con las pistolas.

—Deja de hacer el héroe —dijo ella, arrastrando las palabras.

Alzó la vista hacia mí; tenía la cara roja y sudorosa. Sus ojos se nublaron con rabia, inyectando tanto odio como era posible en una mirada.

Tiré la pistola al suelo y uno de los hombres se acercó. Me golpeó fuertemente en la mejilla izquierda y luego en la cabeza. Perdí el conocimiento, pero no antes de darme cuenta de que mi cuerpo inerte estaba siendo arrastrado por el largo pasillo.

Mis ojos me dolían mientras trataba de abrirlos, y dolía concentrarse. Mi cabeza palpitaba y mi respiración era trabajosa. Estaba tumbado en el suelo y con la mano derecha atada a un radiador. No podía moverme.

—¿Dónde estoy?

Mis ojos nebulosos intentaron fuertemente concentrarse.

—La princesa despertó —dijo Ánika con voz cansina.

Sus ojos se endurecieron y una risa malvada rugió de sus labios delgados, enviando escalofríos por mi espina dorsal. A su lado había

un médico que le curaba la muñeca que le había cortado con mi cuchillo. Él estaba asustado, porque no paraba de mirar la pistola que ella sostenía con la otra mano.

Me moví un poco y aproveché para girar mi cabeza. Lo que vi me congeló el corazón. El pánico se levantó y mi respiración se hizo rápida y poco profunda.

Mila estaba en el suelo, de rodillas. Tenía las manos atadas a su espalda y la cabeza agachada. Su largo cabello cubría su rostro y me llamó la atención que no se moviera. Repentinamente, irritado por aquel pensamiento, tiré de las manos atadas por mi propio impulso.

—¡Mila! Estoy aquí, mírame... —Las palabras murieron en mis labios cuando vi que no reaccionaba.

Tenía que concentrarme en una manera de liberarme y ayudarla. A mi derecha había una camilla y, cuando enfoqué la vista, vi a mi hermana mirándome fijamente. Tenía al bebé en sus brazos dormido, sin embargo, tenía los pies atados y la boca tapada con una cinta aislante.

—Suéltalas. Ya me tienes a mí, déjalas libres.

Rechiné los dientes como gesto de frustración.

—No lo entiendes... —Se puso de pie y tiró al suelo todas las vendas empapadas de sangre. Tomó una profunda respiración y apuntó con la pistola al pobre médico, que temblaba de pie delante de ella. —Tú serías el último en morir.

Disparó y la bala atravesó la cabeza de aquel hombre. El cuerpo pesado cayó de espaldas con los brazos abiertos. Ella mantuvo la pistola apuntada hacia él mientras se acercaba. No estaba muerto todavía, pero un hilillo de sangre le brotaba por la comisura de su boca.

—Así estabas tú cuando intenté acabar con tu vida hace tres años. Fue un error de mi parte no comprobar que estuvieras muerto.

Disparó tres rondas seguidas y el cuerpo de ese hombre se sacudió.

Alicia se retorció en la cama. Tenía la mirada clavada en aquella horrorosa escena y no paraba de forcejear. Apretó al niño contra su pecho y echó a llorar. Las lágrimas brotaban y caían sobre sus mejillas sucias.

Y a todo eso... Mila no se movía. Me estremecí con violencia; no quería pensar lo peor.

—¡Mila! —vociferé—. Estoy aquí, mi amor, mírame.

—No te escucha —dijo Ánika. Sus ojos azules eran gélidos y su rostro duro como la piedra—. Está drogada.

Caminó hasta allí y la agarró por los pelos, tirando bruscamente hacia atrás. El rostro magullado de Mila salió a la vista y solté un grito ahogado de dolor. Tenía la cara cubierta de sangre y los ojos hinchados. La piel presentaba tonalidades negras y azules. El labio superior, debido a la hinchazón, había aumentado de tamaño.

—Sabes... tu chica pega bastante bien. —Soltó su cabello y la empujó hacia atrás—. Creo que la dejaré con vida para divertirme con ella.

—¿Por qué? —Mi voz sonó ácida—. ¿Por qué todo esto?

—Esta pregunta llega un poco tarde, Karim. —Se agachó junto a mí—. Pero voy a ser buena y te voy a dar la respuesta. Tómallo como un último deseo antes de morir.

Se sentó a mi lado y estiró las piernas. Guardó silencio un momento y me miró; sus ojos tenían un destello de humor receloso.

—Yo te amé de verdad. Fuiste el único que descubrió la forma de calmar mi alma atormentada y domar mis demonios. Sin embargo, me traicionaste...

—No fui yo, Ánika. Me conoces...

—No, Karim. No te conozco. Nunca supe quién eras de verdad. Me mentiste y me utilizaste para acercarte a Urlenko. —Su mirada era intensa.

—Sabes que no fue así. Fuiste tú quien tenía la orden de eliminarme; yo solo pensé que tenías buenas intenciones. Me gustabas.

—Mientes. —Se puso de pie—. Siempre me mentiste.

—No, Ánika. Fue Urlenko quien lo hizo. Sabía que yo era tu debilidad y no quería perder a su favorita. Te mintió para que me mataras.

—¡No! —Golpeó el suelo con su bota—. Él es como un padre para mí; nunca haría eso.

Ella se acercó a la mesa, cuando en el pasillo se escuchó un fuerte ruido, casi como una ventana rota por algún objeto arrojado desde el exterior.

—Tus amigos vienen a salvarte. Pero no llegarán a tiempo. Os mataré y después apretaré este botón rojo. —Tomó el mando que había en la mesa y me lo enseñó—. Este hospital está repleto de bombas.

—¿Estás loca? —La miré sin pestañear, sin creer lo que había dicho—. En el hospital hay personas inocentes y niños recién nacidos.

Ella se acercó hasta la cama de mi hermana y colocó la pistola en su pecho, al lado de su corazón.

—Dile adiós a tu preciosa hermanita.

El pánico se disparó en mí, impulsándome a moverme.

—¡Espera! —grité. Mis puños estaban cerrados mientras gritaba—. Quitá el bebé de allí, por favor.

—Tienes razón. No mato niños. —Agarró al bebé y lo arrancó de los brazos de mi hermana.

Alicia se retorció mientras gruñía de desesperación. Tenía los ojos rojos y llenos de lágrimas; no paraba de lloriquear.

Ánika dejó el bebé encima de la otra cama y él empezó a llorar.

—Cállate, joder —gruñó ella molesta. Sus ojos azules eran temibles.

Vi un punto rojo en el hombro de Ánika y, a pesar de la situación, encontré el valor para sonreír; Chase la tenía en el punto de mira.

Capítulo 33

— **A**l suelo, jefa —gritó uno de sus hombres, pero fue demasiado tarde.

Chase había disparado; la bala atravesó el hombro de Ánika y la tiró al suelo.

—*Der'mo, der'mo*[9] —murmuró ella en ruso, incapaz de apartar la mirada horrorizada.

Vino otro disparo y uno de sus hombres cayó al suelo.

—Tenemos que salir de aquí, jefa. Tenemos a un francotirador disparando hacia nosotros —dijo Vanya, el hombre de confianza de Ánika. Llegó a su lado y la agarró por los pies—. Vamos, jefa, no te resistas. Nos matará. —La miró a los ojos—. Estás herida y sangras mucho.

—No me moveré de aquí.

Ella intentó ponerse de pie, pero él la atrapó y cubrió su cuerpo con el suyo.

Dos balas impactaron en la pared justo al lado de mi cabeza. Me alegraba que Chase estuviera ayudándome, pero no me gustaba su mala puntería; a ese ese enano le faltaba práctica.

Desde mi esquina de mi ojo, vi a Ánika en movimiento. Ella agarró la pistola que había en el suelo y arrastró su cuerpo hasta donde estaba Mila. De repente no podía respirar, no podía pensar, y mi corazón se volvió loco al instante. Empecé a tirar de la cuerda que me tenía atado, pero no conseguí soltarme.

Ánika agarró a Mila por el cuello y le colocó la pistola en la nuca.

—No lo hagas. Por favor —supliqué.

Ella le quitó el seguro a la pistola y mi corazón se hundió. Mi cuerpo empezó a temblar de furia. Cerré los ojos con fuerza y algo en mi interior se quebró.

Escuché un disparo y una brisa sopló a través de mi cabello. Abrí los ojos asustado y miré a mi alrededor.

Victoria estaba delante de mí y apuntaba con la pistola a Ánika. Me quedé mirándola fijamente, sin ver nada, apenas sin respirar. Un toque de esperanza me atravesó.

Mila estaba bien. El alivio inundó mi cuerpo mientras una sonrisa tímida se deslizaba por mi cara. No podía evitarlo. La alegría me iluminaba desde el interior. Las lágrimas humedecieron mis ojos y, antes de que pudiera parpadear para alejarlas, se deslizaron por mi mejilla. Nunca había sentido tanto miedo. Miedo de perder a alguien a quien amaba con locura.

—Ni se te ocurra, Vanya —dijo mi jefa con tono mordaz. Él dejó la pistola en el suelo con cuidado y levantó las manos en el aire—. Empújala lejos.

La pistola tocó mis pies y el ruido me sobresaltó.

—Aléjate despacio, Ánika —ordenó Victoria con tono mordaz—. ¡Hazlo, joder!

Ánika soltó a Mila y levantó las manos en el aire, no antes de tirar al suelo la pistola.

—¿Quién mierda eres? —Se tocó el hombro herido y gimió de dolor.

—Soy tu peor pesadilla, soy la que te enviará al puto infierno si no te rindes. Y me encargaré personalmente de enseñarte el camino —dijo Victoria con fiereza—. Te metiste con mis chicos y no voy a perdonártelo.

Lo decía en serio y no había ninguna duda al respecto. Caminó hasta la otra cama y tomó al niño en sus brazos. Lo acunó contra su pecho y él dejó de llorar.

—Ya sé quién eres. —Levantó la vista hacia mí. Una sonrisa torcida se formó entre sus labios. Medio riéndose me dijo—: Así que mami vino a salvarte el culo, Karim. Estás rodeado de mujeres que te quieren.

Ella presionó con fuerza la mano en la herida y la sangre empapó sus dedos, dejándolos de un color rojo intenso.

—¿Por qué no disparas? —La voz de Ánika sonó desesperada—. ¿Qué esperas?

—A que estén todos aquí —le contestó y caminó hasta la cama de mi hermana. Dejó al niño en sus brazos y se alejó.

Justo en ese momento, la puerta de la habitación golpeó la pared interior y vi a Alex entrando. Escaneó la habitación con la mirada y, cuando vio a Alicia, corrió hasta allí.

—*Lyubov'* [10] —murmuró con voz trémula—. Pensé... pensé que habías muerto.

La desató y le quitó el precinto que le cubría la boca. Alicia lo contempló con una mirada de preocupación, pero no dijo nada. Las lágrimas brotaron de sus ojos y los sollozos sacudían su cuerpo.

—Mi amor... —La voz quebrada de mi hermana me emocionó—. Tuve tanto miedo. El bebé...

Bajó la vista a la pequeña criatura que dormía en sus brazos y suspiró dolorosamente.

La puerta se abrió de golpe y entró Chase. Esbozó una sonrisa cuando vio a Alex coger al bebé en sus brazos.

—¿He llegado tarde? —preguntó y frunció el ceño cuando me vio—. ¿A ti nadie te desató?

Se acercó y sacó su cuchillo. Se agachó junto a mí y se puso a trabajar en mis ataduras. Luego miró los agujeros que había en la pared, al lado de mi cabeza, y puso una mueca divertida.

—Creo que tengo que seguir practicando —murmuró.

—Estuviste a punto de reventarme la cabeza, idiota.

Me puse de pie y corrí junto a Mila. La abracé y la acuñé contra mi pecho. Ella no se estaba moviendo y apenas respiraba. Mi corazón se hundió y las lágrimas cayeron sin vergüenza por mi rostro.

—Despierta, amor —susurré y besé su cabeza—. Ayuda..., por favor.

Mi corazón dio tumbos y luché con fuerza para no apretarla en mi pecho.

Alexander se acercó de inmediato y extendió una mano. La puso en mi hombro y se quedó helado cuando vio a Mila.

—Dios mío. —Su voz se desvaneció—. Te mataré, hija de puta.

Él se abalanzó sobre Ánika y la agarró por el cuello. Ella perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás. En cuestión de pocos segundos, Alex sacó un cuchillo y con un rugido de rabia lo movió de un lado a otro.

Victoria lo agarró por el brazo y lo jaló cerca de ella para decirle:

—La necesitamos viva.

Alex ni siquiera la escuchaba. Apretaba la mandíbula sin cesar y miraba fijamente a Ánika.

—No me jodas, Victoria. Esta víbora tiene que morir.

—La única manera de contactar con Urlenko es a través de ella.

Con una expresión helada, él asintió. Guardó el cuchillo y dio un vistazo a mi hermana.

—No me importa. —Solté un rugido de rabia—. Mátala, Chase.

—¡No! —gritó Victoria—. Estáis cegados por la venganza... —Nos miró con atención—, y lo entiendo. Pero no podemos hacerlo. Soy vuestra jefa, no lo olvidéis y os ordeno que la atéis.

Ella dio la vuelta y apuntó con la pistola a Vanya. Disparó sin ningún tipo de remordimiento y la bala le atravesó el cráneo.

Ánika se quedó inmóvil, pero no dijo nada.

—Quiero que la ates, Chase. Tienes en el suelo cuerdas, apáñatelas tú solo.

Los ojos de él destellaron frialdad, pero le hizo caso, y de inmediato tomó las cuerdas. Se acercó a ella y con rudeza le agarró las manos. Tiró con fuerza y las juntó a sus espaldas.

—Mmm... —murmuró Ánika y estiró el cuello para olerlo—. Sangre fresca y joven.

—Aléjate de mí —gritó Chase y la empujó—. Mataste a mi padre, puta.

Había algo primitivismo en sus ojos y cada músculo de su cuerpo estaba tenso, listo para atacar.

—Maté a muchas personas y lo hice porque se lo merecían —susurró ella débilmente.

—¡Maldita mujer!

—Suficiente, Chase. Ve a buscar un médico para Mila —dijo

Victoria con tono mordaz.

—¡Cuidado! —chillé justo cuando Ánika intentaba agarrar el mando que estaba tirado en el suelo—. Hay bombas en este edificio, quitadle ese dispositivo.

Alexander se agachó y después de guardar el mando agarró a Ánika por los hombros.

—Ah —se quejó ella—. Me duele el hombro.

—Cállate.

La arrastró afuera de la habitación y un silencio ensordecedor se instaló en el aire.

Estaba vivo, todos lo estaban..., sin embargo, sentía mi estómago agitado. Mis ojos ardían y lloraba. La tristeza que sentía era algo que no había sentido en un tiempo muy largo. Tenía a Mila en mis brazos y no quería soltarla. Ella podría haber muerto. Y sabía que nunca me perdonaría si eso hubiera ocurrido.

Victoria se aclaró la garganta:

—El médico tiene que llegar —dijo y se sentó a mi lado—. Tu chica se enfrentó a Ánika y sigue con vida. Ella es una verdadera guerrera. Se pondrá bien.

—Si la hubieras visto..., no llorarías —murmuró mi hermana—. Derribó a casi todos los hombres de Ánika, salvó mi vida y la de mi niño. Es una *superwoman*... y los superhéroes no mueren, se vuelven más fuertes.

Le di una mirada triste y tragué con dificultad una vez, pero no pude detener las lágrimas que rodaban por mi mejilla sin afeitarse.

Capítulo 34

Me sentía aturdido. Miré el rostro magullado de Mila, intentando procesar la situación. Su estado estaba estable y los médicos habían dicho que se despertaría en cualquier momento. Mi peor temor no había llegado a suceder. Pero había un nudo horrible y apretado en mi pecho. Una presión que necesitaba ser liberada. Verla a salvo no ayudaba.

Acaricié su cabello por unos segundos y le besé la mejilla.

—¿Cómo está? —preguntó Alexander mientras entraba en la habitación.

—Está bien. La droga que utilizó Ánika es muy fuerte y por lo que le comentó al médico, le había administrado tres dosis seguidas. Polvo de ángel, bloquea la capacidad de concentración y afecta el funcionamiento cerebral. El médico dijo que Mila tuvo suerte porque nadie sobrevive después de ingerir tanta cantidad.

—Te juro que, si fuera por mí, ahora ella estaría muerta —gruñó—. Esa víbora merece pudrirse en el infierno.

—Victoria tiene razón. Podemos utilizarla para llegar a Urlenko. Él la quiere mucho y no dudaría de su palabra. Después, es toda tuya. Lo único que me importa ahora es Mila.

—Si no le pides matrimonio cuando todo esto se acabe, juro que te rompo las piernas. —Sonrió y colocó un brazo encima de mis hombros.

—Lo mismo me pregunto yo. ¿Para cuándo la boda? Ahora tenéis un hijo que criar y es diferente.

—Nunca encontré el momento perfecto para pedírselo —confesó—.

Sabes que tu hermana se lo toma todo a broma.

—Lo sé, pero ahora sois padres. —Alcé la mirada y entrecerré los ojos—. ¿Con quién está hablando Chase?

—Ah, ese enano tiene más contactos en Rusia que cualquier espía de la Unión Soviética, hermano. Está intentando conseguirnos una habitación privada para las chicas. Deberías agradecerle todo lo que hizo hasta ahora. Sé que no quieres que siga haciendo esto, pero se le da bastante bien. No tiene a nadie más que a nosotros.

Solo asentí y me volví para caminar hacia donde estaba Chase. Alexander tenía razón, ese enano nos había ayudado muchísimo; sin embargo, pensaba igual. Ese trabajo no era para él. Era prácticamente un chaval y tenía toda una vida por delante. Hacía dos años, había intentado ayudarlo y lo envié lejos para que no se autodestruyera. Sin embargo, volvió para llevar a cabo su venganza.

Entendía sus razones y compartía su dolor; Ánika había matado a su padre y lo dejó solo y desorientado. Él nos veía a nosotros como su familia y eso era algo de agradecer toda la vida.

—Chase, ¿podemos hablar un momento?

Él guardó su móvil y asintió.

—¿Qué pasa? ¿Quieres regañarme otra vez?

—No, quiero agradecerte todo lo que hiciste por nosotros —esperé a que hiciera un comentario y, como no habló, proseguí—: Cuando te vi por primera vez pensé que no encajarías en el perfil. No dabas ni una a la hora de disparar, los demás se metían contigo constantemente y varias veces acabaste con el rostro destrozado. Tu empeño y tu esfuerzo me hicieron cambiar de idea.

—Fuiste el único que me ayudó —dijo él mirando al suelo—. Me enseñaste a disparar y a pelear como un profesional. Fuiste el hermano mayor que nunca tuve, y ahora que mi padre ya no está, quiero dedicarme a esto. Sé que no te gusta pero...

—No es que no me guste, solo que eres muy joven. Aún tienes el control de tu vida, eres el único dueño.

—Entiendo y aprecio tu preocupación. Sé que tú no tuviste elección, pero yo sí. Y quiero esto.

—Entonces lo dejamos zanjado. Quiero darte las gracias por

ayudarnos, te ganaste un lugar en esta familia, hermano.

—Gracias.

—Deberías agradecerle a tu otro hermano. Él me abrió los ojos. —
Sonreí—. Voy a ver a Mila y luego nos vamos a por Urlenko. Baja y
quédate con Victoria. No confío en Ánika.

—Ahora mismo.

Chase se fue y entré en la habitación para despedirme de Mila. Me
había jurado que no la volvería a dejar sola, pero tenía que acabar lo
que había empezado. Me senté en la silla y la miré durante unos
largos segundos. Era una mujer valiente, que se enfrentó al diablo y
terminó herida. Su rostro estaba casi desfigurado, los ojos hinchados
y los labios partidos e inflamados. Se me revolvió el estómago solo de
pensar que ella había sido la víctima del puño de Ánika.

No obstante, su belleza estaba allí, recordándome que era mi
princesa y la única dueña de mis pensamientos. Reprimí el impulso
de pasar los dedos por sus mejillas; no quería jorobar su sueño.

Dejé de mirarla, porque me dolía verla así. Estaba decidido ir a por
Urlenko y nadie podía interponerse en mi camino.

Me puse de pie y salí de la habitación. Alex me estaba esperando en
el pasillo y cuando me vio lanzó un gruñido.

—Sécate las lágrimas y vamos a terminar con ese hijo de puta.

Capítulo 35

Eché una mirada furtiva hacia arriba y abajo de la calle. Nadie cerca. Entré en el coche y mis ojos se posaron en Ánika.

—¿Por qué no la ataste, Victoria? —Cerré los ojos por un momento. Por mucho que odiaba a Ánika, ahora la odiaba más de lo que nunca había odiado a nadie.

—Porque está sangrando mucho —contestó y se inclinó hacia adelante para comprobar la herida—. Tiene mala pinta, no creo que sobreviva.

La mente de Victoria era ágil, lo suficiente como permanecer calmada y atenta a su alrededor.

—No os preocupéis por mí —gruñó Ánika—. Mejor preocuparos por vuestras vidas. No es tan fácil matar a Urlenko.

—¿Por qué no te callas? —gritó Chase y la agarró por el brazo—. Tengo suficiente con estar sentado a tu lado.

—¿Tan fea soy? —preguntó, sus palabras filtradas con sarcasmo. Lo observó con atención y tiró del brazo—. ¿Cómo se llamaba tu padre? Estos ojos me parecen familiares...

—No pienso contestarte. No servirá de nada.

—Puede que sí... —susurró—. ¿Su nombre era Germán?

Chase giró la cabeza y la fulminó con la mirada. Levantó una mano y ella cerró los ojos de inmediato.

—Chase, por favor —dijo Victoria—. Déjala tranquila.

—Algún día vas a saber la verdad y te arrepentirás, Chase —murmuró Ánika con los ojos cerrados.

Él no le hizo caso y echó la cabeza hacia atrás.

Alexander arrancó el motor del coche y el silencio se instaló en el interior.

—¿Cuánto queda? —pregunté.

Mis ojos abiertos miraban fijamente a través del parabrisas mientras el coche se adentraba en el tráfico.

—Una hora como mucho, si es que Ánika nos dio la dirección correcta —contestó Victoria.

—No entiendo por qué dejaste el tanque tirado —le dije a Alex.

—Porque va muy lento y llama la atención.

Victoria puso la radio y la música tradicional rusa resonó en el coche.

—Apaga ese trasto —bramó Chase—. No me apetece escuchar música con esta víbora quejándose a mi lado.

—No soy tan mala como piensas.

Ánika le dio un codazo y apretó la mandíbula con rabia.

—¡No la aguanto más! —vociferó él—. Para el puto coche, Alex.

—No pienso hacerlo, no tenemos tiempo para perderlo con estupideces.

Chase bufó y Ánika se echó a reír.

—No te hace mucho caso. Así es él, todo un señor gruñón.

—¿Quieres callarte? —Chase se giró y su rostro quedó pegado al de Ánika—. Deja de sonreír, estás a punto de morir.

—No me importa... —dijo con sequedad—. Solo espero que ella esté bien.

—¿Ella? —Mi voz sonó grave.

—No es asunto tuyo, Karim.

Ánika apretó con fuerza el trapo en su hombro y echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y se quedó callada.

Alexander entró por un camino paralelo con la carretera y el coche se sacudió.

—Creo que es por aquí. A ver a dónde nos llevará.

—Al puto infierno —murmuró Ánika y gruñí.

Mi estómago se apretó con disgusto. Estaba sentado a pocos centímetros de distancia, tan cerca que me daba rabia. Quería agarrarla por el cuello, pero Chase se me adelantó. Le sostuvo la mirada y luego le susurró algo al oído.

Ella dejó de sonreír y sus ojos se llenaron de miedo. Se movió inquieta en su asiento y estiró el cuello. Presionó un beso en los labios de Chase y, sin decir palabra, se echó hacia atrás.

Me quedé igual de sorprendido que Chase.

—¿Por qué mierda hiciste esto? —Él se limpió la boca con el dorso de su mano y sacó su pistola.

—Quería tener un momento feliz hoy.. antes de morir.

Él la miró durante unos segundos, luego se giró rápidamente como si no quisiera mirar. Bajó la pistola y exhaló con fuerza.

—Das pena —susurró él—. Espero que sangres hasta morir.

—Hemos llegado —avisó Alexander.

El coche dio un giro a la derecha y un gélido paisaje cubierto de un manto blanco se extendió delante de mis ojos. Parecía que la nevada no fuese a terminar nunca.

Alex disminuyó la velocidad y estacionó al lado de unos pinos. Meforcé a moverme y me bajé del coche. Contemplé el panorama natural identificando aquello con una delicia de la ecología. A mi derecha solo había una cantidad interminable de árboles y a mi izquierda se encontraban las montañas.

El frío hizo que me dieran calambres en las piernas y subí de inmediato la cremallera de mi abrigo. Los copos frágiles rozaban mi rostro y desaparecían sin dejar rastro.

La puerta del coche se abrió de golpe y Chase salió corriendo. Se paró delante de un pino y golpeó el tronco con su puño.

—Ve tras él —sugirió Alexander.

Me acerqué despacio y tiré de su brazo derecho.

—Para. Te haces daño.

—Maldita mujer. La odio, ¿por qué no para de provocarme? —Me miró y suspiró—. ¿No tiene suficiente con haberme quitado a mi padre?

—Ánika es la mujer más despiadada que vas a encontrar, aun así,

tendrás que acostumbrarte a tratar con personas como ella.

—Lo sé, pero no puedo con ella. Es la asesina de mi padre y quiero quitarle la vida.

—No lo hagas, eso no te ayudará a sentirte mejor. Te lo digo por experiencia. Pero no te preocupes, ella recibirá su merecido.

—Tienes razón. Necesitaba desahogarme un poco.

—Dile a Victoria que te limpie esas heridas y céntrate en la misión.

—Ahora mismo.

Cerré los ojos con fuerza y apreté los dientes. La culpa y los remordimientos habían hecho que sintiera un gran peso encima de mi pecho durante años. Esos sentimientos amargos se mezclaron con mis creencias y principios personales.

En mis cinco años que trabajé para la agencia, ya había conocido el miedo. Sabía perfectamente lo que era despertarme en medio de la noche, sobresaltado por las pesadillas y las horribles imágenes que me acompañaban cada día. Ese miedo se esfumó cuando conocí a Mila. Ella era mi cobijo incondicional y mi universo entero.

Y necesitaba el perdón para sentirme libre de nuevo. No obstante, no podía olvidar lo que había hecho, las vidas que había quitado para dejar contentos a mis jefes. No podía trazar una línea y empezar de nuevo. Tendré que vivir con esa angustia durante toda la vida.

Capítulo 36

— ¿Queda mucho? —preguntó Chase—. Llevamos caminando una hora sin parar.

—No... —contestó Ánika. Su voz parecía calma considerando que su herida no paraba de sangrar.

Ella miró hacia mí con una expresión suplicante y, sin detenerme a pensar mucho, me acerqué y la agarré por la cintura. Enseguida pasó una mano alrededor de mi cuello para sostenerse y sonrió con tristeza.

—Gracias... —murmuró y agachó la cabeza.

—Tenemos que ir con mucho cuidado. Estamos cerca —dijo Alexander mirando los alrededores.

El bosque denso rodeaba las montañas cubiertas de nieve y el aire era cada vez más puro. Estar rodeado de tanta belleza despejó mi cabeza y me sentí mucho mejor.

Caminamos un poco más para situarnos detrás de una cabaña abandonada. El sol a esas horas de la mañana resultaba muy brillante y allí nos encontrábamos escondidos.

—Espero que esta víbora tenga razón —gruñó molesto Chase y sacó una botella de agua de su mochila—. Esto me huele a trampa.

—¿Crees que os mentiría en este estado? —preguntó Ánika mirándolo fijamente.

—No confío en ti para nada. —Escupió el agua que tenía en la boca—. ¡Eres una asesina!

—Tú también —dijo ella y empezó a toser.

De su boca salió sangre y Victoria se acercó enseguida con una

camiseta en la mano para socorrerla. Le limpió los labios y negó con la cabeza.

Algo dentro de mí se conmovió y sentí lástima por ella. No hace poco quería matarla y enviarla al infierno. La situación empezaba a dar giros inesperados y eso me inquietaba.

—Vamos a descansar un rato aquí —expresó Victoria y me ayudó a dejarla en el suelo.

Se agachó a su lado y le quitó las vendas empapadas de sangre. La herida tenía mal aspecto y sabía que, si no recibía atención médica de inmediato, podía morir.

Chase se sentó encima de un tronco seco y miró el suelo, perdido. No quería estar en su situación. Sin embargo, al ser tan joven, no aguantaba la presión y actuaba sin pensar.

Alexander sacó un binocular, se alejó y nos dejó solos.

Metí la mano dentro del bolsillo de mi pantalón y saqué un paquete de cigarrillos. Me recosté contra un árbol y encendí el mechero. Ese viejo encendedor tenía muchos años. Mi abuelo me lo había regalado cuando cumplí los dieciséis años; lo había traído de su último viaje. Era un zippo dorado que llevaba una águila incrustada.

Apreté el cigarro entre mis labios y di una primera calada bien profunda.

Mis pensamientos volaron a la mujer que amaba. Me preguntaba si había despertado y si había preguntado por mí. Sentía por ella un amor real y cuando estaba con ella, una comodidad que no lograba explicar. Y esa sensación cobraba fuerza cada vez que pasábamos tiempo juntos.

Di otra calada y giré la cabeza con aire pensativo. Estaba fascinado por el vuelco que habían dado mis pensamientos. En verdad, nunca había pensado que era feliz, pero ahora, amando a Mila, me encontraba muy seguro de mí mismo. Me sentía afortunado por haberla conocido, ella era la mujer de mi vida.

—Ayúdame a limpiarle la herida —dijo Victoria y señaló la botella de agua que había en el suelo.

—¿Crees que llegará con vida arriba? —pregunté mientras destapaba la botella.

—Es poco probable. Voy a sacar la bala y quiero que la mantengas quieta.

Dejé la botella a su lado, en el suelo. El frío no ayudaba, Ánika temblaba y su cuerpo se movía constantemente. Me acerqué y la agarré por los hombros. Contuve el aliento y busqué el control.

—Ahora —dijo Victoria y apreté con fuerza mis manos en los hombros de Ánika.

Ella se retorció y gritó de dolor.

Chase salió corriendo y mis ojos se posaron en la herida. El cuchillo entraba y salía, desgarrando la carne. La sangre brotó a chorros y Ánika perdió el conocimiento. Su rostro se tornó pálido, más blanco que la nieve que nos rodeaba.

—La tengo. —Victoria agarró la bala con sus dedos empapados de sangre y la tiró al suelo—. Ahora hay que limpiar bien.

Estiré la mano y tomé la botella. Vacíe todo el contenido sobre la herida y Ánika abrió los ojos de golpe.

—Duele —susurró con voz quebrada.

Ánika tenía los ojos en lágrimas y no paraba de morderse los labios. Sus llantos me tocaron el corazón y sentí lástima por ella.

—Ey, deja de llorar. Eres una persona fuerte.

Victoria le acarició la mejilla y le apartó el pelo de su frente sudada.

—Lo soy y espero que algún día me recuerdes, Victoria. Espero que sepas valorar el sacrificio que hice... —gruñó de dolor.

—Nos tenemos que ir —avisó Alexander mientras se acercaba—. Hay hombres de Urlenko dando vueltas por aquí.

Victoria terminó de limpiar la herida y le colocó unas vendas nuevas. Me ayudó a levantarla del suelo y la agarré por la cintura.

—¿Dónde diablos está Chase? —preguntó Alexander mirándome a los ojos.

—Aquí —le contestó él con tono mordaz—. Se acercan tres hombres. Tenemos que eliminarlos antes de que nos vean.

—Voy contigo.

Ellos se fueron y apreté la mandíbula; casi podía oír los dientes de Ánika castañeando por el frío. Mi mente voló a las palabras de Alex. Si había hombres de Urlenko cerca, significaba que él sospechaba

algo.

—Estás preocupado —murmuró Victoria—. Yo también y espero que todo salga bien.

El viento comenzó a levantar una fina capa de nieve y Ánika se acurrucó en mi pecho.

—Tenemos que seguir —dije mirando alrededor.

Empecé a caminar y Ánika se aferró a mi brazo. Sus pasos lentos hacían difícil la caminata y tuve que reconsiderar nuestra situación. No obstante, tenía que ser paciente y no cometer ningún error. Ella era nuestra única entrada, pero también podía ser nuestra perdición.

—Estamos cerca... —balbuceó Ánika.

Alcé la mirada y vi de lejos un muro de piedra recientemente levantado. Quien lo hizo, fue para ocultar algo.

—Esto debe ser. —Victoria se apoyó en uno de los árboles y tiró de sus guantes. Sacó su pistola y limpió su frente de sudor.

Hice lo mismo y me apoyé contra un árbol. Sostuve a Ánika contra mi pecho y me quedé callado.

—Perdóname... —susurró ella y tosió.

—No hables.

—Necesito tu perdón, necesito morir en paz.

Sus ojos parpadearon. Mi cuerpo entero se relajó y se contrajo al mismo tiempo. Sentía la muerte cerca, rondando con anticipación.

—No vas a morir —espeté; eso me estaba afectando demasiado.

—Sí, llegó mi hora... perdóname, por favor. Te amé de verdad.

Los recuerdos se deslizaron por mi mente como pedazos de vidrio roto y volví a la realidad.

—No puedo perdonarte. Intentaste matarme, drogaste a Alicia y mataste al padre de Chase.

Ella levantó la mirada hacia mí, sus ojos azules más vidriosos que nunca.

—No sabes nada —dijo con tono mordaz—. ¿Por qué crees que sigues con vida? ¿Por qué crees que drogué a tu novia en vez de matarla? —Se tensó en mis brazos—. Tuve la oportunidad de matarlos a todos, pero no lo hice. Tengo sentimientos y no soy tan mala como pensáis.

—Tenemos que encontrar una manera de entrar —dijo Victoria mirándonos—. ¿Alguna sugerencia, Ánika?

—Iré yo. No intentarán nada si les digo que me escapé. —Salió de mis brazos—. Así tenéis una buena distracción para entrar. Ella se lo merece...

—Espera, Ánika... —Tiré de su mano—. ¿Cómo puedo saber que no les dirás que estamos aquí?

Torció una sonrisa amarga y estiró una mano para acariciar mi mejilla.

—No escuchaste nada de lo que te dije. —Arrugó su cara un poco—. Estás cegado por odio. Lo entiendo, Karim y quiero pedirte un último favor.

—Ánika...

—Prométeme que estarás conmigo cuando cierre los ojos por última vez y que vas a sostener mi mano.

Realmente no quería tener esa conversación y me sentía con ganas de patear algo.

—Yo...

—Por favor. —Volteó su cara hacia mí. Levantó la mirada y no pude evitar las palabras.

—Te lo prometo.

—Gracias. —Sus ojos se relajaron.

Di un paso atrás, intentando procesar todo, sobre mis sentimientos y mi propio odio. Me sentía fuera de control y deseaba que todo terminara para volver con Mila.

Capítulo 37

Eché un vistazo a mi alrededor y me acerqué a Alex. Todos estaban en silencio y miraban el infranqueable muro que teníamos delante de nosotras.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en Ánika? —Alexander rompió el silencio y sacudió la cabeza con cansancio.

—No estoy seguro, pero no tenemos otra opción. Llevamos media hora esperando y nadie salió. Será que ella no dijo nada.

—Karim, tiene razón —dijo Victoria y tiró de su gorra hacia abajo—. Si hubiese hablado, ahora estaríamos rodeados de los hombres de Urlenko.

—Sigo diciendo que esto me huele a trampa —expresó Chase molesto—. Nadie cambia de la noche a la mañana, pero no me queda otra que entrar con vosotros. Sois mi familia.

—Entonces... ¿quién sube primero? —preguntó Alexander y señaló el muro.

—Lo haré yo. No es por nada, pero soy el más joven —dijo Chase y esbozó una sonrisa sombría—. Cuando esté arriba, os avisaré si es seguro para subir.

En el momento que Chase se acercó al muro, recordé el día en que Mila y yo fuimos a la casa de Alex y lo encontramos desnudo y atado a una silla. Me eché a reír y ellos me miraron con intriga.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó Alex y golpeó mi hombro.

—No quieres saberlo...

—Oh, sí. Si estás riendo en una situación así, debe ser bueno el chiste.

Solté una carcajada y sacudí fuertemente mi cabeza.

—Yo también quiero saberlo —dijo Victoria y me dio una mirada fugaz—. No viene mal soltar un poco la tensión.

Apreté los labios para contener la risa y pestañeeé al mirarla.

—Venga, cuéntalo —animó Alexander.

—Mejor me callo...

—Si no lo cuentas, te reviento la cabeza.

Victoria ladeó una sonrisa y colocó el revólver en mi nuca.

—Lo siento, hermano, pero me tienen a punta de pistola...

—¿Eh? —Levantó una escéptica ceja hacia mí.

—Recordé el día cuando fui con Mila a tu casa y vimos la escena que tenías montada. Tú estabas...

—Oh, no.

Su mandíbula se endureció y me cubrió de inmediato la boca con su mano. Sacudió la cabeza en negación y gruñó en mi oído.

—No vas a decir nada, ¿entendido?

—Déjalo hablar, Alex —dijo Victoria y guardó la pistola.

—¿Os queréis mover? —susurró Chase—. Antes de que venga alguien.

—Parece que hoy es tu día de suerte —le dijo Victoria a Alex—. Pero quiero escuchar esa historia. Sabes que soy bastante curiosa.

—Es una tontería —dijo él restándole importancia.

—Una tontería que hizo reír a Karim, así que quiero oírla cuanto antes. —Me miró a los ojos—. ¿Voy a reír?

—Mucho —contesté y reí entre dientes.

—¿Os queréis calmar? —El nerviosismo pareció apoderarse de sus gesticulaciones al decir eso—. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—Si tú lo dices... —dijo ella y me guiñó un ojo.

Alex iba a replicar algo más, pero, antes de poder balbucear, Chase silbó.

Sin más dilaciones, nos dirigimos hacia el muro. Dejé atrás todos los pensamientos y las preocupaciones; necesitaba estar concentrado. Empecé a trepar con determinación y mantuve la mirada fija en los movimientos de mis compañeros.

Guiado por una fuerza inexplicable, llegué arriba antes que ellos. Me quedé quieto y observé con atención los alrededores. Lo que vi me sorprendió mucho. La casa estaba rodeada de vallas de alambre y parecía abandonada. Las persianas estaban bajadas y no había nadie vigilando las entradas.

En un intento por descubrir si había movimiento en el interior de la casa, escuché detenidamente el sonido ambiente, pero no percibí ningún ruido o paso delatador. Lo único que se podía oír era el movimiento de los árboles.

—Esto es más difícil de lo que pensé —susurró Alexander—. En cada rincón hay cámaras de seguridad y detectores de movimiento. —Señaló los árboles que rodeaban la casa.

—No es la primera vez que nos encontramos con algo así. Tenemos experiencia —dije como si no fuera gran cosa.

—¿Qué tenemos que hacer? preguntó Chase irritado—. Esta es mi primera misión y..

—Y hoy vas a poner en práctica lo que has aprendido. Aún no sabemos si vales para este trabajo. —Alexander le guiñó un ojo—. Hoy vas a hacer de héroe.

—¿Eh? —Lo miró confuso—. ¿Qué tenéis planeado?

—Necesitamos una distracción para que las cámaras de vigilancia se giren todas en una sola dirección —explicó Alexander—. Luego nos acercamos a la puerta de atrás. Por lo que veo es la única que tiene la persiana subida.

—Es un plan perfecto —expresó Victoria. Sus ojos se dirigieron instintivamente hacia él.

—¿Por qué tengo la impresión de que la distracción soy yo? —Las cejas de Chase se elevaron.

—Porque es así. Puedes hacer lo que te dé la gana, incluso cantar. En la ducha últimamente se te daba bastante bien. —Me enderecé y enfoqué mi atención en él.

—¿Cantas en la ducha? —Victoria compartió una breve mirada con Chase—. Necesito escucharlo...

—¿Cómo coño sabes que canto en la ducha? —bramó.

Alexander soltó una carcajada y le golpeé el hombro para hacerlo

callar. Mantuve la mirada en él durante un breve silencio hasta que no pude contenerme más y comencé a reír, contagiándole con mi risa.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Chase mirándonos con resignación.

—Lo saben todos... Tu voz es angelical, tío. —Golpeé con suavidad su hombro.

—¿Cómo demonios lo saben?

—Karim colocó micrófonos en las duchas. Nos gustaba escucharte por las noches cantando —soltó Alexander riendo.

—Vaya y yo perdiéndome todo esto... —murmuró Victoria.

—Esta me la vas a pagar, Karim —graznó y tiró de mi brazo.

Mi bota derecha resbaló y me desequilibré. En mi caída, sentí que mi espalda rozaba contra la dura piedra del muro. Cuando mis pies tocaron el suelo, mis sentidos percibieron una alarma silenciosa sonando. Después de tantos años de entrenamiento tenía el oído formado.

Las cámaras de seguridad se giraron y supe que tenía que moverme de allí. No estaba soñando, todo aquello estaba pasando y era muy real.

—Corred —grité y saqué la pistola.

Capítulo 38

Corrí en dirección a la casa sin siquiera detenerme para ver si mis amigos permanecían detrás. Estaba convencido de que sentiría una bala desgarrando mi cuerpo en cualquier momento y esa sensación alteraba mi corazón.

Escuché disparos y en milésimas de segundos reaccioné. El primer estallido impactó en el pecho de un hombre y el segundo fue directo al mismo punto de su compañero. Los dos cayeron muertos al suelo.

—¡Corre, Karim! —chilló Victoria y levanté la mirada.

Ellos habían llegado a la puerta trasera y consiguieron abrirla. El frío se arrastraba a través de mi mejilla mientras me acercaba hasta allí.

Dos hombres aparecieron de la nada y empezaron a disparar. Las balas silbaban en todas las direcciones y me encontré atrapado en el medio de aquel caos. Me agaché y esquivé los disparos como puede.

Todo pasaba a cámara lenta y la furia fluía a través de mí mientras intentaba eliminarlos.

No respiré y ni siquiera parpadeé cuando sentí el dolor de un disparo. Una sensación de escozor cubrió mi piel y entretanto jadeaba por aire. Sentí que mi cuerpo fallaba rápido. Mis rodillas no podían sostener mi peso.

Sentía mi pecho como si fuera a explotar y un escalofrío se extendió a través de mis hombros. Me desplomé en el suelo y mis ojos se cerraron. Mi cuerpo estaba inerte y me sentía incapaz de aceptar lo que había pasado.

Unas manos me agarraron por detrás y, cuando me levantaron del

suelo, di un grito de dolor.

—Vamos, Karim —dijo Chase—. Camina conmigo.

—Duele...

—Sácalo de allí —vociferó Victoria. Me miró al mismo tiempo que yo la miré.

Alexander salió y empezó a disparar. Apenas llegó a caminar un puñado de pasos, cuando una bala impactó en su hombro. Empezó una balacera y los disparos golpearon los vidrios.

Alex y Victoria abatieron a esos tres hombres que disparaban y me di cuenta de que la balanza se había inclinado a nuestro favor.

De repente, una alarma empezó a sonar y Chase me cargó hasta la puerta. La abrió y entró conmigo en la casa. Me estiré en el suelo y apoyé mi espalda contra la pared.

El salón era grande, de unos cuarenta metros cuadrados y tenía mucho pasillo. El sol de la tarde brillaba a través de las ventanas, enviando manchas de luz al interior de la casa.

—Me quedaré aquí... —Estaba a punto de decir algo más cuando mi boca se cerró de un chasquido.

Me quedé en silencio pensando en todo lo que había ocurrido.

—Ni se te ocurra —dijo Alexander y se agachó delante de mí—. Vendrás con nosotros, no vamos a dejarte solo.

Quería discutir con él, pero decidí no hacerlo. Él parecía muy decidido y sabía que no podía decir nada para que cambiara de opinión.

Me agarró por la cintura y me puso de pie.

—Hay mucho silencio —dijo Chase—. Esto no me gusta... ya saben que estamos aquí y no hay movimientos.

—Estamos preparados para lo que sea —dijo Victoria.

Mis pies titubearon mientras trataba de seguir caminando, y todo lo que podía pensar era que la sangre no paraba de salir. Experimentaba la misma situación de hacía tres años cuando Ánika me había disparado. Era el mismo dolor líquido y la misma sensación de ahogo.

También recordé la primera vez que me dispararon: fue tan rápido y doloroso que no me dio tiempo a reaccionar. Antes me daba igual

todo y ponía mi vida en peligro todos los días. Pero esta vez era diferente, quería sobrevivir para Mila. Le había prometido que la cuidaría toda mi vida y tenía intención de cumplir esa promesa.

Mis párpados pesaban y me sentía muy cansado.

—No puedo más... —murmuré con voz ronca—. Necesito descansar.

—Aguanta, hermano —dijo Alexander—. Vamos a salir de esta. Piensa en Mila.

—Lo hago, solo en ella estoy pensando.

—Sh, no hagan ruido —susurró Chase y se agachó—. Hay movimientos en la primera planta. Iré a comprobar.

—Voy contigo —dijo Victoria.

—No entiendo nada. Ánika entró hace horas y esto debería estar como un hormiguero —susurré.

—Algo me huele mal a mí también.

Se escucharon disparos y Alexander me tiró al suelo para cubrirme.

—No te muevas de aquí —dijo.

—No lo haré...

Dejé de hablar porque escuché pasos. Giré la cabeza y vi a Urlenko bajando las escaleras. Él sostenía a Ánika contra su pecho con una mano y en la otra llevaba una pistola.

Ella tenía las manos atadas delante, la mirada perdida y su ropa estaba empapada de sangre. Estaba peor que yo; le faltaba muy poco para abandonar este mundo. Urlenko siempre la había tratado como a una hija y verla así a su lado me dejó bastante pasmado.

—Por fin... —dijo él y la empujó con brusquedad y sin lástima alguna.

Su cuerpo rodó varias veces hasta que llegó al pie de la escalera. Su cabeza impactó contra la barandilla y la dejó como un muñeco inerte.

Gritó de dolor y sentí pena por ella.

—Aquí estoy, Karim —masculló Urlenko y levantó las manos en el aire—. Llevas años buscándome, ¿qué esperas para matarme?

Su voz sonó exageradamente tranquila y provocó un escalofrío que me recorrió de arriba abajo el espinazo. Todo mi cuerpo se tensó de repente, era como si mis entrañas se hubiesen empezado a encoger y

tiraban hasta detener mi respiración.

—Ánika fue como una hija para mí. —Llegó a su lado y la apuntó con la pistola—. Hasta que te conoció a ti.

Él disparó y la bala atravesó la pierna de Ánika. Ella gritó de dolor y se sacudió.

El odio que sentía en ese momento afloraba por todos y cada uno de mis poros. Urlenko iba a pagar por lo que había hecho, estaba dispuesto a hacer lo que sea y no tenía intención de parar hasta conseguirlo.

—Ella empezó a tener sentimientos por ti y cada vez le costaba más matar. —Disparó otra vez y la bala atravesó la otra pierna.

—¡Para! —vociferé y él levantó la mirada.

—¿Por qué lo haría? Se merece morir y tú mejor que nadie lo sabe. ¿O quieres matarla tú mismo?

Caminó hasta donde estaba yo y estiró la mano. Miré la pistola fijamente, pero no vi nada. Era como si mi cerebro intentara borrar la horrible imagen que tenía delante de mí.

—No lo haré —gruñí y Alexander me agarró con más fuerza para sostenerme—. No voy a matarla.

—Muy bien. Lo haré yo.

Capítulo 39

Ánika me miró. Sus ojos estaban enrojecidos y su boca estaba abierta. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas sucias y sollozaba. Nunca la había visto así, tan perdida y decaída.

—¡Al suelo! —gritó Victoria desde arriba.

La voz frenética de mi jefa me trajo de vuelta. Alexander tiró de mí para ponerme boca abajo y empezó a disparar. Los hombres de Urlenko cayeron uno por uno y en ese momento supe que Chase nos estaba cubriendo.

Victoria bajó las escaleras y apuntó a Urlenko con un rifle.

—No te muevas —dijo ella con voz gutural.

—Me gusta ver a una mujer con agallas. —Hizo una pausa y dejó la pistola en el suelo—. Y más cuando es hermosa.

Ella se acercó y empujó lejos el arma con el pie. El ruido me sobresaltó y me estremecí.

—Es seguro salir, Chase —informó ella sin dejar de apuntar a Urlenko.

—No vais a salir con vida de aquí —balbuceó él—. Puede que yo tampoco.

—Cállate. —Lo empujó para que bajara las escaleras—. Al suelo, de rodillas.

—No pienso arrodillarme delante de nadie. —Apretó los puños—. Antes... prefiero morir.

—Deseo concedido.

Ella apretó el gatillo y la bala atravesó la pierna derecha de Urlenko, obligándole a ponerse de rodillas.

—¡Hija de puta! —masculló él con los dientes apretados. Gruñó de dolor y la miró con incredulidad. Levantó la vista hacia ella e intentó ponerse de pie.

—No te muevas —espetó mi jefa—. O dispararé otra vez.

Urlenko agachó la cabeza y se quedó quieto, rendido ante la situación.

Mis ojos viajaron hasta la escalera y vi a Chase bajado tranquilamente, mientras Ánika se arrastraba para llegar a mi lado.

Me levanté despacio con la ayuda de Alexander y caminé hasta la escalera. Me senté al lado de ella y agarré con fuerza su mano fría y llena de sangre.

—Karim..., lo siento por todo. —Me miró a los ojos—. No voy a pedirte otra vez perdón porque sé que no lo merezco.

Ella intentó secarse la sangre que salía de su boca, pero fue en vano porque su mano cayó hacia abajo, derrotada.

—Sé fuerte y aguanta.

—Este es mi fin. —Apretó mi mano—. Gracias por estar a mi lado en este momento... ahora puedo morir en paz.

—No, espera...

—La vida da muchas vueltas... —Tosió y se quejó de dolor—. Algún día vendrá ese perdón, la verdad saldrá... —Cerró los ojos y parpadeó lento.

Poco a poco dejó de sostener mi mano y, cuando su cabeza cayó hacia un lado, supe que su alma había abandonado el mundo.

Su muerte me afectó y una tristeza amarga que no podía manejar se hizo presente y sofocó el odio.

—Por fin murió la víbora —dijo Chase con cierta satisfacción en su voz—. Es una pena que no le haya podido arrebatarse yo mismo la vida.

Sabía que Chase tenía razón y entendía su dolor. Sin embargo, no podía ignorar que la muerte de Ánika me había conmovido.

—¿Estás bien, hermano? —preguntó Alex y me agarró por la cintura para ponerme de pie—. Nos tenemos que ir.

—¿Urlenko?

—Victoria se encargará de él.

—Despacio, joder —dije entre dientes.

—Lo siento...

—¿Os echo una mano? —preguntó Chase mientras se acercaba.

—No, pero quiero que vayas al garaje y que nos traigas un coche. Tenemos que llevar a Karim al hospital.

Chase asintió y salió corriendo.

—Estoy muy cansado —dije mientras arrastraba mis piernas.

—Aguanta, hermano. Piensa en Mila, en tu hermana y en tu sobrino.

—Lo intento... —Me aferré a su cintura.

—Háblame, sigue hablando.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sea, solo habla.

Abrió la puerta de la casa y vi a Chase corriendo hacia nosotros. Me llevaron hasta el coche y me metieron atrás. Apoyé mi espalda contra el respaldo del vehículo y presioné la mano en la herida. Sentí un dolor punzante que electrocutó mi cuerpo y apreté los dientes.

—No escucho nada, Karim —bramó Alexander mientras se sentaba a mi lado—. Cuéntame algo.

—¿Recuerdas la misión que tuvimos en Brasil? —pregunté y cerré los ojos.

—¿Cuando te dispararon en el trasero? Eso no se olvida, hermano. Agujerearon tu culo y estuviste dos meses caminando a todos lados con ese cojín raro.

Él rio entre dientes, sacudiendo la cabeza.

—Fue bastante doloroso y vergonzoso. Pero lo hice por ti, hermano. Esa noche vi a Juanito entrando en tu habitación y llevaba una pistola en la mano. No dudé ni un segundo y salí por la ventana. Tengo miedo a las alturas, pero, aun así, llegué hasta tu dormitorio bastante tranquilo.

—Siempre tuvimos problemas con las misiones por tu miedo a las alturas —comentó.

—En el momento que me tiré al suelo, me vieron y empezaron a disparar. Fue entonces cuando una bala atravesó mi culo perfecto —reí y empecé a toser.

—Tranquilo. —Me miró con preocupación.

El suelo se sacudió y se escuchó un estruendo. Todo desde ese momento pareció suceder en cámara lenta.

Chase frenó el coche de golpe y Alex se volvió hacia mí.

—Quédate aquí —dijo con firme determinación.

—¿Qué pasó? Victoria no salió de la casa, ¿verdad?

Una presión repentina en mi herida me forzó a quedarme quieto. Mi mundo comenzó a tornarse borroso y mi corazón se agitó. Estaba preocupado, pero me sentía cansado y sin fuerzas para reaccionar.

Capítulo 40

El dolor atravesó mi hombro. Empecé a desmayarme, pero oí una voz diciendo mi nombre.

Abrí los ojos y vi la cara de Chase.

—¿Qué pasó? —exhalé—. Ayúdame a salir.

—Ni de coña, Karim.

Ruidosas voces y fuertes pasos se escucharon fuera del coche.

—Sácame de aquí. Quiero saber qué pasa.

—Quédate dentro del vehículo. —Cerró la puerta y se fue corriendo.

Me estiré hacia atrás, sintiendo el dolor de la herida de bala que no logró darle a mis órganos vitales. Ese dolor tan familiar que hacía parte de mi vida. Me sentía impotente y quería ayudar. No podía dejarlos solos, ellos eran lo único que tenía en la vida; eran mi familia.

Ese maldito de Urlenko lo tenía todo muy bien pensado para matarnos y yo ni siquiera me había dado cuenta. La incertidumbre me asfixiaba, había arrastrado a todos conmigo y había puesto en peligro la vida de las personas que más quería.

A través de la bruma, oí una voz inconfundible: la de Alex. Cuando volví mi cabeza, la puerta se abrió y vi a Victoria en los brazos de Chase. Ella tenía los ojos cerrados y gemía. La sangre chorreaba de sus brazos y toda su ropa estaba destrozada y quemada. Me estiré en el asiento, sin importarme el dolor, y ayudé a Chase a sentarla a mi lado.

—Hijo de puta... —gruñí con lágrimas en los ojos—. Dime que está

muerto. —Lo miré a los ojos—. Dímelo.

—Está muerto. Tranquilízate, por favor.

—Ella está viva, eso es lo más importante —dijo Alexander mientras retiraba los restos de la ropa empapada de sangre que cubría los brazos de Victoria—. Ella es fuerte y sobrevivirá.

—¿Por qué no me di cuenta? La tranquilidad de Urlenko hablaba por sí sola y Chase no paraba de decirnos que todo apuntaba a ser una trampa —dije con voz grave.

—Fuimos descuidados.

Alexander cerró la puerta y rodeó el coche. Se subió delante y arrancó el motor.

—Perdóname, Vicky.

Rompí un trozo de mi camiseta y la mojé con agua. Limpié su rostro y sus labios secos. Las quemaduras de sus brazos eran feas y grandes, pero había sobrevivido a una explosión y nada más tenía importancia.

—En media hora llegamos al hospital —avisó Alexander—. Intenta no moverte mucho, Karim. Estás perdiendo mucha sangre.

Tomé las manos de Victoria y las estreché con fuerza. Sonreí cuando sentí un ligero apretón de su parte.

Mi débil cuerpo se desplomó hacia atrás, pero no dejé de sostener su mano.

Giré la cabeza y parpadeé. Luché por abrir los ojos, pero mi mundo era una imagen borrosa, un espejismo. Estaba agotado y sentía como si mis costillas hubieran sido aplastadas. Miré alrededor, tratando de averiguar dónde estaba. Una figura oscura estaba de pie, delante de mi cama. Mi mente se nubló y tuve que enfocar.

—Karim..., mi amor. ¿Cómo te sientes?

—Mila, ¿eres tú? —Estiré una mano, pero la dejé caer por el dolor.

—No te muevas.

—¿Victoria está bien?

—Se está recuperando.

Ella se sentó en la silla que había a mi lado y tomó mi mano.

—Tu rostro...

—Ya lo sé, soy fea. —Giró la cabeza.

—No, eres preciosa. Quería decir que se ve mejor. Se curará por completo en unas semanas. Te lo digo por experiencia.

—Gracias. —Besó mi mano.

—¿Cuánto tiempo llevo en este hospital?

—Un día y despertaste dos veces. —Sonrió.

—Eché de menos tu sonrisa, Mila. Me alegro de que estés bien. Cuéntame qué pasó cuando Ánika te encontró.

—Cuando te fuiste del hospital, los hombres de Urlenko me atraparon. Luché contra ellos, pero eran muchos y.. he matado otra vez. —Sus palabras surgieron más como un suspiro que un sonido real.

—No tenías elección.

—Ya lo sé —Sus ojos se llenaron de angustia—. Cuando me atraparon, me llevaron al sótano y me pegaron hasta dejarme inconsciente. Cuando desperté, tenían a Alicia y al bebé.

—Te dejé sola. Fue un error, perdóname.

—No lo sabías y no hay nada que perdonar.

Su cabeza se inclinó hacia abajo y sus cálidos labios encontraron los míos.

—Quiero irme de este lugar cuanto antes —susurré.

—Nunca volveré a Rusia. Este país solo consigue transportarme al pasado y no quiero volver a revivirlo nunca más.

—Necesitamos pasar página.

—Sabes... —Se mordió los labios—. Ánika me salvó.

—¿Qué dices? —pregunté cálidamente.

—Cuando Urlenko quiso matarme, ella intervino y lo convenció de que era mejor drogarme. Y recuerdo sus palabras cuando pinchó mi brazo: «El dolor desaparecerá y Karim te salvará. Él te ama».

—No entiendo por qué lo hizo. Me pidió perdón por todo pero no... Yo no puedo olvidar y perdonar, sin embargo, sentí pena cuando murió.

—Tuvo sus razones para actuar de esa forma.

—Sí, hay algo que me hizo verla de otra manera.

La puerta de la habitación se abrió y vi a Alex entrando. Un manojo de globos rosas danzaba encima de su cabeza y él sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo está la bella durmiente? —Me dio una gran mirada—. Me alegro de que estés bien, hermano. Tengo buenas noticias para vosotros.

—Pues habla y suelta esos malditos globos.

—Los traje para ti. ¿No te gustan? —Enarcó una ceja y se echó a reír.

—¿Dónde está Chase?

—No lo sé. —Soltó los globos y sentó en la silla libre que había al lado de la cama—. No pudo contactar con él.

—Estará emborrachándose por allí.

—¿Cómo está mi hermana, Alex? —Resoplé agraviado y me estiré hacia atrás en las almohadas con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Muy bien, tanto ella como nuestro hijo. Quiere irse de aquí —contestó y se pasó las manos por la cara—. Y yo también.

—Os entiendo, pero yo tengo que quedarme. Ivanov sigue vivo, tengo que terminar lo que empecé.

Sentí un fuerte apretón por parte de Mila y levanté la cabeza. Mi corazón comenzó a latir como un ruido sordo. Cada vez que sus ojos encontraban los míos, mis sentimientos aumentaban.

—No quiero que lo hagas, no quiero perderte, Karim —dijo ella con voz trémula.

—Ey.. —dijo Alex—. ¿No queréis escuchar la buena noticia?

—Por supuesto que sí. ¿Qué esperas? —Di una débil media sonrisa.

—Mañana nos podemos ir de aquí. Todo terminó.

—¿A qué te refieres?

Su boca se curvó en los lados, satisfecho con mi reacción. Habló con alegría.

—A esto. —Se acercó y estiró la mano para darme su móvil—. Os dejo solos.

—Quiero ver —murmuró Mila y estiró un poco el cuello.

—Voy a leerlo en voz alta. Es en ruso.

Los policías encontraron el cuerpo sin vida de Ivanov Milevich en su propia casa ayer por la tarde. Todo apunta a ser un ajuste de cuentas. No hay pruebas concluyentes y no hay testigos. En su casa encontraron más de cinco millones de euros y unos cincuenta kilos de cocaína. Por eso descartaron el robo como razón. Las investigaciones están paradas hasta nuevos datos.

—Está muerto... —Sacudió la cabeza—. ¿Qué crees que pasó?

—La muerte de Urlenko movió las aguas y seguramente alguien buscó venganza —dejé el móvil encima de la mesita—. Es bueno que nadie sospeche de nosotros. Todo terminó, mi amor.

Tomé su mano y tiré con delicadeza. Ella agachó la cabeza y juntó sus labios con los míos. El calor se extendió por mi cuerpo y emití un sonido. Necesitaba más. Ella no me negó nada y su boca se movió con descaro contra la mía. El deslice de lenguas y los suaves gemidos se fundieron en un cálido y profundo beso.

—Sabes a naranja... —susurré.

—Comí una naranja ante de venir aquí —murmuró con los labios pegados a los míos—. Te quiero mucho, Karim, y gracias por devolverme la ilusión, la alegría y las ganas de amar. Voy a dejar de buscar a mis padres. Solo me fastidieron la vida, no quiero saber nada de ellos.

—Es tu elección. Yo también te quiero y voy a caminar a tu lado y protegeré tu corazón, mi amor. Quiero que cada día cuando te despiertes... —Toqué su nariz con mi dedo índice—. Quiero que me mires, me sonrías y me digas: «Eres todo lo que necesito en esta vida» porque, para mí, sí lo eres, y soy feliz de haberte encontrado.

—Sin duda, lo haré.

Capítulo 41

Dos semanas más tarde...

— **H**ola, preciosa —susurré en su oído y ella abrió los ojos.

— ¡Karim! Te eché de menos.

— Fueron solo tres días.

— Muchos... —Puso un puchero.

Sonreí y alargué una mano para apartarle el cabello que cubría su rostro.

— Dime exactamente qué hiciste.

Me pasé los siguientes minutos contándole a Mila una versión corta de los hechos. Cuando le dije que Grashim no estuvo de acuerdo con mi renuncia, sus ojos me miraron inquietantes.

— Me estás preocupando —susurró.

— Todo salió bien. Grashim accedió a quedarse con Chase.

— Menos mal.

Agaché la cabeza y enterré mi nariz en el hueco de su cuello y respiré, dentro y fuera. Se sentía tan sólido y tan real. La tenía en mis brazos y estaba feliz. Me juré a mí mismo que nunca iba a dejarla sola de nuevo.

Ella frotó la parte posterior de mi cuello. Cerré los ojos y simplemente la dejé calmarme.

— Me alegro de que estemos bien. —Exhaló y la sentí temblar—. Tenía miedo.

— Recuerdo cuando vi tu rostro por primera vez. —Me aparté un poco para mirarla a los ojos—. Dije que eras para mí. Empecé a hacerme ilusiones y sabía que no habías aparecido por casualidad en

mi vida. Estábamos destinados a conocernos.

Asintió con la cabeza y sonrió con debilidad.

—Yo no quería sentir nada por ti. Nunca había estado enamorada, para mí el amor era un misterio. —Tomó aire—. Lo que intento decirte es que llegué a pensar que la mala suerte me perseguía, que alguien había echado una maldición sobre mí. Todas las personas que había querido, murieron...

Ella no parpadeó, simplemente me miraba, mantenía esos ojos húmedos en los míos.

—Mila... —Me acerqué y coloqué un dedo sobre sus labios—. Dejemos el pasado atrás.

—Tienes razón.

—Te amo y estoy enamorado de ti, de nosotros. Esto es lo más importante. —La miré y contuve el aliento—. Eres el amor de mi vida y siempre cuidaré de ti. Me gusta hacerlo porque me hace feliz.

Mila se bajó de la cama y se colocó delante de mí. Llevaba puesta una camiseta mía que cubría todas las partes buenas de su cuerpo.

Me puse de pie, estábamos lo suficientemente cerca para compartir el aliento.

Me quitó la camiseta y se inclinó hacia adelante. Dejó sus manos deslizarse arriba alrededor de mi espalda y a través de mis hombros. Presionó un beso con la boca abierta en el centro de mi pecho y suspiré, ella puso feliz a mi corazón.

Tomé una de sus manos que colgaba suelta a su lado. Estaba contento, no había más secretos que ocultar.

Sus manos en mi piel desnuda me parecieron incitantes. Me sentía como si llevara esperando ese momento toda mi vida. Una persona que me quería y una persona a la que podía devolverle el cariño con actos y palabras.

Me temblaban las piernas, pero deseaba tenerla salvaje y espontánea. Mi boca descendió sobre la suya con una fiereza que no había esperado. Ella me dejó devorar sus labios y me dejó poner mis manos en todas partes. No había suavidad, todo lo que existía era una ciega necesidad de estar dentro de ella y hacerla sentir el apuro que me estaba volviendo loco.

Dejé su boca para lamer y besar su cuello hacia abajo. Aproveché para llevarla conmigo hacia la cama y la ayudé a sentarse entre besos y caricias. Se quitó la camiseta y se echó hacia atrás. Dejé de respirar por un segundo y paseé la mirada por su cuerpo exquisito. Me estiré a su lado y sus labios aterrizaron en algún lugar debajo de mi ombligo y de mis abdominales contraídos, tan duros que dolían.

Jadeé su nombre y con la mano derecha agarré su cabello, tirando con suavidad hacia atrás. Me miró con los labios entreabiertos y gimió bajito.

—Tómame duro —murmuró.

Vi ardor en su mirada y me costaba respirar. Sin pensarlo, le separé las piernas y tiré con fuerza de su cabello. Su cuello quedó al descubierto y casi me derretí de placer.

—Dime que me deseas, Mila —pedí con tono mordaz.

—Siempre. —Su respuesta sincera me enloqueció.

Estaba tan duro que dolía. No recordaba si alguna vez estuve tan caliente como lo estaba en ese momento.

Llevé mis labios a un suave y sensible punto de su cuello, justo debajo del lóbulo de su oreja. Lo besé con delicadeza y moví mis dedos por sus mejillas. Tan pronto como mi boca alcanzó su hombro, usé la lengua para lamer su cuello en un continuo y húmedo movimiento. A diferencia de la última vez, no quería que nos apresuremos.

Ni siquiera me había dado cuenta de que, todo el tiempo que había estado trabajando en su cuello, mis manos habían capturado sus pechos y mis pulgares estaban frotando, dando golpecitos contra los duros pezones.

Mi miembro se puso más duro mientras mis manos continuaban moviéndose para pellizcar las puntas lentamente. Su respuesta fue inmediata y el sonido de mi nombre en sus labios ordenó a mis caderas que empujaran más profundo.

Mi cuerpo reaccionó en el tiempo que mi lengua bailaba en su boca y no pude evitar el pesado gemido que escapó de mi garganta.

—Te necesito tanto que me duele —susurré contra sus labios.

Mis dedos se deslizaron hacia abajo por su suave piel hasta que

encontraron su caliente humedad. Ella tembló contra mi mano y su boca imitó los movimientos de mis dedos. Levanté la mirada y vi que tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y respiraba con dificultad; estaba preciosa.

Deslicé mis manos por sus pechos, poniendo sus pezones entre mis dedos y cuando la miré a los ojos me gustó lo que vi: cariño y amor, sentimientos que había echado de menos.

—No me hagas esperar más —susurró Mila.

Gemí en respuesta y me deslicé entre sus muslos. Me conduje a mí mismo más profundo y continué moviéndome; entraba y salía mientras mi boca vagaba por su cuello.

Mi corazón estuvo a punto de estallar debido a su frenética respuesta y, a juzgar por sus suaves gemidos, estaba tan cerca como yo. La razón me abandonó y me perdí en un mundo de sensaciones físicas hasta que el temblor de su cuerpo me atravesó.

—Karim... —Las palabras murieron entre sus labios apretados.

No quería colapsar sobre ella, pero lo hice. Enterré mi cara en su cuello y la acerqué a mi pecho antes de reunir la energía para voltearme.

Metió la cabeza debajo de mi barbilla y cerró los ojos. Podría estar así con ella para siempre.

Capítulo 42

Dos años más tarde...

— La casa de madera es preciosa, aunque la veo un poco torcida. — Ladeé la cabeza.

— No me jodas, Karim — gruñó Alex y me empujó—. Me pasé todo el fin de semana cortando y midiendo cada pieza.

— Ya, pero no la veo muy segura. Si alguien como tú sube por esa escalera...

— Es para los niños, tío — gruñó—. Espero que no intentes subir. — Me miró mal.

— No lo haré, tranquilo.

Sonreí y busqué con la mirada a Mila. Ella estaba sentada al lado de mi hermana y gesticulaba mientras hablaba. Su cabello estaba en un moño desordenado y sus ojos ocultos tras un flequillo largo. Me vio y sonrió. Acarició su tripa y me moví lentamente hacia allí. Me senté a su lado y ella tomó mis manos. Las depositó con cuidado encima de la tripa y, cuando sentí un ligero movimiento, agrandé los ojos.

— Parece que nuestra princesa es una guerrera como su madre — murmuré.

— No quiero más asesinos en esta familia. — Mi hermana nos señaló con el dedo—. Tuve suficiente... — Abrazó a su hijo—. Ahora estamos bien todos.

— Así es. Solo falta que Chase encuentre una novia — dije en voz baja.

— ¿Sabes algo de él? — preguntó Mila—. ¿Volvió?

— Sí, volvió — contestó Victoria mientras se sentaba a mi lado—.

Lleva dos meses trabajando otra vez para mí. Está cambiado, parece otra persona.

—¿Cambiado? —preguntó mi hermana y tomó el vaso con agua que le había traído su marido—. ¿En qué sentido?

—¿Qué pasa? —preguntó Alex mirándonos—. ¿Estabais hablando de mí?

—No todo gira a tu alrededor, mi amor —dijo Alicia riendo y bebió el agua de un trago—. ¡Qué sed tenía!

—Sigue hablando —animó Mila y Victoria tiró hacia abajo de las mangas de su camisa.

Se había recuperado muy bien, pero sus brazos quedaron marcados para siempre. Las cicatrices no se notaban mucho, sin embargo, ella siempre llevaba mangas largas y evitaba hablar de lo ocurrido. Volvió al trabajo como si nada hubiese pasado y siguió con su vida tranquilamente. Sabía que por dentro estaba hecha polvo, vernos a todos casados y felices la hacía sentirse vacía. Conocía ese sentimiento a la perfección, así me sentía yo antes de conocer a Mila.

—Chase es otra persona, es muy frío y no habla mucho. Estuvo en México entrenando con los mejores mercenarios de ese país y ahora mi jefe tiene plena confianza en él. Él no se limita en eliminar solo a su objetivo... —Me miró con ojos tristes—. Mata todo lo que se mueve alrededor. La semana pasada tuvo que eliminar al congresista demócrata Carlyle.

—Ah, sí —susurró mi hermana—. Vi las noticias, toda su familia fue asesinada.

—No me digas que él... —Tragué saliva—. Ese hombre tenía dos niños.

—Sí, Karim. —Cerró los ojos y suspiró—. Los mató a todos.

Alexander se alejó de golpe y se mostró inquieto. Ninguno de nosotros mató a niños o mujeres. Era contra todas nuestras creencias.

Chase se había convertido en un monstruo y no lo quería cerca. Miré a Mila y a mi hermana, ellas eran madres y no podía imaginarme cómo alguien podría apuntarles con una pistola y dispararles.

Me puse de pie y escuché pisadas a mi espalda. Giré la cabeza y vi a

Chase acercándose. Cuando pisó la hierba, me tensé y apreté los puños.

—¿Por qué no me dijiste que lo invitaste, hermanita? —pregunté en voz baja.

—No fui yo...

—Fui yo —dijo Victoria—. Quería que vean lo mucho que ha cambiado y puede que...

—No lo quiero cerca —graznó Alexander—. Le voy a decir que se vaya.

—No lo hagas, por favor —suplicó Victoria y se puso de pie—. Necesita nuestra ayuda.

—No, no...

—Victoria tiene razón —dije y suspiré—. Es nuestro hermano. Nos ayudó...

—Mató a niños, Karim. Tú vas a ser padre...

—Hola a todos —dijo Chase y Alexander apretó la mandíbula.

Tuve que admitir que Chase había cambiado. Vestía todo de negro y su rostro carecía de expresividad. Su mirada estaba tan perdida que no conseguía conectar con él.

Nadie decía nada, se limitaban a mirarse a los ojos. El silencio incómodo fue interrumpido por las risas de mi sobrino.

Me acerqué a Chase y le di un abrazo.

—Hola, hermano —dije—. No viniste a la boda.

—Estuve fuera y..

—Quiero que te vayas —masculló Alexander—. No eres bienvenido aquí.

Él lo agarró por el brazo y cuando tiró Chase se puso en alerta.

—¿Pasa algo?

Chase nos miró a todos y retrocedió.

—Vete de aquí —gruñó Alexander—. Eres un monstruo... —Miró a su hijo y tragó saliva—. No te quiero cerca de mi mujer o de mi hijo.

—Alex... ¿A qué viene todo esto?

—Nosotras nos vamos —avisó Mila y se acercó para darme un beso.

Aproveché para acariciar su tripa y los ojos de Chase se posaron en mis manos. Torció los labios y apartó enseguida la mirada. Algo le

pasaba, porque nunca lo había visto tan confuso.

—El embarazo te queda de maravilla, Mila —dijo él con voz trémula.

—Gracias. —Me apretó la mano y se fue detrás de Alicia.

—No quiero que os peleéis. —Victoria se acercó—. Os unen muchas cosas...

—No puedo aceptar lo que hiciste, Chase. ¿Quién eres? — Alexander lo miró de arriba abajo.

—No sé quién soy. —Él apartó la mirada—. No consigo averiguarlo.

—¿Es verdad, Chase? —Me acerqué—. ¿Mataste a mujeres y niños?

Me miró fijamente y por un instante pensé que lo negaría todo, pero su expresión cambió y, en vez de contestarme, dio la vuelta y nos dejó a todos con las preguntas en el aire.

Quise correr detrás de él, pero sabía que eso sería un error. Aunque haya cambiado, era el mismo chico que se encerraba en su mundo cuando se enfadaba.

—Iré detrás de él —avisó Victoria—. Chase necesita nuestra ayuda.

—Conmigo no cuentas —dijo Alexander y se agachó para recoger las mantas que había encima de la hierba recién cortada.

—Yo lo pensaré. A Mila le falta un mes para dar a luz y..

—No importa, tenía que intentarlo —dijo ella en voz baja—. Mantenemos el contacto. Chase necesita a alguien que le muestre un poco de cariño.

Alexander me miró y negó con la cabeza.

—Lo siento, chicos.

—Llámame estos días —dije—. No quiero que le pase algo a Chase.

—Lo haré, Karim. —Sonrió y me dio un beso en la mejilla.

Cuando me quedé solo, me senté al lado de la piscina y miré la casita que había construido Alexander. Nuestras vidas habían cambiado mucho: hemos encontrado el amor, nos hemos casado y hemos formado una familia. Una que ninguno de nosotros había tenido la suerte de tener en la infancia.

El amor tenía el poder de curar cualquier herida, de quitar miedos y de construir ilusiones. Tan solo tenías que abrir tu corazón y dejarlo entrar. Algún día, Chase encontrará ese milagro y podría superar

todos sus miedos y sus inseguridades.

Epílogo

Mila se había recogido su larga melena en un moño, dejando que algunos mechones sueltos enmarcaran su rostro. La suave brisa que entraba por la ventana mecía su pelo y coloreaba sus mejillas mientras me miraba a los ojos.

Le pasé un brazo por la cintura para estrecharla contra mí y le di un apasionado beso.

—Tenemos que seguir —susurró—. Aún quedan cajas por abrir. ¿Has visto mi cámara de fotos?

—No, no la he visto.

—Espero que esta vez sea la definitiva, Karim. Odio las mudanzas...

—Yo también.

Recordé que había guardado la cámara de fotos con algunos libros y me acerqué a la mesa. Abrí la caja y metí la mano en el interior.

—Aquí está, ¿para qué la necesitas? —La levanté en el aire y ella se acercó. Estiró una mano, pero no la alcanzó.

—Dámela, quiero hacerles fotos a los niños esta tarde.

—Antes quiero algo a cambio. —Le dediqué una mirada traviesa.

Ella sonrió de oreja a oreja y sus ojos se quedaron fijos en los míos.

—Algo como... —Se alejó y me miró de arriba abajo con deseo.

—Llevamos dos meses sin tener un poco de tiempo a solas. —Dejé la cámara encima de la mesa—. Y es la primera vez que la niña no está con nosotros.

—Tu hermana se ofreció a llevarla...

—Y me parece una buena idea. —Me quité la camiseta y su mirada brilló al instante.

—A mí me parece una idea perfecta. —Desabrochó su camisa de seda y sus pechos quedaron al aire—. Me pregunto si tu hermana guardó las esposas.

Sus ojos me embriagaron mientras se estrechaban ligeramente y una dulce sonrisa bailaba por sus labios.

—¿Planeas atarme? —Me quité los pantalones y los tiré lejos—. Me parece raro usar las mismas esposas.

—Y en la misma casa... —Se quitó la falda y la bajó con lentitud por sus muslos.

—Usaremos otra cosa para atarme y tenemos que cerrar bien las ventanas. —Sonreí y la atrapé en mis brazos—. Eres tan hermosa, mi amor.

Ella jadeó y arqueó las cejas paseando su mirada por mi rostro como si fuera una caricia, lenta y abrasadora.

Mis labios cayeron sobre los suyos en un profundo y lento beso que me hizo sentir completo. Deslicé una mano por su tórax, rozando con los nudillos la parte inferior de un pecho antes de capturarlo, acariciarlo y amarlo con suavidad.

Su respuesta fue unir ambos brazos alrededor de mi cintura y tirarme más cerca. Sus dedos temblaban, pero se engancharon en la banda elástica y la prenda fue enviada al suelo. Acarició mi pecho desnudo con una especie de timidez oscura, que me volvió loco de deseo. Su tormentoso toque hizo que cada parte de mí inesperadamente cobrara vida. Me incliné sobre ella y agarré su trasero con mi manos. Eso era una cosa que nunca ignoraba.

Un gemido se le escapó y sonreí.

—Cómo echo de menos nuestra luna de miel —susurré—. ¿Qué tal si repetimos el mes que viene?

—Mmm..., pero antes termina lo que empezaste aquí. —Mordió con suavidad mi cuello—. O me veré obligada a usar mi pistola rosa.

—Oh, no... Esa cosa no la quiero volver a ver.

—Usaré la tuya, entonces. —Me besó lenta y pasionalmente—. Te quiero tanto, Karim. Gracias por hacerme feliz.

—Gracias por salvarme, por amarme y regalarme una hija tan hermosa como tú. Te quiero, Mila.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer a las personas que participaron en la materialización de este libro, leyendo el manuscrito, corrigiendo errores, haciendo sugerencias y dándole forma.

Se puede decir que vivo en mi imaginación, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... me siento viva cuando sonrío y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro, pero, con la ayuda de mi familia y mis amigos, el camino se hizo más corto.

Y por último agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta saga.

Alina Covalschi Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Alina Covalschi

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-97-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

NOTAS

- [1] Siete segundos.
- [2] Zorra.
- [3] Lo siento.
- [4] No, por favor.
- [5] Pájaro libre.
- [6] Por supuesto.
- [7] Sí.
- [8] Gracias.
- [9] Mierda.
- [10] Amor.